

Carlos Victoria

EL SALÓN DEL CIEGO



EDICIONES UNIVERSAL



© Pedro Portal. Cortesía de Pureplay Press.

Carlos Victoria nació en Camagüey, Cuba, en 1950. En 1965 ganó el premio de cuentos auspiciado por la fundación de la revista *El Caimán Barbudo*. En 1971 fue expulsado por «diversionismo ideológico» de la Universidad de La Habana, donde estudiaba Lengua y Literatura Inglesas. En 1978 es arrestado por la Seguridad del Estado cubana y todos sus manuscritos confiscados.

En 1980 abandonó la isla durante el éxodo del Mariel, y desde entonces sus narraciones han aparecido en revistas y antologías de Estados Unidos, Europa y América Latina. Ha publicado los libros de relatos *Las sombras en la playa* (Universal, 1992), *El resbaloso y otros cuentos* (Universal, 1997), y las novelas *Puente en la oscuridad* (Premio Letras de Oro, 1993), *La travesía secreta* (Universal, 1994) y *La ruta del mago* (Universal, 1997). *El resbaloso* se publicó en francés con el título de *Le glissant* (Autrement, 1998) y *La ruta del mago* apareció como *Abel le magicien* (Actes Sud, 1999). *La traversée secrète* (Phébus, 2001) fue seleccionada como la mejor novela del mes de noviembre del 2001 por el Jurado del Premio al Mejor Libro Extranjero en Francia. Vive en Miami, donde trabaja como redactor del periódico *El Nuevo Herald*.

EL SALÓN DEL CIEGO

COLECCIÓN CANIQUÍ

CARLOS VICTORIA

EL SALÓN DEL CIEGO

EDICIONES UNIVERSAL, Miami, Florida, 2004



Primera edición, 2004

EDICIONES UNIVERSAL
P.O. Box 450353 (Shenandoah Station,
Miami, FL 33245-0353. USA
Tel: (305) 642-3234 Fax: (305) 642-7978
e-mail: ediciones@ediciones.com
<http://www.ediciones.com>

Library of Congress Catalog Card Nº: 2004105385
I.S.B.N.: 1-59388-031-6

Composición por María C. Salvat Olson

La imagen en la portada «Mirada del ciego» es original para el libro
de Pedro Portal

Foto del autor en la cubierta posterior:
©Pedro Portal, cortesía de Pureplay Press

Diseño final de las cubiertas por Luis García Fresquet

a mis hermanas Finita y Olguita,
a quienes encontré inesperadamente
nel mezzo del cammin di nostra vita

Todos los derechos
son reservados. Ninguna parte de
este libro puede ser reproducida o transmitida
en ninguna forma o por ningún medio electrónico o mecánico,
incluyendo fotocopiadoras, grabadoras o sistemas computarizados,
sin el permiso por escrito del autor, excepto en el caso de
breves citas incorporadas en artículos críticos o en
revistas. Para obtener información dirijase a
Ediciones Universal.

ÍNDICE

UNA FAJA DE MAR	9
SIESTA	47
UN LLAMADO EN MANILA	65
HIJOS	109
TRES CITAS EN EL SUR	121
EL SALON DEL CIEGO	135

UNA FAJA DE MAR

a Benigno Nieto

I

(Felicía, 1980)

De repente, sin el menor aviso, su madre y su hermano llegaron de Cuba. Su abuela, envuelta en la coraza que solamente otorga la vejez, le espetó:

—Felicía, tu madre y tu hermano llegaron en uno de esos barcos, y desde Cayo Hueso se los llevaron en un avión para un albergue en Pensilvania. Tu madre me llamó desde allá.

Fue a finales de abril. Felicía acababa de cumplir veinte años. El timbre del teléfono la había despertado, y el sol de Miami que desnudaba el cuarto no alcanzaba a aclararle la cabeza.

—Abuela, ¿qué tú dices?

La voz imperturbable de la anciana, con su cadencia inofensiva y suave, repitió la noticia.

—Okay, te llamo ahora— casi gritó Felicía, y colgó bruscamente. Maldijo un par de veces en inglés, el idioma en el que se desahogaba, se tiró de la cama y en el baño, al lavarse la cara, el agua se mezcló con las lágrimas de forma indistinguible, como ocurría con tantas cosas que se amalgamaban o se sobreponían unas encima de otras, sin

ton ni son: agua y lágrimas, inglés y español, deseo y aburrimiento, alegría y rabia, amor y odio.

En la mesa del comedor encontró la nota de James, que aparte de decirle que se había ido temprano a visitar sus hijos, le repetía con frases de canciones su cariño. Love, hugs, kisses, devotion, en letra enmarañada. Vivían juntos desde hacía cuatro meses y la pasión del hombre no presentaba grietas. Felicia echó el papel al cesto, como una servilleta, y se sirvió un café con el que apenas se mojó los labios. La hastiaban los domingos, con su silencio que evocaba la muerte. Pero este vendaval inesperado, este sopapo en medio de la calma chicha, resultaban peor que la apatía. Con las manos crispadas marcó el número de la abuela. Quería saber y no saber. Pero debía llamarla.

Esa noche, en una discoteca de Coconut Grove, Felicia le dijo a James que no aguantaba el ruido, que le dolía la cabeza y que quería irse a casa. Sola.

—Quédate tú, por favor. Diviértete. Me siento mal, necesito estar sola. Me voy en taxi.

Se veía obligada a gritar en medio del estrépito, de las parejas que bailaban sudadas bajo el relámpago multicolor de las luces, con sus tonos cambiantes que deformaban el rostro de aquel novio, de aquel canoso amante americano.

—¡Felicia! ¡Felicia!

Pronunció el nombre con la tenue sh, Felishia, como quien pide auxilio. Pero la joven sentía en ese momento demasiada compasión por sí misma para tener piedad con otro ser humano, aunque éste fuera el hombre que le daba vivienda, ropa y comida. Lo besó en la mejilla y se esfumó en la noche.

En el apartamento de Key Biscayne (no nido, sino jaula, le comentó una vez a un par de amigas), se tomó de golpe una cerveza y luego bajó a correr por la playa. Al

poco rato, exhausta, se sentó en la arena, alejada de la orilla para que las olas no tocaran sus pies.

No entendía el mar. Se había tragado a la única persona que Felicia había amado, y ahora le traía a los culpables de aquella muerte atroz. Este mar negro, que de noche mostraba su verdadero rostro, la había asediado siempre: en su primera infancia en un pueblito en el norte de Cuba; en su segunda infancia en Miami Beach; pero sobre todo, en el momento de su adolescencia en que caminaba por el mediodía frente a la abrupta marea en Haulover Park, buscando signos en las crestas de espuma, cuando tuvo de pronto la certeza de que su padre no volvería jamás de su descabellada travesía. Tres días después los guardacostas hallaron restos de la embarcación flotando en aguas quietas, totalmente distintas a las furibundas que la habían trastornado. En los maderos no quedaba ni huella del capitán y al mismo tiempo único tripulante que había enfilado el rumbo hacia la isla de Cuba.

El solitario y arrojado marino había dejado en Miami a su hija Felicia, de catorce años, para ir a rescatar, como en hazañas de libros antiguos, a su esposa y su hijo. Pero las aguas no estuvieron de acuerdo. Y sin embargo ahora, seis años más tarde, permitían que esos desconocidos desembarcaran sanos y salvos en un puerto del sur de la Florida.

Felicia odiaba el mar, aunque mucho más los odiaba a ellos dos, cuyos rostros apenas recordaba. ¿Qué significaban una madre, un hermano? A ella le bastaba su padre. Pero ella no le bastó a él. El amor de ese hombre, al contrario del que sentía Felicia, fue un amor dividido. Y había pagado con su vida por esa escisión.

Ahora las luces de Key Biscayne, o las más lejanas de Miami, no lograban disipar la tiniebla de la masa líquida que lamía la playa con lengüetazos engatusadores, como

un marido infiel que con carantoñas pretende disfrazar su traición. Pero a Felicia jamás la engañaría.

Al otro día la joven, al salir del college, fue a casa de su abuela. Ciertas cosas no pueden decirse por teléfono; la mirada y los gestos se vuelven necesarios. *Hay que dar la cara*, solía decir Fernando, el padre de Felicia. El dio la cara al meterse en el mar con su lanchón enclenque, y ahora la hija la daba en el apartamento de la anciana, en un edificio del gobierno para personas mayores de escasos recursos. *Eso quiere decir viejos pobres*, se burlaba con afecto Felicia cuando cada semana visitaba a la anciana. Pero esta tarde ninguna de las dos estaba para bromas.

Elisa, hundida en el balance, se aferraba al tejido de estambre, manipulando las gruesas agujetas para evitar mirar los ojos coléricos de su extraña nieta, que en los últimos años sólo le había ocasionado pesar.

—¡No quiero verlos!— gritaba Felicia, apropiándose con su cuerpo iracundo de la sala, del canario que trinaba en la jaula, del televisor encendido sin voz y de las diminutas figuras de cristal alineadas en mesitas y estantes.

La abuela hubiera querido abrir la puerta del balcón, respirar al menos un par de bocanadas del aire que su nieta consumía por completo, pero temía que cualquier movimiento la enfadara más, y se limitaba a tejer velozmente como si al final pudiera taparse la cabeza con el pedazo irregular de tela que se ensanchaba entre las agujetas.

—¡No voy a verlos!— repetía Felicia, moviendo sin coherencia la cabeza y los brazos, yendo de un lado a otro.

—Pero son tu madre y tu hermano— se atrevió a murmurar Elisa.

—¡No me importa! Mi madre no vino con mi padre y conmigo para Estados Unidos porque quiso quedarse allá con él.

—No es que quiso, Felicia, es que tuvo que quedarse. Félix había cumplido los dieciocho años, no lo dejaban salir de Cuba por la edad militar. ¿Qué iba a hacer ella, dejarlo allá? Tu padre tampoco quiso que se quedara solo.

—¡No le echas la culpa a mi padre!

—¿Cómo le voy a echar la culpa a mi hijo, que se me murió, mi único hijo, mi hijito querido, el único que tuve?

El llanto de la abuela obligó a Felicia a arrodillarse delante del balance y abrazarla, estrujando el tejido que ya no iba a servir de protección. La joven le huía a la efusividad, pero se había enredado en aquel escenario de telenovela (en la pantalla del televisor tenía lugar ahora un brete parecido) y no podía zafarse de su malla viscosa.

—El único culpable es ya sabes quién—dijo la anciana—. El hijo de perra que nos echó a perder la vida.

La alusión a la política le devolvió la frialdad a Felicia, que se puso de pie precipitadamente.

—Abuela, yo solamente vine a decirte que no voy a verlos. Ni ahora ni después. Yo me fui de Cuba cuando tenía cinco años, mi padre me crió, y tú y él han sido mi única familia.

—Pero tu madre fue la que te dio la vida. ¿No entiendes, mi amor? Ella fue la que te parió.

—Ella no me parió. Mi padre me parió. Recuerda eso, abuela: mi padre me parió. ¿Okay? Tú les dices a ellos que se olviden de mí, que no me llamen, que no traten de verme. Es lo único que vine a decirte.

¿Sonaba todo esto como una blasfemia? La abuela sentía ganas de rezar, de santiguarse. Le echó un vistazo al cuadro de la Virgen, a las cortinas de metal, al canario, y señaló con voz imperceptible:

—Mi amor, tú sabes bien que los hombres no paren. Tu madre siempre será tu madre. Ella no es mala, te lo juro. Mi hijo la adoraba.

Ese verbo, adorar, acabó de rebosar la copa. Felicia se fue dando un portazo. Sin besar a la abuela. Sin decir adiós. Caía la tarde y se hacía imprescindible una copa de vino, o al menos tres cachadas de alguna marihuana contundente. James, el amante, el *sugar daddy*, siempre tenía en reserva un pitillo para calmar a la muchacha arisca de la que de repente se había enamorado. Por ella el médico cuarentón había abandonado a una esposa y dos hijos, se había dejado crecer la melena y la barba, bailaba al ritmo de Billy Joel y los Village People, y había alquilado este apartamento con un lujo estridente frente al mar, en uno de los barrios más caros de Miami.

Pero el lujo no saciaba a Felicia. Menos en esta tarde de abril, sosa y nublada. En el balcón del noveno piso fumó vorazmente la hierba que había viajado desde el mismo corazón de Colombia. Hoy James, por suerte, tenía guardia en el hospital, y ella podía beberse el paisaje sin interrupciones, hundirse en la memoria como en una poe-ta.

Desde aquí arriba el mar no amenazaba. Era, sí, sobre todas las cosas, el cementerio de Fernando Bernal, pero también una alfombra o un paño. Felicia se soltaba al aspirar la droga, su cabeza y su cuerpo perdían peso como ese papalote que ahora un niño empinaba en la playa vacía. Ella había sido la sombra de su padre. Lo seguía a todas partes como un rabo. Lo acompañaba el domingo a pescar en el Mac Arthur Causeway, frente a las grúas del puerto, a esta hora de la tarde. Los cruceros, edificios móviles y suntuosos, se iluminaban al hacerse de noche mientras se deslizaban por la bahía sebosa. Su padre, ensimismado, con una mano sostenía la vara y con la otra despeinaba a su hija. Felicia se quedaba quieta como una piedra. No hacía falta moverse. Su padre la inundaba.

El viernes por la noche, aprovechando que al otro día Felicia no tenía que ir a clases, Fernando se la llevaba con él pese a los refunfuños de la abuela, que veía en ese viaje, como en otras acciones de su hijo, una veta de atolondramiento, por no decir locura.

—¿En ese camión incómodo, toda la noche? La niña necesita descansar, Fernando. Y tú mismo me has dicho que en el trabajo te prohíben llevar cualquier acompañante.

Los cómplices se miraban, se guiñaban un ojo, sonreían.

—Ella es chiquita; si mi jefe aparece, ella se esconde. ¿No es verdad, caperuza?

De madrugada, a una velocidad que cortaba el aliento, atravesaban el sur de la Florida rumbo a Fort Myers, o Lakeland, o Naples, por carreteras desoladas y estrechas que bordeaban ciénagas y canales, transportando vituallas; una vez, a un costado de los Everglades, cuando amanecía, vieron una pantera cruzar ladinamente la cinta de asfalto y desaparecer entre los matorrales.

El timbre del teléfono la sacó del letargo. Las sombras usurpaban el balcón; abajo el mar era una tela negra; lloviznaba; Felicia sintió miedo. La ansiosa voz de James no logró protegerla.

—Quiero irme de Miami, James —fue la breve respuesta de Felicia a las palabras de amor.

Frases atropelladas brincaron del otro lado de la línea. Preguntas. Exigencias.

—Por supuesto que te amo —mintió Felicia, como tantas veces en los últimos meses—. Si me quiero ir de Miami no es por ti. Ya hablaremos.

Una a una fue encendiendo todas las lámparas, pero la luz no bastaba para desvanecer indeseables visitas, tercas apariciones; el conjuro reclamaba imágenes, sonidos, de

ser posible voces; Felicia recurrió al televisor. Errónea decisión: de inmediato la pantalla se llenó de un enjambre de barcos atestados de gente, algunos a punto de irse a pique; barcos pequeños, grandes, relucientes, decrepitos; yates de lujo junto a camaroneros; barcazas desahuciadas junto a lanchas fogosas. Sorteando la mortífera corriente del Golfo, entre olas ampulosas, o apilándose como bibijaguas en la punta de un muelle en Cayo Hueso.

Nadie en Miami hablaba de otra cosa, sólo del molote de cuerpos estrujados, de la masa que se renovaba, sin acabarse nunca, cada día. Felicia apagó con furia el aparato. James la encontró dormida de mañana, envuelta en una manta en la cocina, rodeada de colillas, vasos y botellas, como una mata arrancada de cuajo que ahora él tenía que volver a sembrar.

II

(Félix, 1987)

«Te me vas ahora mismo y no vuelves más».

Félix Bernal había oído esa frase en más de una ocasión. ¿Cuántas eran? ¿Seis, siete?

«Recoge tus cosas y te largas de aquí. No quiero verte más nunca en la vida».

«Acaba de irte. Olvídate de mí».

Las palabras y las voces cambiaban, pero en esencia querían decir lo mismo: cuando los esplendores se deshilachaban, y en el rostro de Félix aparecían los signos de pereza o hastío, visibles como arrugas, las mujeres, celosas, despechadas, lo acorralaban semanas o meses y al final lo ponían como un trapo.

El salía disparado, sin escuchar el aluvión de injurias, sin intentar sonsacarlas de nuevo, sin pedir perdón; si las cosas llegaban a ese punto de inquina, no era posible zurcir el descosido, tratar de darle forma a la chatarra. Lo mejor era cambiar de rumbo. Eso hacía ahora, a las diez de la noche (las peloterías siempre eran nocturnas), colocando las bolsas con zapatos y ropa en el cochambroso maletero del carro. Sólo que el rumbo, tanto en Cuba como en Estados Unidos, significaba regresar a casa de su madre.

A Félix le hacía bien caminar después de los desplantes, pero Miami no se prestaba para ese desahogo, a no ser en la zona de la playa o de Coconut Grove. Llamó a su madre desde un teléfono público.

—Mamá, Alicia y yo nos fajamos. No aguanto más. Creo que voy a mudarme contigo un tiempcito.

—Sabía que iba a pasar —dijo Raquel con una voz neutra, atemperada por algún somnífero—. Aquí tienes tu cuarto.

Su cuarto. Su madre siempre había tenido un cuarto para él. Cuando niño en la casa de Puerto Piloto, con el oleaje respunteando su sueño, sonando al fondo de sus pesadillas; después en Camagüey, en un chalet cerca de la línea del tren, que retumbaba por la madrugada al pasar con su carga de vagones (Félix, en la intranquilidad de una hosca duermevela, se preguntaba de dónde venía y hacia dónde iba esa locomotora que con su traqueteo aturrullaba el barrio) y después, en estos siete años en Miami, en apartamentos de medio pelo en La Pequeña Habana, Hialeah o el Northwest.

—Gracias, vieja. Voy a dar una vuelta para refrescarme, luego voy para allá. Llego antes de la una.

Esta noche de martes el paseo entablado de Miami Beach se encontraba desierto; hacía frío; Félix, nervioso, pisaba los tablones con una especie de insensata cautela, sigiloso y hambriento como un gato extraviado. El gato Félix. Así acostumbraba a decirle su padre cuando él era un vejigo. Encerrado en la caja del televisor, el gato perseguía los gigantescos signos de interrogación que flotaban sobre su cabeza y al alcanzarlos se colgaba del punto, abrazándolo como una pelota. Un gato siempre lleno de preguntas. En esto coincidían plenamente el gato Félix y el niño Félix.

Con el paso del tiempo, la semejanza se volvió más marcada. El hombre Félix, que había cumplido ya cuarenta años, caminando por el largo boardwalk junto a la playa en esta noche de principios de marzo, vejado una vez más por la mujer de turno, mojado por el fino rocío que regaban las olas al chocar con las rocas, continuaba asediado, igual que el gato del televisor, por una retahíla de interrogantes.

¿Quién era él? En Cuba había sido soldado, bibliotecario, ayudante de mecánico, guitarrista, picapiedras, maestro de Español y por último vendedor clandestino de licores caseros. Sólo en esta profesión se había sentido a gusto; pero el gobierno no le había permitido disfrutar mucho tiempo de su genuina vocación, y acabó en una granja sembrando, desyerbando y cortando caña, abarcando en un año completo el ciclo de la planta, desde su nacimiento hasta su muerte.

En su juventud esperó en vano al padre redentor que de un momento a otro cruzaría en una lancha el pedazo de mar entre Estados Unidos y la isla para llevarlos, a Félix y a su madre, a una vida mejor. Pero el padre no llegó jamás (¿había muerto realmente? ¿se había ahogado? ¿o había decidido navegar hacia otras tierras más prometedoras, como el gran buscavidas que siempre fue? Nadie podría saberlo; sólo los restos del barco aparecieron; Félix imaginaba a veces que Fernando Bernal cambió de embarcación y huyó a través del Océano Atlántico, rumbo a Europa o Africa), y el hijo debió cumplir la condena prevista por la Ley contra la Vagancia, hasta que en el 80 irrumpió como un ras de mar el éxodo por el puerto del Mariel.

En Miami Félix añadió oficios a su pintoresca biografía laboral: lavó carros, podó árboles, limpió cuartos de hoteles, despachó gasolina, vendió pólizas de seguro; en

la actualidad le llevaba las cuentas a una empresa canija que importaba productos naturales de América del Sur; su jefe, un cubano marrullero que se había asociado con un caleño de armas tomar, soñaba hacerse rico vendiendo *uña de gato* y otros medicamentos primitivos; hasta el momento la fortuna se negaba a materializarse, pero la compañía sobrevivía, y Félix cobraba los viernes un salario que le permitía al menos saldar las deudas y enviarle una remesa mensual a su hijo en Cuba.

De todas las metidas de pata de su vida, ésa era la peor, la más penosa. De pronto llegó al mundo aquel ser diminuto ligado a Félix por un lazo irrompible, que no podía quebrar ni siquiera la madre del niño, la única mujer con la que Félix se había casado y a la vez la única persona a la que había llegado a odiar con un rencor sin fallas, puro, insistente; un rencor que duraba hasta hoy.

Y sin embargo, hubo un tiempo, antes del nacimiento de ese hijo, que fue feliz con ella. Ana había sido su primera novia. Frágil, vivaz, menuda, cuando tenía diez años y se besaba con los labios cerrados con un Félix de doce, siguió siendo la misma (frágil, vivaz, menuda) al llegar a los veinte y encontrarse después de tanto tiempo con un Félix distinto, con un padre exiliado y una madre infeliz, desconcertado, recién salido del brutal servicio militar, sin saber hacia qué encaminarse, como un cuerpo sin huesos dispuesto a someterse al esqueleto que supone una boda.

Después de un corto noviazgo se casaron, como viajeros que al romperse el tren en un pueblo recóndito se bajan a comer o a tomar fresco y confunden el sitio con el destino final de su viaje, y se quedan a vivir en lo que solamente debió ser un fugaz apeadero, un mero pasaje de tránsito.

Un error semejante se paga caro. No sólo Félix y Ana, sino también Ariel, espíritu del aire, risueño y retozón, con

el paso del tiempo pagó por una falta que no había cometido.

Pero antes de que el niño existiera, recordaba otra vez el caminante Félix en esta noche gélida en Miami Beach, los que serían sus padres parecían amarse.

Al terminar los años de recluta, Félix había obtenido gracias a su madre un empleo en una biblioteca, clasificando libros y ordenando inventarios; allí, junto a Raquel, lo encontró Ana. Después de la luna de miel, al recién casado le dio por devorar novelas, poemas y relatos, y más tarde por llenar libretas con ristras de palabras; quería ser escritor.

Ana enseguida se plegó a ese llamado. Se afincaba de noche en un sillón frente a una narración de Balzac o Jack London, aunque su corazón solamente latía con la telenovela de las nueve, donde la gente se amaba de veras, quemándose sin freno ni pudor. Por el día, mientras Félix manipulaba libros con la secreta esperanza de que las páginas penetraran por ósmosis a través de sus dedos, Ana, en la oficina de una empresa láctea, mecanografiaba documentos y cifras que en nada se avenían con la realidad. Por la tarde hacía cola en la tienda para la magra cuota de comida, que luego cocinaba mientras oía la radio. Las noticias y las consignas no descosían la red del matrimonio; eran apenas puntos de color en la malla que ella se había inventado. Tarde en la noche su cuerpo pasaba al de Félix. Ana era él, fundida, derramada, como una mancha que invade una tela. Quería tener un hijo, para acabar con aquel aire ajeno de su esposo. Y al fin el vientre comenzó a crecer.

A Félix lo atacó un desdoblamiento. Tanto en la casa como en la biblioteca se sentía protegido, como un gato perseguido por perros que se refugia dentro de un matojo; pero de pronto, cada dos o tres días, en el momento en que caía la tarde, sentía un brusco escozor que lo obligaba a

ignorar los reproches de Ana y deambular por Camagüey, muchas veces a oscuras, cuando los apagones engullían todo resquicio de luz en la ciudad. Mientras andaba sin rumbo concebía confusos argumentos de relatos, que horas después trataba de plasmar en papel cuando lograba zafarse del abrazo de una Ana soñolienta, que a pesar de haber hecho el amor quería más de él. La tinta se corría sobre las rayas, y los signos, hirsutos, se unían para volverse jerigonza.

Al poco tiempo le llegó la urgencia de que alguien más que Ana leyera esas hojas repletas de borrones; necesitaba compartir su escritura con quien realmente supiera valorarla.

Visitó varias veces las reuniones de escritores jóvenes auspiciadas por las autoridades. En el salón donde se apretujaban los aspirantes a las obras maestras, bajo la tutela de autores provincianos que habían logrado publicar sus libros y que trazaban las configuraciones de la literatura y la ideología, Félix leía sus textos con voz entrecortada y luego oía al borde de la asfixia las mandrinas críticas de los orientadores, jurándose en silencio que no regresaría. Pero al cabo de dos o tres semanas volvía, como el que toca a rebato una campana con el único fin de escuchar improperios.

Hasta la noche en que nació su hijo Ariel. Desde ese instante su energía se volcó en aquella minúscula parte de sí mismo, envuelta en batas bordadas y pañales. Ahora, veinte años después, enfundado en jeans norteamericanos y t-shirts con emblemas de Miami, regalos de su abuela Raquel, ese mismo Ariel le escribía desde Cuba cartas a Félix en las que le reprochaba su olvido y negligencia; cartas muy parecidas a las que Félix le escribía a su padre cuando tenía esa misma edad; cartas que cruzaban en aviones sobre el Estrecho de la Florida, en cuyo fondo se

consumían los huesos de Fernando Bernal, si es cierto que había muerto.

Pero Félix, a diferencia de su padre, no se hallaba dispuesto a hacerse el héroe e ir a buscar a su hijo en un barco; además, aunque había nacido y crecido en un puerto, no sentía la menor afinidad con el mar; no era aversión, sino desinterés; ahora mismo, en esta medianoche de marzo, mientras caminaba por el paseo entablado, apenas se dignaba a contemplar las olas que se estrellaban en los dientes de perro.

Desde el bar de un hotel le llegaban las notas de un jazz desaforado. Félix también había soñado con ser músico. Este delirio vino después de la escritura, del amargo divorcio, durante su romance febril con una actriz. Desde adolescente sabía tocar guitarra; fue el juglar de su rancio batallón de soldados durante toda su época militar; al separarse de la urticante Ana, la pasión de Lucía le despertó el impulso de la composición. Les puso melodía a los versos de las brujas de Macbeth: *Tres veces el gato listado maulló*. Lucía dirigía a Shakespeare y a la vez intentaba llevar el papel de Lady Macbeth a nuevas alturas. Desvaríos provincianos. *Tres veces se lamentó el erizo*. Félix, después de acurrucarse con su amante (¿eran las caricias el preludio obligado de cualquier creación?), se pasaba las noches buscando los acordes que mejor adornaran el texto siniestro, impregnado de un trino jodedor. *La arpía avisa que ya llegó la hora*. ¿Sonaba su música como la de los alabarderos de moda? Félix no deseaba que lo confundieran con esa gentuza, que le había vendido su talento al diablo a cambio de raquílicas prebendas. *Vamos a darle la vuelta a la caldera. Echemos en ella las entrañas venenosas del sapo que vive bajo una piedra fría*.

La obra fue un fiasco. Las canciones fueron abucheadas por un público hostil, amparado en la penumbra anónima de las lunetas. El amor de Félix y Lucía se disolvió en seis meses. Luego vinieron otras mujeres, otros trabajos, otras aspiraciones. La de salir de Cuba era la principal. Pero a mediados de los años 70, la noticia de que Fernando Bernal se había ahogado dio al traste con el sueño de abandonar la isla.

Félix, el huérfano de padre, compró un alambique de segunda mano y se dedicó a fabricar licor en la casa de su madre enlutada. Se sentía como un sabio medieval, desentrañando secretos de alquimia, persiguiendo la fórmula esquiva de la piedra filosofal. Los borrachos del barrio se bebían el mejunje como agua. Su fama se propagó por todo Camagüey, en especial por los barrios marginales: tipos con facha de pocos amigos le tocaban la puerta por la madrugada para comprarle tres o cuatro botellas. Raquel, la bibliotecaria, que por el día sólo guardaba libros, por la noche guardaba los fajos de pesos de su hijo empresario debajo del colchón. Hasta que cayó preso...

Le hacía daño recordar. Tenía calambre, frío, ganas de escabullirse. Le hacía falta dormir. Los insultos de Alicia, su actual amante, o más bien ex amante, lo habían descajarrado. Miró el reloj. Su madre lo esperaba. Mañana, durante alguna pausa en el trabajo, le escribiría a Ariel, le pediría que tuviera paciencia, que las gestiones para sacarlo a través de España ya estaban a punto de concretarse (era mentira), que pronto le enviaría un paquete con ropa y con discos de... (¿cómo se llamaban los grupos de rock que su hijo veneraba?), que no pidiera más la dirección de su tía Felicia, porque ni él ni Raquel sabían de ella (Félix no había querido contarle a Ariel que ni siquiera la habían visto desde que llegaron a Estados Unidos, y se había limitado a esbozar vagas riñas que habían degenerado en

un distanciamiento), que por favor no se buscara problemas con la policía, que por favor... Las cartas a su hijo cobraban siempre un aire de súplica. También en eso Félix imitaba a Fernando Bernal.

Sí, la vida se repetía a sí misma y al final se varaba en un mismo lugar. Qué pensamiento tan trillado, tan chato. No cabía duda, le hacía falta dormir. Recuperarse de tantos golpes bajos. Tenderse largo a largo. Alejarse lo más pronto posible de este mar nocturno, cuyo rugido reaparecía en sus sueños como una voz que predice desgracias.

III

(Raquel, 1996)

Le dijeron que no podía moverse, y se había meneado como si la atacara un burujón de hormigas. Le dijeron que no podía tragar, y la boca se le había llenado de un agua espesa que al final se escurrió por la garganta. Le dijeron que no podía decir ni una sola palabra, y se había quejado en alta voz. ¿Qué querían, que se hiciera la muerta? A ella no le faltaban ganas, no de hacerse la muerta, sino de morir de verdad. Pero no era tan fácil.

Pensándolo bien, esto era un breve ensayo: metida en esta especie de ataúd, encasquetada en este túnel blanco, con este traqueteo que se le venía encima, y que bien podían ser aparatosas paletadas de tierra, trajines bruscos de los enterradores.

—¿Qué le pasa, señora? Si sigue así tenemos que empezar otra vez. ¿Usted padece de claustrofobia?

Que ella supiera, no. Pero a su edad tenía tantos achaques, la avasallaban tantas enfermedades, que una más no extrañaba.

—¿Se tomó el sedante, como le dije?

—Me tomé dos. Pero todavía no me han hecho efecto.

El técnico con bata de doctor apagó la máquina y se le acercó con facha temeraria, como el que está habituado a cambiar el destino.

—Voy a ponerle este espejo aquí, a la entrada del cilindro. Si lo mira le va a dar una sensación de espacio abierto, y en el reflejo me va a ver a mí, que aunque voy a estar lejos a usted le va a parecer que estoy cerca. Es un truco, pero da resultado. ¿De acuerdo? Estese quieta, son solamente cuarenta minutos.

¿Cuántos minutos había en sesenta y seis años? A ella, que tan buena en matemáticas fue cuando estudió en el colegio de monjas, le resultaba imposible sacar esa cuenta. Pero no había que calcular demasiado para saber que cuarenta minutos era un grano de arena en la prolija playa de su vida. Y depender de un artificio mental, de un espejismo, para hacer más llevadero el tiempo, no era un recurso nuevo para ella: era el eje alrededor del cual giraba todo.

—Y esos ruidos, ¿qué son?

—La máquina trabaja con sonidos, por eso se llama resonancia magnética. Vamos a empezar otra vez. No se mueva. Mire para el espejo.

Al rato Raquel vio un tramo de agua. Un río se deslizaba entre piedras rugosas, con guajacones que se despa-ramaban en un fondo verdoso; ella y sus primas se zambullían cuando llegaba el mediodía bestial y el sudor importunaba el cuerpo. Eran las vacaciones en el campo. La niña acicalada de la ciudad se transformaba durante dos meses en una desgredada campesina. Por el agua, el azogue, navegaba su rostro, sin rasgos de pesar; un cutis envidiable; una piel que no ha conocido el sufrimiento. Pero Raquel no deseaba contemplarse a sí misma en este espejo; ni aquella imagen de antes ni mucho menos esta horrenda de ahora. Desde hacía años el reflejo que evocaba

era otro; el de otra gente; el de personas que se habían ausentado; el de su esposo Fernando Bernal, el de su hija Felicia, el de su nieto Ariel. Dos de estos seres habían desaparecido en el mar; el otro se había escondido, ¿dónde?

Felicia había nacido de Raquel. Era suya. Ariel había nacido de otra mujer (una víbora), pero sólo gracias a su hijo Félix, por lo que Raquel también había ayudado de forma decisiva a su existencia. Sin embargo, Fernando Bernal había venido de otro mundo, otra gente, y había poseído a Raquel *desde afuera*, persuadiéndola con sus frases de doble sentido, sus facciones viriles curtidas por el sol y las aguas saladas, sus mañosos abrazos y caricias, hasta que la venció. Pero nunca, ni en el acto más íntimo, había sido de verdad parte de ella; el padre de sus hijos vivió y actuó como un desconocido de principio a fin.

Así y todo, Raquel no había querido a nadie como a él; por él abandonó su casa, su ciudad, su orgullo y sus ensoñaciones. Sin siquiera casarse. En contra de la voluntad de sus padres, que calaron hondo en aquel pretendiente, al que calificaron de mero aventurero. Raquel se hizo la sorda.

Había dos formas de mencionar la acción crucial que ella tomó cuando era todavía una adolescente: la familia de Fernando decía que ella *se fue* con él. La de Raquel decía que él *se la llevó*. *Se fue, se la llevó*: a ella le daban lo mismo los verbos. Se salió con la suya, se unió al hombre que amaba; lo demás era insignificante.

Ahora el espejo en la boca del túnel, del ataúd, devolvía la figura que marcó para siempre sus noches y días; el hombre que aparentaba venir de La Habana, y que pese a su traje de dril cien, a su sombrero de pajilla, no era capaz de tapar por completo su porte campesino, su tosquedad de guajiro de costa, de pescador, pues su familia vivía en

una finca muy cerca del mar; allá fueron los recién estrenados amantes; allá se hicieron el amor hasta que Fernando construyó la casona en Puerto Piloto, en la que Raquel tuvo su primer hijo. A veces sentía que se había mudado a un país extranjero; sólo Fernando era patria y bandera; su hijo Félix fue el primer ciudadano de esta nación al lado de una playa.

Cuánta inocencia, pensaba ahora Raquel, escudriñando las facciones de su esposo difunto en el nublado azogue. Nadie puede fabricar por sí mismo un país, ni siquiera un negociante astuto como el hombre en quien ella creyó. De nada le valieron la tienda en Nuevitas, las compras y ventas de pescado, las inversiones en las dos salinas, incluso la adquisición, a través de una concesión de Batista, de un cayo deshabitado en el que Fernando planeaba aumentar su fortuna con la prometedor industria del carbón; de la noche a la mañana su pequeñísimo imperio se hizo trizas, cuando los revolucionarios lo acusaron de *enemigo del pueblo y explotador de pobres*, y lo despojaron del fruto de su tenacidad.

Ahora volvió a estremecerla este ruido. Este dolor en la nuca y los hombros. Con esta falta de aire. ¿Bastaba mirar a este espejo engañoso, en el que uno podía imaginar la sombra de un ahogado? No uno, sino dos. Porque Ariel siguió la ruta de su abuelo, sólo que al revés: Fernando navegó de norte a sur, Ariel de sur a norte. Distintos rumbos y un mismo destino: el camposanto empapado del mar. Los compañeros de balsa de su nieto llegaron a Miami exhaustos y aterrados: ellos fueron los tristes mensajeros; Ariel y otro amigo habían enloquecido por el sol y la sed, y por la noche, cuando se desató la imprevista tormenta, se habían hundido, uno detrás del otro, en el monstruoso oleaje.

Tenuemente, detrás del rostro de Fernando, aparecía el imberbe del hijo de Félix; Raquel luchaba en vano con las lágrimas. ¿Saldría acaso en la prueba de resonancia magnética su llanto? ¿Percibiría la máquina el rencor de Raquel a la madre de Ariel, que se negó a dejar que su hijo se fuera con su padre y su abuela para Estados Unidos cuando se presentó la oportunidad de abandonar la isla a través del puerto del Mariel? Era poco posible; el aparato sólo hurgaba tumores, desviaciones de huesos, órganos estragados, no las heridas más determinantes en una anciana atrapada en sus memorias, ansiosa por oír de una vez y por todas el toque de queda final.

Pero aquí continuaba, en esta jaula de plástico, jadeando, engarrotada, condenada a este espejo, a este timo, a este repaso de caras esquivas.

De esos tres rostros sólo uno no llegaba a definirse: era un rostro inconcluso, interrumpido. Aparecía más claro en forma diminuta, entre los lujos de la canastilla; luego con cachetes ardientes por la fiebre o el sol; la última visión tenía de fondo el salón atestado del aeropuerto José Martí en La Habana; Fernando llevaba de la mano a Felicia hacia afuera, hacia la luz que blanqueaba la pista; padre e hija se volvieron para decir adiós. Raquel, detrás de los cristales, junto a Félix, trataba de grabar la cara de la niña, entusiasmada por el paseo en avión.

Más tarde desde Miami comenzaron a llegar las fotos, y siguieron llegando durante nueve años; la niña al lado de su abuela paterna, entre canarios y figurines chinos; la niña en el regazo de su padre, alelada; de repente la niña tenía senos y cuerpo exuberante; una belleza, y no porque fuera su hija; Fernando y Raquel habían traído al mundo dos ejemplares de hermosura cubana, ya que Félix no se quedaba atrás: era el joven más buen mozo, no sólo del poblado de Puerto Piloto, sino también de Camagüey,

adonde él y Raquel se mudaron en la faena de sobrevivir, mientras esperaban la salida de Cuba.

Pero la belleza de Felicia golpeaba más, porque estaba lejos. En la última foto que Raquel recibió, antes del viaje roto de Fernando, la muchacha recostada con pose vanidosa a un carro color vino era innegablemente una mujer. En el reverso Fernando había escrito: «¿Qué te parece nuestra reina? En la escuela trae al retortero a una pila de enamorados».

La muerte de su padre destronó a esta reina, pensaba ahora Raquel, al fin adormecida por los dos sedantes. Felicia también vio hacerse añicos su mínimo país, al desaparecer este fracasado fundador de naciones que fue Fernando Bernal. Madre e hija, separadas por el estrecho abismal de la Florida, se reflejaban en esa pérdida como dos cuerpos en un agua oscura. Pero Felicia no quiso darse cuenta de esta semejanza: el luto la volvió egoísta y vil. Su rostro adulto no llegaba a cuajar, se resistía al azogue; los trucos de este espejo a la entrada del túnel no bastaban para hacerla visible; para Raquel, que resbalaba por la cuesta del sueño, ensopada por la indiferencia que ahora le regalaba la modorra, las facciones de esta hija fugitiva se habían desintegrado.

IV

(Una carta, 1996)

Felicia:

Abuela Elisa me dijo que hace tiempo que no sabe de ti, que posiblemente estás en Nueva York o California o Naples, pero de todas formas voy a escribirte esta carta y dársela a ella para que te la entregue algún día. No importa cuándo. No espero nada de ti, ni siquiera respuesta, así que me da igual que la recibas mañana que dentro de tres años.

Nunca me he sentido con tanta libertad al escribir una carta como ahora. Uno escribe cartas para lograr algo: amor, amistad, favores, dinero, simpatía, o en algunos casos venganza. ¿Qué busco yo? No sé. Las dos personas que yo más quería, mi madre (nuestra madre) y mi hijo, se murieron. Con ellos se murió mi necesidad de querer y ser querido. Murió mi necesidad de cualquier cosa, y punto. El amor es una esclavitud, una esclavitud que uno acepta con satisfacción, hasta con gozo, pero en fin de cuentas es una esclavitud. Tal vez por eso me siento tan libre.

Durante años, mientras viví en Cuba, y en los primeros tiempos en Estados Unidos, yo quise ser tu esclavo. Añadirte a la lista de las personas que me encadenaban. Recuerdo que cuando era joven, y me dio por leer continuamente, como si los libros pudieran dar respuestas (no las

dan, ninguno puede darlas), me encontré en uno de filosofía (los más mentirosos, porque dicen buscar la verdad y en algunos casos se jactan de encontrarla) un elogio al amor entre hermano y hermana. El filósofo, que si mal no recuerdo era Hegel, decía que no había amor más intenso y más puro. Y yo, ingenuo y crédulo, pensé que era una suerte que tuviera la oportunidad de experimentar ese amor, porque tenía una hermana.

¡Qué chasco, cuando supe que tú no querías, no digamos amarme, ni siquiera verme! ¿Qué pensaría Hegel de un rechazo tal? Seguramente hubiera inventado una teoría para justificar tu repudio. Ese es el punto fuerte de los escritores, los filósofos, los políticos, los periodistas y los religiosos: adaptar las palabras a las situaciones para salir airoso de cualquier percance. Ninguno de ellos quiere perder jamás. Ninguno da su brazo a torcer. Te tupen con sus frases hasta tapar toda la realidad ante tus propios ojos.

Pero para qué mencionarlos: desprecio sus fanfarronerías, sus elucubraciones, sus verdades a medias, su competencia perpetua y sanguinaria. Prefiero hablar de mí. Y de ti. Y de nuestra corta y jodida familia: mis padres (nuestros padres) y mi hijo (tu sobrino). Tú y yo somos los únicos sobrevivientes. Quién me lo iba a decir.

Una vez, cuando tenías más o menos dos años (yo tenía quince), estuviste casi a punto de ahogarte; te caíste de un muelle y yo te rescaté. Estoy seguro de que no lo recuerdas. Nadie lo supo nunca. Mamá y papá estaban en Nuevititas y yo me había quedado cuidándote. Me entretuve pescando y no vi que te acercabas al borde del muelle, paseando a tu muñeca, y sólo me vine a dar cuenta cuando ya estabas en el agua. Me dio tanta vergüenza y tanto miedo que no se lo conté a ninguno de los dos. Tú casi no sabías hablar, y no hubo más testigos. Era nuestro secreto,

tuyo y mío, o más bien mío, pues eras tan pequeña que me da la impresión de que tu memoria pronto lo borró.

¿Fue aquello una señal? ¿Es que el destino te deja entrever su intrincada madeja en un segundo? Sobre este tema y otros semejantes los charlatanes tienen muchas teorías, y como te dije desconfío de todas. Pero ahora, cuando mi madre (nuestra madre) acaba de morir, dos años después de que mi hijo se muriera, y acabo de esparcir las cenizas de ella, según su voluntad, en el mismo mar en que mi hijo y mi padre (nuestro padre) murieron, me he acordado muy nítidamente de aquella tarde en que tú por poco también mueres ahogada, en ese mismo mar que envuelve a Cuba y que llega hasta acá, hasta la Florida. Tal vez por eso te escribo esta carta. Porque me acordé de esa lejana tarde en que pudo pasar una tragedia, de la que yo hubiera sido el único culpable.

Porque siempre hay un culpable, ¿no? Uno o varios. Abuela Elisa me dijo a los pocos meses de llegar aquí, cuando se hizo evidente de que no ibas a vernos, ni siquiera por curiosidad, que tú pensabas que mi madre (nuestra madre) y yo teníamos la culpa de que papá muriera. Oye bien: no voy a intentar convencerte de nada. Nadie convence a nadie; uno se deja convencer si uno quiere. Sólo voy a decirte que las culpas nunca son tan sencillas, a veces ni en los casos más obvios, pongamos por ejemplo un asesinato.

Papá, mamá y abuela Elisa siempre pensaron que la desgracia de nuestra familia era culpa de un solo personaje. Yo no voy a echar a perder esta carta escribiendo su nombre. Nunca los contradije, y sé de sobra que ese individuo carga con una buena parte de la falta. Pero todo no nace ni muere con él. Eso sería demasiado fácil, casi tan fácil como tú decir que mamá y yo matamos a papá.

Parece ser que algo pasó en Cuba, que algo nos pasó a los cubanos, a todos, incluyéndote a ti, que por muy americana que seas o te creas ser no dejarás de ser una cubana más, porque naciste allí, en esa isla. Algo terrible nos pasó, te repito. ¿Qué fue? ¿De dónde salieron todo el rencor y toda la bajeza que dividieron a nuestro país, a nuestra gente, y que persisten hasta el día de hoy? Estas son otras preguntas sin respuesta. Ahí te las dejo.

Y hablando de preguntas sin respuesta, tal vez la única que todavía me inquieta es si existe la vida después de la muerte. Soy un ateo con dudas o un creyente con dudas; soy cualquier cosa, pero siempre con dudas. Tiendo a pensar que con la muerte se termina todo, y por eso tuve la fantasía de que nuestro padre todavía estaba vivo, que simplemente había decidido navegar a otra tierra. Hacer un perfecto mutis por el foro. Salir de circulación. Cortar las ataduras. O quizás me imaginaba eso porque en el fondo yo quería hacer lo mismo.

Pero cuando mi hijo murió me fue imposible engañarme más: supe entonces que papá se había muerto. Y me dio por pensar que a lo mejor, de un modo que ni yo ni nadie podría comprender, ellos se encontrarían. Sin embargo, con el tiempo he creído que si cuesta tanto encontrarse en la tierra (tú y yo no nos hemos topado ni por casualidad), en el mar, que es más grande, se vuelve más difícil que dos personas coincidan en un punto.

Y ahora mamá está allí, en esas mismas aguas.

Déjame decirte otra cosa: yo sé que tú has sufrido. Pero no eres la dueña de todo el sufrimiento. Tú perdiste a papá, pero yo no sólo lo perdí a él, sino también a mi hijo y mi madre. Si el sufrimiento puede medirse por cantidad de muertes, te gané. Y no creas que nuestro padre era sólo tuyo, como por lo visto pensaste, por todo lo que

me contó abuela Elisa. Papá también fue mío. Yo también tengo muchos recuerdos de él.

Antes que tú nacieras él también me llevaba a todas partes, como después hizo contigo. Entre los días más felices de mi niñez me acuerdo sobre todo del que pasé con él en aquel cayo donde quiso fabricar carbón, el cayo Alto del Ají. Me acuerdo de los espesos manglares, de las nubes de mosquitos, de las jutías y de los venados. Papá decía que a uno le bastaba con tener una faja de tierra. Pero al final tuvo que conformarse con una faja de mar. Y ahora que mi madre y mi hijo se conformaron con lo mismo, ¿qué tengo yo? ¿y qué tienes tú?

Te saluda tu hermano,

Félix Bernal

V

(Felicia, 2000)

Primero le cortaron el teléfono. Después la luz. En el diminuto apartamento de Miami, apenas una habitación y un baño, adonde había acabado al final de tumbos por ciudades del norte, el sur, el este y el oeste de Estados Unidos, Felicia olía en plena oscuridad la cocaína y luego salía a hablar con el gato que vivía en la escalera. De repente cerraba los ojos y empezaba a rezar. El animal, echado en un peldaño, se rascaba sin dejar de observar inquisitivo a la mujer que se atrevía a invadir su territorio.

Ya esta misma mujer, semanas antes, había tratado de encerrarlo en su cuarto, pero él se defendió arañando la puerta y maullando toda la noche sin cesar, hasta que ella se vio obligada a sacarlo. Ahora ella venía a él. En los últimos tiempos esto le había sucedido a Felicia, no sólo con el gato, sino con todo el mundo.

Antes, cuando era hermosa, a young Cuban American, a tropical beauty, la gente la asediaba, la cortejaba e incluso de buen grado aguantaba sus rarezas y sus malacrianzas. Pero los años, el alcohol y las drogas habían resquebrajado su contagiosa vitalidad y su belleza. A los cuarenta años, sentada en la escalera junto al gato, tenía el aspecto de la abuela de alguien; sólo que no había hijos ni nie-

tos que corroboraran los estragos palpables de la edad; todos los embarazos de Felicia habían finalizado en clínicas de aborto. La idea de un hijo siempre la había aterrado: buscaba protección, no proteger a nadie. Y desde la muerte de Fernando Bernal se las había arreglado para encontrar unos brazos, un pecho que la escudaran contra la realidad.

Pero ahora se encontraba a la intemperie. En este cuchitril caliginoso. Frente a este gato que condescendía a no escapar cuando ella se acercaba. En la escalera de este ruín edificio en un barrio pobretón del Northwest, adonde James había accedido a pagarle la renta durante tres meses, con el requisito de que no lo llamara para pedirle dinero ni ninguna otra cosa. Y los tres meses llegaban a su fin.

James había sido su primer amante. Felicia, como China, dividía su pasado no por años, sino por personas; sólo que en vez de dinastías decía épocas. En la época de James. En la época de Armando. En la de Bill. En la de Ernesto. En la de Willie Artiles. En la de Hank. Tantos nombres; había olvidado algunos. Una vez, entre garrafonos de vino y onzas de marihuana, hubo uno de mujer: la época de Melissa. Muertas de risa, durante un invierno feroz en Nueva Jersey, enclaustradas en una buhardilla, lavaban la ropa interior con cerveza; se aborrecieron cuando el dinero de Melissa comenzó a escurrirse. La de James había sido la primera y también la más larga: cinco años. Algunas sólo duraron meses; un par sólo llegaron a semanas. James, el primero, era el último que había quedado, no como amante, sino como refugio. Pero acababa de cerrarle la puerta, y Felicia sabía que no iba a abrirla más.

El generoso doctor James Van Horn se acercaba a los setenta años, tramitaba el retiro, y en su vejez se había reconciliado con su vetusto amor, la madre de sus hijos;

quería viajar, disfrutar de sus nietos. La tromba de Felicia, que destrozaba diques y empalizadas y no dejaba en pie ni un horcón, ya no tenía cabida en su reducto.

Felicia, que había perdido el pudor con conocidos y desconocidos, sólo lo sentía con su abuela. La llamaba por teléfono para mentirle, pero eran mentiras de buena voluntad; le contaba lo bien que le iba en su trabajo (lo había perdido desde hacía varios meses), de un novio que deseaba casarse de inmediato (su última relación había acabado en una estación de policía), de su perro chihuahua (tuvo uno cuando niña), de su lujoso apartamento en Kendall. Nunca, ni al pasar hambre, le pedía dinero. Era su único orgullo: tener piedad de la anciana que le había sido fiel hasta el final.

Elisa, todavía lúcida a pesar de su decrepitud, se dejaba engañar y prefería seguir la corriente a la nieta que no podía entender. No malgastaba su voz en consejos; escuchaba en silencio el cantarino monólogo de Felicia y luego le decía: «Cuidate, hijita. Que Dios te bendiga». Ni siquiera le pedía que viniera a visitarla a este home de donde al parecer ya no saldría jamás, y al que se había habituado; le bastaba con ver al puntual Félix dos veces al mes.

También había renunciado a intentar acercarse a los dos huérfanos. Cuando le entregó la carta de Félix a Felicia a raíz de la muerte de Raquel, su nieta, que la leyó temblando de ira, se limitó a decirle: «Abuela, no quiero que me des más nada de él. Ni carta ni recado ni nada. El me odia». «No te odia, hijita. Félix es bueno». «Me odia, te digo. Y se atreve a decirme que ha sufrido más que yo. ¿Qué sabe él de mi sufrimiento?» «Hijita, es tu hermano, por favor». «Abuela, no quiero que me lo menciones más nunca». Elisa obedeció.

Esta noche Felicia, sentada frente al gato, se preguntaba si debía eliminar aquel último escrúpulo y pedirle dine-

ro a su abuela. La anciana debía tener ahorros, ¿para qué los quería? A Felicia no le quedaba nada por vender; a cambio de minúsculas bolsas de droga, el dope dealer se había llevado todo: televisor, computadora, estéreo, las pocas joyas que le habían regalado James y otros amantes. En otro tiempo hubiera vendido su cuerpo, pero no se engañaba: la mercancía había perdido valor. Podía aún fantasear frente al espejo, sobre todo cuando sentía el rush del polvo blanco vivificando sus músculos, su sangre, encandilando sus ojos y dándole una velocidad demencial a su mente, que arrastrada por el remolino apenas se detenía en una idea fugaz, un leve pensamiento, para al final diluirse en un letargo; pero las miradas de los hombres no dejaban duda: donde antes encontraba admiración, concupiscencia, arrobos, ahora sólo había asco, compasión, menosprecio.

No quedaba más remedio que llamar a la abuela. En el home estaban permitidas las llamadas hasta las nueve de la noche. ¿Eran más de las nueve? ¿Qué día era hoy? Debía buscar menudo. Se metió en las tinieblas del apartamento como quien baja a un pozo, registró las gavetas, el botiquín y el clóset, gateó en la alfombra, sacudió la ropa, palpó de una punta a la otra el colchón: no le quedaban monedas, ni mucho menos droga. Se tomó a pico de botella el whisky. Alguien podía darle veinticinco centavos. ¿Había empezado a llover? ¿Ese ruido dentro de su cabeza era lluvia? ¿Y esas voces? Salió de prisa, bajó el primer peldaño; el gato dormitaba. Pero su sueño, como el de Felicia, era nervioso, efímero; el animal saltó cuando el cuerpo de la mujer casi le cayó encima; después del batacazo, corrió escalera abajo y se ocultó gimiendo en un cantero de salvia y romerillo. A las dos horas, desde su escondite, vio las luces rojizas de la ambulancia y el carro

policial, y oyó pasmado pasos, trajines y gritos, y por último el ulular chillón de las sirenas.

Ahora, cinco meses más tarde, en este albergue en North Miami Beach, en esta sala repleta de sillas en las que se sentaban personas silenciosas, inundada del humo de cigarros, Felicia trataba por primera vez de contar lo que ocurrió esa noche, pero la memoria no la favorecía. Habló del hospital, de despertar en un cuarto blancuzco, amarrada a la cama; luego se echó a llorar. Hubo un aplauso rápido y cortés. Un hombre le alcanzó un vaso de agua. Esa noche pudo dormir mejor; con el llanto se fue el desasosiego.

Al día siguiente paseó por el ralo jardín después de almuerzo; las plantas esmirriadas retrataban la endebles de la mujer que deambulaba del portal a la cerca. En dos semanas se vencería su estancia aquí en el halfway house. ¿Cómo se traducía este nombre al español? Una casa a mitad del camino. A Felicia le sonaba absurdo en su idioma natal, pero a la vez la obligaba a partir las palabras, a desmenuzarlas como una comida. ¿Era ésta la mitad? ¿De qué camino? Su abuela había muerto el mes pasado y ella se había enterado cuando llamó al asilo; la enfermera le dijo secamente, con un reproche evidente en la voz, que la anciana llevaba cuatro días enterrada. Sus pocos bienes habían sido donados al home por propia voluntad de la difunta. No había mitad de camino para Elisa, pensó Felicia rozando con sus brazos las hojas taciturnas. La abuela había dejado atrás estos campos minados de la incertidumbre, que ahora la nieta tenía que atravesar sin posibilidades de irse por un atajo.

Felicia recordó que durante algún tiempo, cuando se despertaba después de un bochinche, de una orgía en la que había jugado el rol de bataclana, sin saber ni a derecha en qué lugar había abierto los ojos (el cielo raso ofrecía

pocas veces un indicio de familiaridad), se imaginaba que moriría al llegar el milenio. En cierto modo, no se había equivocado: en este año 2000 algo había muerto en ella. Y sin embargo, algo nuevo vivía. Pero no podía determinar qué era. Las plantas del jardín sólo le confirmaban que a pesar de la insignificancia y de la escualidez, corría por dentro una insistente savia.

Gracias a una gestión de su madrina de Alcohólicos Anónimos consiguió un puesto de secretaria en un banco del centro de Miami; la oficina se hallaba en el último piso de uno de los edificios más altos de la zona. Desde su asiento podía observar a plenitud el mar. Esa llanura azul había perdido su punzante filo; que su padre y su madre se hubieran unido en aquella vastedad insondable ya no le provocaba ni dolor ni celos, sólo un vacío, un sinsabor remoto.

Pasó el Thanksgiving sola en su estudio recién estrenado en Coral Gables, un espacio que comenzó a sentir como su hogar. Mantenía a raya a un par de enamorados, cuarentones que al igual que ella habían mordido el polvo de una vida sin freno. No sentía gozo, pero tampoco angustia. Años de vergüenza se apelotonaban detrás de una muralla de neblina, que por ahora Felicia no deseaba escalar. Y sin embargo, algo quedaba por hacer que era imposible posponer por más tiempo.

Con la ayuda de la internet consiguió una dirección y un teléfono. Pero llamar le parecía cobarde; no había olvidado aquella vieja frase, *hay que dar la cara*. El hombre que buscaba vivía en el norte de Hialeah, en un modesto town house. Después de pasar en su automóvil varias veces frente a la puerta cerrada, un domingo Felicia decidió abandonar el refugio del carro, caminar bajo el cielo descubierto y tocar el timbre. Para su alivio, nadie contestó. Una vecina indiscreta le dio todos los datos: la hora en

que el hombre llegaba del trabajo, la caminata que acostumbra a dar al atardecer hasta un parque cercano, las contadas visitas que recibía (una rubia teñida venía los fines de semana, y a veces salían juntos; hoy domingo se habían ido temprano y no habían regresado todavía; quizás estaban a punto de volver). Felicia musitó unas breves gracias y se fue sin más explicaciones.

A partir de ese lunes Felicia empezó a ir directamente desde su oficina hasta aquel barrio opaco; vagabundeaba hasta que anocheceía cerca del parque que circundaba un lago, en el que se posaban patos y gaviotas. Félix, después de dar vueltas alrededor del lago, se sentaba siempre en el mismo lugar, un banco solitario junto a una glorieta. Felicia lo vio varias veces de lejos; lo reconoció desde el primer instante. Era como mirar otra vez a su padre. Debía tener incluso una edad parecida a la del marinero cuando emprendió su travesía final.

Esta tarde de diciembre se había vuelto fría; el tenue sol iluminaba benignamente el redondel de agua, que a diferencia del mar no conducía a ningún otro sitio. Su lisa superficie semejava una piel juvenil. Uno podía asegurar que en su fondo no se ocultaban cuerpos; el mirarlo causaba placidez, no amargura.

Félix, sin moverse del banco, lanzaba pedazos de pan a los patos que acudían en bandadas y se arremolinaban en la orilla, disputando mendrugos a puro picotazo, para regocijo de unos adolescentes encaramados arriba de una piedra. Iba a partir otra flauta de pan cuando vio a una mujer que se acercaba con andar impetuoso. Alta y delgada, de una elegancia un tanto desvaída, parecía tiritar a pesar de arrojarse con un abrigo oscuro. De pronto se detuvo frente a él, y después de vacilar un momento le preguntó:

—¿Tú eres el hijo de Fernando Bernal?

Félix, atónito, sólo atinó a asentir con la cabeza.

Sin quitarle la vista Felicia se sentó, se alisó la falda, carraspeó un par de veces y le dijo:

-Félix, una vez me salvaste la vida. ¿Sabes quién soy?
¿No te acuerdas de mí?

SIESTA

a Humberto Castelló

Primero debo hablar del mediodía. Del resplandor. Las nubes se esfumaban y el cielo se extendía, brutal como una brasa. No había escondite en esta claridad, en esta luz caliente que escaldaba la piel y la cabeza.

Todos los días, de lunes a viernes, el camión del vivero me dejaba a las dos de la tarde en el centro de Camagüey; sofocado, tirante, pegajoso, con el sol hostigándome el cogote, caminaba con la boca reseca por la tórrida acera hasta la parada de ómnibus, para intentar coger la guagua hasta mi casa, que quedaba en el lindero de la ciudad y el campo, en las mismas quimbambas. La espesa multitud, malhumorada, aguardaba también el cacharrote que no llegaba nunca. Allí empezaba el desfallecimiento (no sé cómo nombrar la súbita impresión de desmayo inminente que sufría en esa época, cuando aún no había cumplido treinta años) que me obligaba a buscar un refugio en la sombra.

Había bebido la noche anterior, como hacía con irrepachable puntualidad cada noche, y me había levantado por la madrugada, con el tufo a licor que el cepillo de dientes jamás desvanecía, para ir a sembrar pinos; en total había dormido cuando más tres horas; la mañana metido en las hileras de árboles diminutos se me hacía tolerable, pero ahora, en medio del tumulto que esperaba iracundo la inexistente guagua, apenas podía tenerme en pie. La resa-

ca, el sudor me avasallaban. Había llegado la hora de la siesta.

Durante más de un año, antes de conocer a esta mujer de la que quiero hablar, recalé en cuatro sitios para dormir en pleno mediodía; de dos me echaron; de otro me fui por razones, si se quiere, morales; del último, por apabullamiento. Luego me encontré a Iris, o ella me encontró a mí, tirado largo a largo en las losas felizmente frías, acurrucado bajo la escalera que subía hasta su casa. La pobre se asustó, creyéndome la víctima de un abrupto soponcio; se agachó, me tocó el brazo enchumbado en sudor y me dijo:

—¿Te sientes mal?

Tuvo que repetirlo varias veces, porque yo dormía. Creo que soñaba que me iba deslizando por una áspera estera, mientras manos mimosas me sobaban; yo me dejaba hacer, completamente inerte, esperando en el sueño (así creo recordarlo) que al fin apareciera un aguatero; la sed no me dejaba saborear las caricias, pues de eso se trataba. De pronto desperté y en la penumbra adiviné este rostro, esta voz temblona: «¿Te sientes mal?»

Mojándome los labios con la amarga saliva, contesté:

—Tenía mucho calor. Me hacía falta una siesta.

Cerré los ojos, sintiéndome por otros segundos el huésped de la estera, que contra mi voluntad no cesaba de llevarme hacia un sitio, o tal vez dimensión, de olvido y frescor, pero con un esfuerzo me incorporé y añadí:

—Estoy muerto de sed.

La mujer, que rondaba los cuarenta años, y debía haber visto mucha gente sedienta, no contestó enseguida. A pesar de que apenas podía distinguir sus facciones, desdibujadas por la sombra casi nocturna que nos envolvía, en contraste con la violenta luz de la que yo había huido, me di cuenta de que reflexionaba. Por fin dijo:

—Nunca dejo la puerta de la escalera abierta. Salí rápido porque un vecino me avisó que me llamaban por teléfono y se me olvidó cerrarla. Era mi madre, que me llamaba...

Su voz se descompuso. Se sentó en la escalera, de espaldas a mí, y comenzó a llorar. Delgada y frágil, con el rostro en las manos, empequeñecía. Me pegué a la pared, como un ladrón que en medio del atraco oye de pronto un ruido, y le pedí:

—No llores, por favor.

Con súbita obediencia se calló, se secó las mejillas, y poniéndose de pie se estiró la blusa de mangas largas, una prenda de vestir insólita para nuestro clima.

—Mi madre me llamó de Estados Unidos. Mi hermano se acaba de morir.

Lloró otra vez, apoyándose en la baranda recubierta de mármol. Me acerqué y le toqué una mano, sin poder hablar. Ella rehuyó el contacto y entre lágrimas dijo:

—Ven, para que tomes agua.

Y como si subir los escalones eliminara la angustia de la muerte, al llegar arriba dijo en tono afable, casi entusiasta, no a mí, sino a sí misma:

—Da igual que dejara la puerta abierta. No hay nada que robar.

En efecto, la gigantesca casa, que ocupaba toda la segunda planta, se encontraba vacía. Por los ventanales la claridad lampiña revelaba de sopetón la desnudez de las habitaciones, sin un mueble, ni un cuadro, ni un simple objeto como una repisa, o una lámpara, o un cenicero. Yo la seguía a través de los grandes espacios, iluminados por el mediodía, que se colaba hasta en el más mínimo recoveco sin revelar indicios de que en esa mansión (así me parecía, tal vez porque mi casa cabía en la sala y la saleta de ésta) vivía algún ser humano.

Sólo el último cuarto, justo antes de llegar al comedor, estaba resguardado por unas cortinas desfleadas, que detenían piadosamente la entrada de la luz. En su centro sobresalía un mueble solitario: una cama. Le eché un vistazo con alivio y deseo; mi siesta interrumpida reclamaba una continuación.

Esta cama no sólo lucía cómoda, mullida, hospitalaria: también tenía un carácter diferente a otras en las que me había desmadejado en los últimos meses. No quiero fanfarronear, pero me había vuelto un experto en camas. Quizás una palabra más exacta es lechos, por anticuada que suene. Carlos V., especialista en lechos. Uno se vuelve sabio cuando exige una siesta.

Los dos primeros en los que me tendí, casi a la brava, a sudar la modorra en estos mediodías atarantados, fueron lechos de amor, si así se puede llamar a las camas donde duerme enroscada una pareja que vive bajo un mismo techo y se ha jurado, con mayor o menor elocuencia, lealtad; el tercero, un burujón de sacos en el fondo de una panadería, fue al principio escondite para la pereza y más tarde aposento de lujuria; el cuarto, en el que se tumbaban a horas distintas dos o más cuerpos, no fue más que un corral cochambroso, tapado por retazos remendados que simulaban ser un edredón.

Pero esta cama de balaustres de hierro, austera y espaciosa, transpiraba por los cuatro costados soledad. Uno la imaginaba dentro de una celda, o abandonada en medio de un potrero, mojada de relente. Aislada. Quieta. Sola. Nunca me había topado con una cama así. Esta mujer, a la que ahora seguía a través de un amplio comedor sin sillas y sin mesa, había dejado una gran parte de ella en esta cama.

Yo había aprendido que la gente suele impregnar el lugar donde duerme de una presencia sutil pero patente,

como los gatos marcan su territorio con señales que sólo ellos conocen.

La cama matrimonial de Ernesto, un amigo escritor, la primera en la que me acosté conminado por el patatús, tenía un aire intachable que me intimidaba. Las sábanas, que habían sido lavadas con diligencia y purgadas de los fermentos de la pasión nocturna, despedían una tersa frescura, un aroma impersonal, aséptico, al que yo agregaba mi rechinante olor. Mientras me adormecía escuchaba a mi amigo teclear en la sala las páginas de su segunda novela, un sonido que me hacía sentirme levemente culpable, porque yo aspiraba también a escribir libros. En la pared frente a mí, dominando mi siesta, un retrato al óleo de la mujer de Ernesto, hecho por él mismo, que pintaba y escribía con igual disciplina, parecía deliberadamente ignorar mi letargo. Ese rostro difuso, soñador, de un vago tinte místico, me recordaba la inquietante cara de un famoso cuadro de Odilon Redon. Pero en la cara real de la esposa de mi amigo no quedaba ni una traza de ensueño cuando casi al anochecer llegaba de su trabajo en la universidad y encontraba al intruso despatarrado que roncaba en el cuarto, con el pelo manchado de tierra roja, dejando imperdonables huellas en la funda, tal vez en la misma piel de la almohada. Después de tres semanas me dijo sin ambages:

—Esto no es una puñetera clínica para que los curdas se curen la resaca.

Supe que hablaba en serio, porque aparte del tono había olvidado su elegancia verbal. Yo violaba su altar, ponía patas arriba su comarca vedada, contaminaba su intimidad, hacía de su colchón un sudadero. Ernesto se había asilado en el baño, en el que se lavaba con aspaviento los dientes y la cara, hacía gárgaras, se frotaba el pelo; cualquier cosa menos encarar la escena entre su esposa y

yo: ella gruñendo y estirando con furia los denigrantes pliegues de la sábana, y yo, con la cabeza gacha, poniéndome velozmente las botas, pensando que debía olvidar para siempre la lozanía de su ropa de cama; me estaba prohibido transgredir ese coto.

Al mediodía siguiente, en la parada, cuando el cuerpo se me desboronaba, decidí probar suerte con Amelia, una lesbiana con la que acostumbraba a juerguear, y a quien una mañana, al final de una noche de bestial borrachera, había hecho chapuceramente el amor.

Amelia, como yo, vivía una doble vida; la clandestinidad era nuestro respiro; gente así escogería, si le fuera posible, los sitios subterráneos y las grandes alturas, digamos un sótano o un campanario, ajenos a cualquier mirada inoportuna; pocos lo logran; pero Amelia se había acercado bastante a la realización de este instinto secreto. Su apartamento, herencia de sus abuelos que se habían marchado a toda carrera de Cuba en la década del sesenta, estaba en el último piso del edificio más alto de Camagüey, el único que podía competir con las torres de iglesias. Es decir, que la cama, al lado de una ventana abierta de par en par, sólo podía ser vista por las aves, o tal vez por un escalador de paredes, un audaz hombre-araña, un prodigio poco probable en nuestra mortecina ciudad.

Amelia, que trabajaba cerca en una tienda de ropa que nunca tenía ropa, me dio la llave al verme más pálido que los maniqués que adornaban la vidriera yerma, pertinaces testigos de una debacle; subí mareado, a rastras, los doce pisos (el ascensor estaba casi siempre roto), pero al final tuve la recompensa de la cama. Acostado podía mirar el cielo, hundirme en el vacío hasta perder conciencia de mi indisposición; fue un momento feliz, esa primera siesta en la cima; desde allá arriba podía ignorar las calles y los

techos ardientes, forrados de vapor; me sentía un atalaya que desdeña su oficio y prefiere dormir.

Pero tan pronto le cogí las vueltas a la cama, y encontré en medio de sus ondulaciones y accidentes (el rastro de una relación tempestuosa) el punto que mejor se ajustaba a mi cuerpo, la amante de Amelia, Sara, una joven negra de nalgas portentosas que habían contribuido a las desigualdades del colchón, comenzó a sentir celos.

La primera vez que apareció de repente, a eso de las cuatro de la tarde, pensé que se trataba de una prolongación de mi sueño: yo había estado soñando que la almohada se había vuelto un seno, y como con los ojos pegados (pues sabía que dormía) no apreciaba su color, sólo su forma, textura y consistencia, no podía asegurar si apoyaba mi cabeza en la teta de Amelia o la de Sara.

Pero en ese momento Amelia se encontraba en la tienda, asediada por la mirada fija de los maniqués, ajena totalmente a mi delirio; mientras que la piel reluciente de Sara, su pelo que se había vuelto lacio a fuerza de peine caliente, sus nalgas pendencieras, no eran parte de un sueño, sino una realidad incontestable: su hermoso rostro, deformado por una agria mueca, me observaba a través del espejo del armario, a un costado de la cama. Comencé a estirarme, a bostezar, sin ocultar mi erección, que levantaba la tela raída del calzoncillo; supuse, equivocadamente, que mi excitación podía adularla. Echó un vistazo lleno de desprecio a mi bulto, como quien mira con ojeriza a un perro. Me puse de inmediato el pantalón, tartamudeando:

—Sara, no pensé que ya fuera tan tarde. ¿Qué hora es?

—Bastante tarde. ¿Tú vas a venir todos los días? ¿Es que todos los días te sientes mal?

Cualquier cosa que dijera era en vano; cuando uno estorba es mejor hacerse el loco. Me asomé a la ventana y miré los techos y las calles que reverberaban: en las aceras

sin pizca de sombra, en las paradas donde se aglomeraban frustrados pasajeros, estaba mi lugar. Las camas donde suelen dormir dos, hombre y mujer, mujer y mujer, hombre y hombre, no aceptan el peso invasor de un tercero; el resabio de Sara se resistía a una petición de clemencia, o un engatusamiento, o un soborno; una vez más, en menos de un mes, alguien me condenaba a la intemperie; y en el centro de esta ciudad no existía un bosque, ni un simple matorral donde pudiera recostarme hasta que el sol aflojara.

A la semana opté por una panadería. Allí por lo menos no vivían matrimonios, ni la inquina ni la posesión iban a dar al traste con mi siesta. Ajeno a los contratos afectivos, a la madeja enmarañada que se teje entre las personas que viven juntas, sobre todo si tienen un vínculo sexual, este local enorme, salpicado de sombras, donde se amontonaban sacos de harina y sal, podía acoger lo mismo a un vagabundo que a un capitán de barco. De noche el abejero de los panaderos, sudando ante la lumbre de los hornos, manipulando las gigantes palas para sacar las hogazas humeantes, hubiera malogrado mi descanso; pero ahora, a las tres de la tarde, la penumbra silenciosa impregnaba el lugar de un aire de caverna: exactamente lo que requería. Allí no mandaban la esposa de Ernesto ni la amante de Amelia; el amor entre dos no levantaba trabas para que un tercero echara un sueño durante un par de horas.

A veces he pensado que como me crié solo con mi madre (mi padre se esfumó antes que yo naciera y vino a aparecer cuando yo había cumplido los cuarenta años, y mi madre no quiso saber más de otro hombre, ni siquiera de él), nunca he aprendido a comportarme frente a una pareja, y mucho menos a formar una con otra persona; y la primera vez que esta limitación se me hizo obvia fue esa tarde que entré en la panadería, que cuidaba y limpiaba un

muchacho que yo había conocido en un bar, y que me había dicho que cuando quisiera podía pasar a verlo en su trabajo. Aquí, entre quietos cilindros, tornos y amasadoras, frente a los hornos apagados como bocas desdentadas y oscuras, entre las paredes totalmente impersonales de un sitio que no servía de hogar a los seres humanos, me sentía tan seguro como un enfermo dentro de un hospital.

Pero en mi afán por dormir en paz y librarme de aquel malestar testarudo, que el sol y el calor recrudecían, olvidé que esta panadería no era una isla desierta. En el frente, alrededor del mostrador, desde las cinco de la mañana hasta las doce del día, se aglutinaba un montón de gente hambrienta que reclamaba su cuota de pan. Es cierto que cuando yo llegaba ya los panes habían desaparecido y con ellos la turba, pero quedaba el amigo que había conocido en el bar, que empezaba a esa hora a limpiar y poner todo en orden para cuando llegara el turno de la noche.

A este joven, simpático y buen mozo, pero con un ligero retraso mental, le gustaba beber más que a mí, lo que es mucho decir. A mí me caía bien, incluso me atraía, sobre todo cuando yo andaba por la quinta cerveza o el tercer trago de ron; nos habíamos besado un par de veces al coincidir en el baño tenebroso del bar, con esa impunidad que da el alcohol y que luego uno borra cuando se disipa la niebla de la curda; pero ahora, en pleno mediodía, maltrecho y contrariado, sufriendo el agujijón de la resaca, yo no estaba para concupiscencias ni arrumacos, y se lo di a entender desde el primer momento.

—Julio, estoy hecho leña. Acabo de llegar del vivero y a esta hora las guaguas están del carajo, y no me puedo ir para la casa. ¿Tú crees que me pueda tirar por aquí, arriba de unos sacos? Me siento mal, necesito dormir para recuperarme.

—A ti lo que te hace falta es un trago. Tengo algo reservado por ahí.

La sonrisa agraciaba más su rostro. En Julio, la pereza del pensamiento no estaba reñida con la belleza ni con cierta astucia. Sin camisa, con pantalón de yute y alpargatas, manoseaba la escoba sin quitarme la vista. Pero el sofoco y el dolor de cabeza me hacían invulnerable.

—Yo no tomo de día.

—¿Ni un traguito? Asere, esa es la mejor medicina.

Yo sabía que él tenía la razón. Pero había leído lo suficiente sobre borrachos célebres (Hemingway en el primer lugar de una notable lista) y evitaba el remedio.

—No, no voy a tomar tan temprano. Quiero dormir.

Los dos primeros días, acostado en el fondo de un cajón de pan donde sólo quedaban peregrinas migajas y mendrugos que crujían en mi espalda, dormí sin contratiempos, pero al tercero me dejé embaucar por las escaramuzas zalameras de Julio: nos tomamos a pico de botella un licor furrumalla en un cuarto detrás de la panadería, en el que se guardaban bajo llave los latones de aceite y la levadura; terminamos abrazados, en un sopor profundo, con el pelo empegotado de costras de harina, arriba de una cama improvisada con un montón de sacos; por suerte Julio había pasado el pestillo; Tito el hornero nos despertó, casi tumbando a golpes la maciza puerta. No olvidaré su sorna cuando después de habernos vestido a toda carrera, le abrimos; nos miró de arriba a abajo, echó una ojeada al cuarto, engurruñó la nariz y preguntó:

—¿Y qué, embuchándose el pan? Miren que el pan empacha.

A pesar de la insistencia de Julio, que me repetía que Tito era incapaz de matar una mosca, no volví a la panadería. Durante un mes, con jaqueca y entripado en sudor, aguanté estoicamente cada tarde la llegada del maldito

ómnibus, pero al final toqué a la puerta de un viejo alcahuete con el que sostenía una relación comercial; desde el principio había pensado en su casa como un posible puerto, pero el pudor me había impedido pedirle refugio; asociaba su casa con la noche, con el sexo, con las borracheras; y de día, sin un trago en el cuerpo, yo no era la misma persona que a la una de la madrugada, cuando con la pareja de turno le alquilaba un camastro a diez pesos la hora.

Este anciano, de apellido Bossuet, paranoico, mitómano y afeminado, que aseguraba haber nacido en Francia y ser familia del obispo del siglo XVII, había hecho de su casa minúscula y ruinoso una secreta posada. En el mismo centro de la ciudad. A una cuadra de una estación de la policía. Si es cierto que la Divinidad protege a los locos, no cabía duda de que René Bossuet tenía el respaldo de esa insondable figura celestial. Sin embargo, una de mis amantes, una pepilla rockera y montaraz que no creía ni en su propia madre, me dijo después de haberse acostado conmigo en la pocilga, cuando le comenté la audacia y la suerte del viejo:

—No hay tal Dios que lo proteja ni cosa que se parezca. Tú siempre con tus boberías. Ese carcamal tiene que ser chivato.

—¿René, agente de la seguridad? Chica, no jodas. ¿No ves que es un infeliz muerto de hambre?

—Esos son los peores.

A la larga comencé a dudar. Los cubanos somos muy susceptibles a las insinuaciones de ese tipo, una flaqueza que nos ha minado y desmoralizado en las últimas décadas; pero después de varios vasos de ron, con la urgencia sexual que el alcohol desata, me daba igual que Bossuet fuera o no un informante. Y seguí durante mucho tiempo pagando los diez pesos cuatro o cinco madrugadas al mes

para poder fornicar a mi gusto. Luego del toque convenido (dos suaves golpes; pausa; tres suaves golpes más) su voz carrasposa musitaba detrás de la ventana:

—¿Sí?

—Es Carlos, René.

—¿Con quién vienes, con hombre o con mujer?

Después de un momento de vacilación, yo precisaba el género. Nunca entendí ese afán de exactitud del viejo. Luego abría con lentitud y entrábamos sigilosamente.

—Esperen aquí, en el *boudoir* —decía examinando de pies a cabeza a mi acompañante— Tengo que preparar la *chambre d'ami*.

Y ahora, achicharrado por el sol, sin un solo hueco en que meterme, esta *chambre d'ami*, que apenas consistía en una esquina de la sala convertida en cuarto gracias a unas cortinas de tela de mosquitero teñidas de rojo, que rodeaban una cama con un colchón raquíptico, cobijado por una especie de edredón, se había vuelto mi única esperanza.

En vista de la hora (los clientes siempre eran nocturnos) y de que yo estaba solo y nada más quería tirarme un rato, Bossuet accedió, después de regateos de parte y parte, a cobrarme un lacónico peso por cada siesta.

Pronto se me hizo evidente que a este precio, bastante razonable, se sumaban otros: Bossuet, amante de la música clásica, fiel a la imagen de los homosexuales que daban las películas antiguas, en las que siempre aparecían ensimismados con Mahler o Wagner, como si el gusto de un hombre por otros cultivara el oído, tenía una colección de discos viejos, gastados por el uso, repletos de chirridos, que me ponían los nervios de punta. Su compositor predilecto, como era de esperar, era Rameau, en especial una hermosísima pieza para clavicémbalo, *Gavotte et Doubles*, que hoy todavía puedo tararear a pesar de que han transcurrido veinticuatro años desde que la escuché un montón de

veces acostado en aquel cuchitril. Pero las rayaduras acababan por convertir la música en suplicio.

Luego estaba el calor (la magra cuota de un peso no me daba derecho a disfrutar del ventilador, que Bossuet reservaba para los huéspedes de la noche) del rincón por el que no corría ni una gota de aire; pero tal vez lo más insoportable era el olor que emanaba del colchón, y que yo, con el olfato amortiguado por el alcohol, nunca había percibido por las madrugadas cuando me revolcaba con otro cuerpo en esa misma cama.

Para colmo, Bossuet me espiaba. Yo era un tipo enjuto, de rostro atormentado, y mi único atributo visible consistía en una espesa melena despeinada, que acentuaba más mi delgadez, por lo que no entendía qué placer podía darle al anciano maniático vigilar mi siesta escondido detrás de un parabán, mientras Rameau resonaba una y otra vez, imperturbable, intentando ganarles la batalla a las estrías arañadas del disco; hoy pienso que Bossuet no veía mi fealdad, sino mi juventud. Pero a mí me estorbaba su mirada.

Además, mientras trataba de dormir me trastornaba la imagen de esos cuerpos que habían hecho el amor en esa cama; involuntariamente veía sus contorsiones, oía en sordina sus susurros obscenos; cada quejido del bastidor cuando me removía me parecía provocado por ellos, por esos muslos y pechos invisibles, que habían dado lo mejor de sí tras la tela roja del mosquitero; el hediondo edredón se me antojaba empapado todavía de jugos vaginales, semen y saliva. El colchón, que en vez de guata parecía estar relleno de pedruscos, había cedido al violento ritmo de centenares de eyaculaciones, entre las que se hallaban las mías y las de mis parejas; pero eran las otras, las que no conocía, las que me perturbaban; este ejército de copu-

ladores ajenos a mí me asediaba a lo largo de la duermevela.

Así y todo, pagué mi peso diario de lunes a viernes durante meses. Luego me hastié de la cochambre y volví a la tortura de la parada de ómnibus. Hasta que un día vi por casualidad una puerta que daba a una escalera; la oscuridad me atrajo; probé suerte, me acurruqué en las baldosas frías bajo los escalones, dormí profundamente, soñé con una estera y desperté con sed cuando Iris me llamó. Ahora bebía desesperadamente el vaso de agua que ella llenaba y volvía a llenar metiéndolo dentro de una tinaja, uno de los pocos objetos que quedaban en la cocina desolada.

—Gracias, muchísimas gracias —le dije cuando al fin maté la sed. Y luego, sin mirarla a los ojos, no pude evitar preguntarle—. ¿Qué pasó aquí? Perdona, no quiero ser indiscreto. Pero es que ver una casa así, tan linda pero tan vacía, me da grima. ¿Tú acabas de mudarte?

—Estoy esperando la salida del país desde hace años, y he tenido que venderlo todo para comer. Ya me llegó, me voy mañana. Y ahora mi hermano... —se tapó el rostro y dijo—. Dios no existe.

Trastabillé ante esta afirmación.

—Me siento mal —sólo atiné a decir—. Creo que tengo fiebre. ¿No te importa que me tire un rato en el piso, en cualquiera de estos cuartos vacíos? No voy a molestarte.

—Acuéstate en mi cama. De todas formas, ya casi no es mi cama. En pocas horas no será mía más. Ni esta casa tampoco será mía. Me siento como si nunca hubiera tenido nada, como si más nunca fuera a tener nada.

De repente me sentí obligado a hacer algo por ella. Siempre, desde muchacho, me ha venido ese impulso, como el que ve a alguien que se ahoga y se lanza sin pensarlo al agua. Un acto edificante y generoso, sin duda. Sólo que el supuesto salvador no sabe ni nadar, y termina

arriesgándose por gusto sin conseguir sacar a flote a la víctima, que a la larga se hunde. Esa ha sido más o menos mi vida. Además, ¿qué podía hacer en este mediodía, con este malestar que el insolente calor magnificaba? ¿Invitarla a compartir mi siesta? Mirándola con simpatía le extendí la mano y le dije:

—Me llamo Carlos. ¿Cómo tú te llamas?

Ella me dio la suya y con voz apagada contestó:

—Iris.

—¿No tienes hijos?

—No. Cuando estuve casada quise tenerlos, pero no los tuve. Sufrí mucho por eso. Pero ahora sé que fue mejor así.

—Iris, me muero del calor. ¿No tienes calor con esa blusa de mangas largas?

Se apartó y fue hasta una ventana, por donde relumbraba un implacable azul, sin asomo de nubes.

—Tengo los brazos, los hombros y la espalda llenos de quemaduras. Me quemé hace tres años. Estuve meses en el hospital entre la vida y la muerte, pero como puedes ver no me morí. Y no me gusta que nadie vea cómo quedé. Por eso aguanto el calor.

Me acerqué y le acaricié el rostro.

—¿Por qué no nos acostamos un rato en tu cama? Te juro que no te voy a tocar si tú no quieres.

Nos tendimos, totalmente vestidos, uno al lado del otro. Ni siquiera me quité las botas. Me viré hacia ella y observé su perfil. Hasta entonces nunca me había acostado con alguien a quien realmente amara, con la excepción quizás de un antiguo compañero de escuela. Pero esa vez, que no se repitió, los dos estábamos demasiado borrachos, y todo terminó en una niebla furiosa e incoherente de la que apenas me quedó memoria. Sin embargo, inexplicablemente, al mirar de perfil a esta mujer y rodear con mi

brazo sus caderas, sentí una súbita oleada de afecto. Nos unimos con la ropa puesta, poniendo al descubierto sólo lo imprescindible; su cuerpo frágil redobló mi vigor.

Más tarde me relató pasajes de su vida que le prometí no repetir a nadie. Para no traicionarla, sólo diré que Iris, desde su juventud, se movió en varios círculos concéntricos, hasta que un día se envalentonó y saltó por encima de las circunferencias. No puedo añadir más. Y ahora se iba de Cuba para siempre, en un nuevo salto. La escuché pasándole la mano por el pelo, que llevaba muy corto; cuando lo tuvo largo, me contó, la mayor parte se deshizo en las llamas. Por último me quedé dormido.

Leí una vez, ya no recuerdo dónde, que la piel quemada no envejece. No sé si será cierto. Me pregunto si la piel de Iris, la que me ocultó, se ha mantenido intacta.

Esa siesta resultó la única en que me desperté cuando era de noche. Estaba solo en la cama extraña y familiar; no había luz en la casa. Iris me había advertido que no quería ninguna despedida. Anduve a tientas por cuartos y pasillos, bajé sigiloso por la negra escalera y eché a correr cuando salí a la calle; quién podía imaginar, con el aire nocturno, que esta ciudad me hostigara horas antes; yo me sentía repleto de fuerza y regocijo, como un hombre que a partir de ese instante jamás iba a tener que dormir de día.

UN LLAMADO EN MANILA

a Félix Lizárraga

I

Un edificio o una selva de nubes, blancas o prietas, con figuras de ramas, cabezas, continentes, gruesas o finas, opacas o brillantes; el avión se remonta y penetra silenciosamente los jirones de gasa.

Desde la ventanilla, el niño observa las tiras de agua de distintos colores que abajo se entrecruzan formando parches en la piel del océano. Su padre, en el asiento de al lado, parece dormitar. Pero Alex sabe que su padre no duerme; sólo cierra los ojos un rato, y de repente los abre y pregunta:

-¿Tienes miedo?

-Un poco. Cuando sube o baja.

-No hay que tener miedo. ¿No tienes sueño?

-Un poco. ¿Cuánto falta?

-Creo que más de seis horas. Qué sé yo. Manila está muy lejos.

-Ismael debe saber. ¿Puedo ir a preguntarle?

-Deja a Ismael tranquilo. Faltan seis horas. Duérmete.

-Duérmete tú también.

Pero ni el niño ni el padre se obedecen. Ambos atraviesan por primera vez el Pacífico.

Alex mira los islotes de nubes, las franjas en el mar, y luego de reojo a este hombre con los ojos cerrados, a este padre de pocas palabras, cuyo perfil se aja como una tela con cada remeneo del aparato. Una voz en un inglés fañoso anuncia turbulencias y conmina a ajustarse el cinturón; esto ha ocurrido ya un montón de veces, casi desde el mismo comienzo del viaje; Alex apenas le presta atención. Presiente que su padre tiene más miedo que él, y esta idea lo divierte y conforta.

No fue así durante el viaje hace más de tres años, cuando Alex acababa de cumplir los nueve, en el que los dos, acompañados por la madre de Alex y ocho personas más, cruzaron en una endeble balsa el mar que separaba a Cuba de Estados Unidos. Tal vez su padre había sido en otra vida un pez, y no un ave; tal vez su fuerza no venía del aire, sino del agua; la abuela de Alex, la madre de su madre, le había enseñado que uno ha vivido siempre, que uno ha sido muchas cosas antes, hombre, mujer, planta, animal; por eso muchos se burlaban de ella, la tildaban de loca, le ponían nombretes, pero no él; Alex creía en su abuela.

—¿Y yo, que fui? ¿Un gato? ¿Un maestro? ¿Una palma?

—Eso nadie lo sabe —contestaba la abuela—. Sólo Dios.

La abuela, a pesar de su fe, se había negado a subirse a la balsa; seguramente, en sus otras vidas, jamás había tenido que vérselas en serio con aquel vasto líquido; Alex se alejó entre las olas y la anciana se perdió de vista en la orilla cada vez más difusa. Navegaron bañados de salitre, por el día quemados por el sol, por la noche tragados por la oscuridad, con hambre, sed, pavor; los tiburones, artemos, los rondaban; la madre lo estrechaba hasta casi asfixiarlo; los viajeros vomitaban, rezaban, pedían misericordia al cielo monumental pero también vacío; sólo su padre

permanecía sereno, remando con vigor, dando instrucciones breves con su voz cortante, siempre alerta, sin pegar un ojo; el hijo, lleno de admiración, se le pegaba; por algo su padre había sido una vez un joven militar enérgico, robusto, con su impecable uniforme verde olivo; era el primer recuerdo que el niño tenía de él. Más tarde el uniforme desapareció y su padre se puso flaco, hostil; él, que nunca habló mucho, en esos días ya no hablaba nada; llegaba por la noche de vender plátanos en un carretón, y con el rostro cerrado ni siquiera lo miraba a él, a su único hijo; su padre se había vuelto un viejo cascarrabias; pero ahora, en el medio del mar, recuperaba toda su juventud, le pasaba la mano por la cabeza a Alex, tranquilizaba a la gente asustada, repartía sorbos de agua y ripios de galletas.

Hasta que una avioneta surgió de la nada, hizo piruetas sobre sus cabezas y les lanzó bolsas con comida y refrescos. Un gigantesco barco los recogió cuando amanecía; horas más tarde desembarcaron en Estados Unidos; en total la travesía duró dos días y medio.

En tierra, en Miami, su padre volvió pronto a meterse en sí mismo, a ser el hombre hosco que jamás saludaba, ni sonreía, ni mostraba afecto. De día trabajaba de albañil y de noche limpiaba oficinas; las pocas horas que estaba en la casa, un diminuto apartamento en La Pequeña Habana, sólo dormía o refunfuñaba. Belkis, su esposa, la madre de Alex, le reprochaba:

—Alejandro, mi amor, habla un poco conmigo, danos un poco de calor a mí y a tu hijo. Acuérdate que estamos nosotros solos en un país extraño. El dinero no es todo.

—Pero sin dinero no podemos vivir —contestaba entre dientes. Una mueca le desfiguraba la boca; las cejas se estrechaban.

Alex sufría ante el padre áspero y remoto, que tirado en la cama se hacía el que miraba un insulso programa en

español en la televisión. Pero su pesar no duraba mucho: juguetes, minucias deslumbrantes e intrincadas tareas escolares evaporaban cualquier desazón; un universo empapado de inglés lo reclamaba. El niño se saturaba del compacto idioma hasta que con los meses llegó a hacerlo suyo, para asombro de sus padres, que no lograban pronunciar una sola palabra, con la excepción de please, yes, thank you, you're welcome.

Belkis, arrastrada también por la fuerza centrífuga del sueño americano, comenzó a cuidar día y noche, de lunes a viernes, a una anciana cuyos hijos pagaban con generosidad para no lidiar con las humillaciones de la vejez. Alex llegaba del colegio y se encontraba con la casa sola, se preparaba un sándwich, se acurrucaba frente al televisor y penetraba en un mundo inaudito hasta que la noche se cernía en la sala. Alejandro, cubierto de pies a cabeza de polvo de cemento, entraba como una exhalación, se daba un baño, se cambiaba de ropa y comía de pie. Antes de irse para el empleo nocturno, observaba a su hijo echado entre cojines, absorto en la pantalla engatusadora, y preguntaba:

—¿Cómo te fue en la escuela?

—Bien.

—¿Por qué no estás haciendo las tareas? Anda, ponte a hacer las tareas.

—Ahorita, papá.

—Bueno, me voy. Acuéstate temprano.

Los fines de semana, paralizado ante el espejismo, el niño escuchaba las voces ácidas de Alejandro y Belkis discutir en el cuarto. Sus padres siempre habían peleado desde que él tenía uso de razón, pero este tono chirriante de sus gritos sonaba diferente. Para no oírlo, subía a todo volumen el televisor del que brotaba a chorros el idioma que amaba. Algún domingo los tres daban una vuelta en el

carro y al final se internaban en la selva luminosa del mall, del que salían cargados de mercancías, pero también, en el caso de Alex, de euforia por la ropa, las chucherías, los libros infantiles, y en el del matrimonio, de mutuas acusaciones de despilfarro y de tacañería. Alex palpaba la creciente zanja entre las dos personas que le habían dado vida, y a las que veneraba: sobre todo a una de ellas. Pero su devoción no lograba trocar la aspereza del padre, no hacía la menor mella en su mutismo hurao.

Hasta que un día Alejandro volvió a cambiar. En los rictus y gestos de su padre Alex había aprendido a interpretar un rumbo, como en una brújula que no anda bien del todo, pero que termina por señalar algo. Una mañana, mientras desayunaba a toda prisa para agarrar a tiempo el ómnibus escolar, el niño observó una alegre energía en cada movimiento del hombre, pese a que la noche anterior había llegado del trabajo más tarde que nunca; cuando el amanecer blanqueaba las persianas, Alex, entre sueños, lo había sentido abrir sigiloso la puerta y andar de puntillas de un lado para otro; en el baño, mientras orinaba, tarareó una canción. Ahora, calentando el café, silbaba el estribillo. ¿De dónde había salido aquella melodía? Su padre no prestaba atención a la música. El sábado anunció con ambigua sonrisa a su esposa y su hijo:

—Un amigo me va a prestar un carro nuevo. A lo mejor lo compro.

Ese fin de semana fue el más feliz desde que habían llegado de Cuba: un apogeo de risas y de frases amables dentro del automóvil poderoso, que circulaba por las autopistas como un mullido avión. Las ventanillas cerradas, para que no escapara el aire acondicionado polar, protegían a los paseantes de las vicisitudes del verano, de los ruidos, del calor nauseabundo, de la zozobra de toda ciudad. Al final de la noche del domingo, antes de llegar a la

casa, Alejandro bajó el cristal en una esquina, le compró una rosa a un vendedor y se la dio a su esposa.

—La primera flor que me regalas —dijo Belkis con voz imperceptible.

—Ya empiezan los reproches.

—No es reproche, es la verdad.

—Si no la quieres bótala.

Porque ni la velocidad, ni el hermetismo de las ventanillas, ni la potencia del motor podían proteger a Belkis y a Alejandro de ellos mismos. Alex, ensimismado en el paisaje urbano, intentaba ignorar el regreso de las frases hirientes, de los silencios bruscos que conocía de sobra. Una semana más tarde murió la anciana que Belkis cuidaba, y el ciclo de las discusiones de marido y mujer se renovó con saña. Cada noche. Cada amanecer. Y sin embargo, Alejandro continuaba su transformación: se hizo un corte de pelo juvenil, se dejó el bigote, usaba camisas de rayas vistosas; a veces no venía a dormir. Eso sí, le daba a Belkis más dinero que nunca, compraba muebles, equipos, tarecos.

—El dinero no es todo. Yo sé que trabajas duro, pero también andas en algo. ¡Tú andas en algo, no me digas que no! Estoy harta.

Hasta que una noche Alejandro recogió su ropa y la metió en dos bolsas con gran aspaviento, para que nadie se atreviera a dudar. Alex apagó el televisor y le pidió:

—No te vayas, papá.

—Tu madre y yo no nos entendemos. No nos vamos a entender más nunca.

—¿Dónde vas a vivir?

—En casa de un amigo. Yo vengo el sábado y te llevo a pasear.

Tiendas, cines, playas y parques: su padre, puntualmente, lo llevaba cada sábado por la mañana a los sitios

que a Alex se le antojaban. Ajeno, distraído, con olor a perfume, Alejandro acompañaba al hijo durante todo el día, mientras el niño hablaba sin parar, en una mezcla de inglés y español, tal vez consciente de que no importaba si de vez en cuando decía palabras que el padre no entendía, porque de todas formas le hablaba al vacío. A veces insistía:

—¿Por qué no me llevas donde tú vives? Yo quiero ver dónde tú vives.

—Otro día.

Meses después, cuando Alex menos lo esperaba, el automóvil penetró un mediodía por vericuetos, a través de arboledas, entre viviendas aisladas por jardines, por tupidos follajes, hasta que se detuvo frente a una casa cubierta de hiedra; enredaderas colgaban del techo, devoraban aleros y paredes. Sin dar explicaciones Alejandro le dijo:

—Bájate. Ya llegamos.

Cruzó el césped, abrió con una llave la puerta maciza y entró con firmeza, sin esperar por el hijo que titubeaba afuera, mirando el cielo raso vegetal del portal.

—Vamos, entra.

Alex imaginó que el interior sería húmedo y sombrío, pero se equivocó: la fuerte luz que entraba por los grandes ventanales ponía al descubierto filas de cuadros, muebles atiborrados de revistas, anaqueles con miles de libros. En una esquina de la enorme sala, un hombre que fumaba y sonreía se acercó a Alex con la mano extendida, nervioso, como si el niño se hubiera convertido en un temible adulto con sólo haber cruzado la puerta.

—Alex, me da mucho gusto conocerte. Alejandro me ha hablado tanto de ti. Yo me llamo Ismael —y luego, ante la mirada turbada del niño, repitió las mismas palabras en inglés.

La treta funcionó; en el idioma postizo que lo relacionaba con todo lo nuevo, Alex exclamó:

—¡Qué cantidad de libros y de cuadros! ¡Y qué ventanas tan grandes!

—Me hace falta mucha luz para trabajar. Yo soy pintor.

—¿Esos cuadros los pintaste tú?

—No, no me gusta poner mis cuadros en la sala. Los tengo atrás, en mi taller. Si quieres después te los enseño. Pero me parece que no te van a gustar.

Alejandro mostraba el semblante que su hijo temía: la mueca huraña, las cejas que expresaban cólera o desdén. Apretó el brazo del niño y dijo ásperamente:

—Ven, para que veas mi cuarto.

A diferencia del resto de la casa, la habitación se encontraba en penumbras, resguardada por espesas cortinas. Una lámpara redonda, como una luna llena, la aclaró con un brusco fogonazo. Alex se sentó en la cama mullida y luego se acostó largo a largo.

—Este colchón sí es rico.

Un televisor ocupaba gran parte de una pared. Alejandro lo encendió con el control remoto y con la vista fija en la pantalla comenzó a cambiar canales velozmente, tal vez para demostrarle a su hijo que él podía ofrecerle decenas de opciones. Mientras apretaba una y otra vez el botón, confirmó:

—Se pueden ver más de cincuenta canales. Películas, deportes, muñequitos, noticias, novelas. En inglés y español.

Pero Alex, aunque deslumbrado por el aparato, no quería entrar ahora en esos territorios simulados, sino quedarse aquí, al lado de su padre, y saber más de esta casa, de esta habitación.

—¿Vas a vivir siempre aquí?

—Tengo también un video. Puedes jugar al Nintendo, o ver alguna película. Mira —e indicó en una esquina la imponente colección de casetes.

—¿No puedo vivir aquí contigo?

—¿Y tu mamá, qué va a decir?

—A lo mejor ella puede vivir aquí también. En otro cuarto, para que no se fajen. ¿Qué tú crees?

—¿Quieres jugar al Nintendo, o ver una película? ¿O tienes hambre?

Preguntas sin respuesta, lanzadas como objetos, que por último se desvanecieron durante el almuerzo en la terraza detrás de la casa, bajo un roble, muy cerca de un lago. Pájaros saltarines con plumas relucientes venían a picotear las migajas de pizza que subrepticamente Alex echaba debajo de la mesa. Hubiera sido un idílico paisaje campestre si mosquitos, jejenes y avispa no se hubieran empeñado en zumbiar y picar; pero aquí estaban, haciendo de las suyas en perversas bandadas, importunando cabezas y brazos. Al rato el banquete se volvió intolerable y los tres corrieron a refugiarse en el taller donde Ismael pintaba.

—Wow! —gritó Alex delante de los óleos, un remolino de intensos colores en el que flotaban, a la deriva, figuras semejantes a seres humanos, escondidas detrás de empalizadas, o de setos de un verde escandaloso. Cabezas asomaban por encima de techos bermejos; cuerpos colgaban de tendederas que se afianzaban en las copas de árboles sin raíces, retorcidas por un vendaval.

—¿Te gustan? —preguntó Ismael— Dime la verdad. Tu padre, que es muy franco, dice que son horribles.

—Me gustan los colores —protestó Alejandro—. Si por lo menos pintaras un retrato, o un paisaje bonito.

—A mí me gustan los colores también —dijo Alex, no sólo por imitar a su padre, sino porque los tonos lo habían impresionado.

—Yo nunca podría pintar retratos. Si por ejemplo pintara el retrato de Alex, sería como encerrarlo en el cuadro y eso no sería justo, ¿no, Alex? Yo estaría muy feliz, porque sería mío, pero entonces él no podría moverse, estaría preso, pegado a la tela. Y estoy seguro que Alex quiere andar por ahí, conocer muchas cosas, viajar. ¿No es verdad, Alex? —y saltando al inglés, encaró al niño— ¿No te gustaría pasear mucho, viajar?

Alex, con timidez, dijo que sí con la cabeza. Eso fue suficiente. Al mes siguiente pasaron un fin de semana en New York. Luego otro en Disney World. En el receso escolar de Navidad fueron a México. Subieron hasta el último escalón de la pirámide más alta de Teotihuacán, pero Ismael sufrió vértigos y tuvo que bajar casi a rastras, escoltado por sus dos acompañantes, que apenas podían disimular la satisfacción de ayudar a aquel generoso anfitrión, que en un par de minutos se había vuelto un inválido. Ahora este mismo hombre, sentado en la última fila del avión, la única en que permitían fumar, sonrió envuelto en su perpetuo humo al ver a Alex que se acercaba por el pasillo, examinando los rostros dormidos, la mayoría de facciones asiáticas.

—¿Falta mucho para llegar a Manila?

—Parece que muy poco. ¿Cómo está tu padre? —y guiñándole un ojo— ¿Ya se le quitó el nerviosismo?

Alex, riéndose, contestó:

—Se le quitó porque está dormido.

El inglés, la ausencia de Alejandro, la facilidad de los dos para bromear, los volvía siempre cómplices. Además, sin que ninguno tuviera que decirlo, a ambos los unía el tercer pasajero que en este instante, con la boca entreabier-

ta, soñaba con tiros y granadas, con vívidas escenas de la guerra de Angola en la que había peleado siendo un adolescente. Pero sus dos admiradores, ajenos totalmente a esa violencia, aprovechaban para mencionarlo con un tono burlón que intentaba encubrir el afecto.

—¿Tú crees que a él le guste Filipinas?

—Tú y yo sabemos que a él no le gusta nada. Pero no importa. A nosotros sí nos va a gustar, y él tendrá que resignarse.

Cuando él estaba presente, los separaba con sus silencios, con sus frases cortantes. Pero las pocas veces que no estaba con ellos, como ahora, porque al fin se había dormido en el último tramo de este viaje a Manila, ellos casi siempre sólo hablaban de él. Incluso cuando la conversación tomaba otro giro, como la tarde en que él tuvo que trabajar en su sábado libre y los dejó solos, y los dos hablaron como nunca de cosas distintas, de la vida de Alex en Cuba, de su madre (que jamás se mentaba cuando los tres se encontraban juntos), de cómo ella ahora vivía con otro hombre, al que Alex había primero rechazado y a la larga aceptado, el diálogo al final paraba en él.

—Siempre quise tener un hijo —le dijo Ismael a Alex esa tarde, cuando Alejandro ya estaba a punto de regresar del trabajo—. Pero no un hijo cualquiera, sino un hijo que fuera como tú. Y como no lo tengo, me alegra mucho que tú seas el hijo de él.

Ismael ratificó lo que ya Alex sabía: él era sobre todo, o quizás solamente, el hijo de su padre. Nada más. Las teorías de su abuela fallaban con Alex; él no tenía recuerdo ni deseo de otra cosa; en esta vida y en cualquier otra había sido siempre el hijo de Alejandro.

Pero este hombre que ahora sonreía y fumaba junto a la ventanilla del avión, ¿quién era? ¿Qué había sido antes? Alejandro había sido, sin duda, un gran pez, un pirata, un

capitán de un submarino o de un buque de guerra. Belkis probablemente había sido un árbol, un algarrobo o una mata de mangos. De haber sido animal, había sido una hormiga, o mejor, una oveja, el animal favorito de Alex, que sólo la había visto en láminas de libros, en películas o en muñequitos. Sin embargo, no podía relacionar a Ismael con nada, con ninguna imagen, ni con la tierra, ni el agua, ni el aire. Era sí, por supuesto, un pintor (su rostro aparecía con frecuencia en periódicos y revistas, a veces con el fondo de sus cuadros; cada dos o tres meses salía incluso por la televisión; Alex siempre miraba estupefacto esos ojos impresos en la página, o parpadeando en la pantalla), un viajero, un fumador, atento, sonriente, pero que se escapaba, se desvanecía, como el humo continuo que velaba su rostro: un fantasma, a lo mejor un fantasma famoso, pero sin asidero, ni pasado ni historia.

En ese instante una azafata se inclinó ante ellos.

—El niño debe volver a su asiento. Hay que ponerse el cinturón y apagar los cigarros. Dentro de unos minutos vamos a aterrizar.

II

Y ahora, en pleno corazón de Manila, Ismael había desaparecido. Sin dar un aviso. Sin dejar un rastro. Alex siempre pensó que esto iba a suceder, que este hombre misterioso se esfumaría algún día, que volvería al enigma del que había surgido, pero no ahora, en esta ciudad amorfa y desquiciada. Nunca ahora, en medio de este mercado brutal, donde los filipinos regateaban y hacían sus cambalaches gritando ese lenguaje que se enroscaba alrededor de todo como una cerca de alambre de púa.

Este idioma metálico, en el que se mezclaban desatinadamente, aquí y allá, esparcidas como piedras en un matorral, palabras en español, fue lo primero que asombró a Alex al llegar a Manila una semana atrás. Con el oído atento, sin dejar de absorber con la vista las calles desbordadas de gentes que rezumaban electricidad, inmersas en el humo intoxicante de los tubos de escape de los carros, zumbando alrededor de puestos de comida, de artesanía y de ropa que se aglutinaban a lo largo de aceras, Alex había escuchado palabras como silla, mesa, cuchara, camisa, pantalón, nadando como a contracorriente en medio de un raudal de jerigonza.

Igualmente, en el segundo día, cuando paseaban en una calesa por el barrio colonial de Intramuros, Alex había visto rincones de La Habana injertados en este laberinto de opulentas iglesias, de mansiones antiguas, que contrasta-

ban con las mugrientas ruinas donde brotaban chozas, gentes con caras de pocos amigos.

Alex se había criado en un solar de La Habana Vieja, entre escombros con las mismas trazas de este desbarajuste que se alzaba bajo el sol filipino. Los tres viajeros, apiñados dentro de la calesa hecha para transportar sólo dos pasajeros, con frecuencia dos enamorados, pasaban ante muros escoriados, ante patios deshechos en los que muchachos jugaban con fervor al baloncesto, saltando sobre piedras negras como el betún.

—Se parece a Cuba —murmuró Alex.

—¿Ves? —dijo Ismael— Esa es una de las razones por las que quería venir. Cuba y Filipinas tienen una historia parecida. Son islas que fueron dominadas por España y que se independizaron el mismo año. Manila es una Habana deformada por Asia. Vine en busca de imágenes, y aquí están.

—¿Imágenes? A ti lo que te gusta es ver miseria —farfulló Alejandro. Era su primer comentario sobre la ciudad.

Ismael, como de costumbre, ignoró la ofensa. Alex había notado que el tono de Alejandro era siempre el mismo en los últimos tiempos al dirigirse al hombre que no era el padre ni el hijo de nadie, que sólo sabía sonreír y pintar, y encender y apagar cigarrillos. Y pagar.

Como ahora, al anochecer, cuando al llegar al hotel arreglaba cuentas con el conductor de la calesa, que a punto de reverenciarlo se comía con los ojos el fajo de billetes. Ismael despreciaba el dinero («porque te sobra», le lanzó en la cara Alejandro una vez en México), pero en esta ocasión tenía razones para ser desprendido: después del paseo por Intramuros, prácticamente obligó al calesero, indicándole con un dedo el mapa de Manila y hablándole enérgicamente en inglés, a ir esquivando con su caballo ajetreado y nervioso el tráfico infernal de las avenidas

principales, a cruzar puentes sobre los canales que dividían en islas la ciudad, hasta internarse en la maraña de *Chinatown*.

—Aquí viven los chinos —anunció Ismael mientras se adentraban en el barrio decrepito.

—¿Pero no son chinos todos? —preguntó Alex.

—Claro que no. Los filipinos son filipinos, y los chinos son chinos. Se parecen, pero no son iguales. El mundo está lleno de personas que se parecen, pero que son distintas.

—Para mí todos son chinos —dijo Alejandro fingiendo un bostezo.

Y esto sí era La Habana. Callejones con nombres como Santa Ana, Remedios, Guadalupe, recovecos infestados de cuerpos que se arrimaban en un tejemaneje, vetustos edificios repletos de balcones a punto de desmoronarse, con rejas que formaban complicados encajes, carcomidos por el moho y el óxido; portones de madera que se abrían a zaguanes sombríos; ventanas de arco en las que se asomaban rostros indescifrables. Pero no, no podía ser La Habana: la semejanza se desvanecía con la espesura de letreros en chino, inglés y tagalo, señalando pensiones, restaurantes, escuelas de kung fu, tiendas de ropa, de hierbas naturales, clínicas de masaje y de acupuntura.

Por la terca insistencia de Ismael, que parecía conocer Manila tan bien como el calesero, al menos en el mapa, terminaron bordeando un fétido canal hasta llegar a un barrio de tugurios entre monumentales tongas de basura, que exhalaban un humo amarillento; más allá, en medio del agua corrupta, otras casuchas de lata y cartón se levantaban sobre una red de palos, unidas entre sí por tablones cimbreados por los que cruzaban, como equilibristas, hombres, mujeres, niños, doblados por talegos y cestas.

—Tú dijiste que yo quería ver miseria —le dijo Ismael a Alejandro—. Pues bien, aquí la tienes. Quise darte la razón.

—Muy linda cosa para el niño —dijo Alejandro, con el rostro rojo.

—El niño debe verlo todo. Debe aprender que el mundo está lleno de cosas distintas. Debe aprender a comparar, a buscar diferencias y similitudes.

Alejandro se acercó a la orilla del canal, bufando. Pateó una piedra; luego la levantó y la hundió en el agua. Pero agua y piedra no eran suficientes.

—No es tu hijo, es mi hijo. Es mío. Por él me arriesgué y me tiré en una balsa al mar, para sacarlo de la mierda de Cuba. Y yo soy el que decide lo que tiene que ver y cómo se tiene que educar. Para eso es mi hijo. Es mío. Dile a ese hombre que nos lleve al hotel ahora mismo.

Es mío. Alex había escuchado la frase muchas veces en boca de su padre durante las sesiones de gritos e injurias en el cuarto de Alejandro y Belkis, pero ésta era la primera vez que se la oía decir en mucho tiempo. Estas dos palabras, *es mío*, sonaban fuera de lugar en este malecón de pacotilla que sujetaba el agua densa y oscura como el chapapote, en la que apenas podían sobrevivir los gusarapos. Y más porque habían sido dichas en un grito, a la intemperie, en un diálogo entre dos hombres cuya piel y facciones contrastaban con las de los transeúntes que andaban de un lado para otro en un efervescente movimiento, como si la proximidad de la noche (porque el sol comenzaba a ocultarse detrás de la ciudadela de chozas) los obligara a apretar el paso. *Es mío.* Era posible que el calesero, con la vista clavada en su caballo y una expresión turbada, entendiera una frase tan simple. ¿Acaso sus antepasados no habían chapurreado el español?

Ismael no refutó una declaración tan contundente. Sin recurrir a su habitual sonrisa se trepó en la calesa y se arrinconó, como si quisiera evitar el contacto del hombre y de su hijo, porque por supuesto era suyo. Los tres lo

sabían perfectamente, como también lo había sabido Belkis, a pesar de que ésta podía reclamar al menos una parte de esa vida, ese cuerpo, que dentro de muy poco crecería hasta llegar a ser adolescente. Hasta llegar a tener la estatura, la firmeza, tal vez incluso la audacia de los jovencitos y jovencitas que deambulaban esa misma noche por el vestíbulo del hotel, que recorrían pasillos y entraban y salían de los elevadores, mirando a todas partes con astucia, con gracia artificial.

En el restaurante, mientras se servían en silencio (ni siquiera Alex se atrevía a hablar) de las fuentes repletas de pescados, arroz y vegetales, ninguno de los tres podía ignorar estos rostros asiáticos que a pesar de su extrema juventud mostraban un germen de vejez, patente en sus miradas. Algunos de estos muchachos y muchachas acompañaban a hombres maduros, obviamente europeos o norteamericanos, con quienes dialogaban en voz baja, en un murmullo que de lejos tenía las inflexiones del inglés.

—Es una vergüenza —dijo Alejandro al acabar el postre—. ¿Estas también son las imágenes que tú buscabas?

—Es terrible —dijo Ismael, mirando fijamente los ojos del pescado en su plato—. No sabía que este hotel fuera así. Cuando volvamos de Ifugao nos vamos para otro, aunque tenga que pagar el doble.

Alejandro había olvidado en qué lugar debía poner la cuchara, y la agitaba en el aire como un arma.

—¡Y ahorita cuando fui al baño de la cafetería vi en el piso un par de jeringuillas!

—¿Jeringuillas? —preguntó Alex.

La cara de Alejandro se contrajo al oír a su hijo, pero sin hacerle caso siguió increpando a Ismael:

—¡Debías haber averiguado antes de alquilar aquí! ¡Tú que todo lo sabes de Manila, hasta donde está la mierda,

debías haber sabido que este puñetero hotel era pura cochambre!

—¿Jeringuillas? —insistió Alex.

—¡Coño, no sigas con esa pejiquera! —gritó Alejandro, soltando de una vez la irritante cuchara y dando un manotazo en el mantel.

Ismael, que apenas había probado la comida, apartó el plato totalmente cubierto por el pescado de apariencia feroz, con la cola y la cabeza intactas.

—De todas formas, mañana nos vamos a Ifugao. Una noche se pasa como quiera.

En el caso de Alex esto no era verdad. Estas noches en cuartos extraños se le volvían grima y desasosiego. La rutina no cambiaba jamás: él y Alejandro se hospedaban en una habitación de dos camas, mientras que Ismael lo hacía en otra contigua, o al menos cercana. Pero desde la primera noche de viaje, en un hotel de Nueva York, hacía más de dos años, el niño se había dado cuenta de que su padre salía del cuarto al poco rato de haberse acostado, creyendo que su hijo se encontraba dormido, y no regresaba hasta el amanecer.

Alex no se atrevía a confesar que le daba miedo quedarse solo en un lugar desconocido. («No hay que tenerle miedo a nada», le repetía Alejandro desde hacía muchos años, tanto en Cuba como en Miami. «Tú eres un hombre, y los hombres no le tienen miedo a nada, ni lloran por nada».) Envuelto en la sábana como en una mortaja, penetrando en el sueño a repelones, esperaba impaciente la llegada furtiva de su padre cuando la claridad empezaba a insinuarse por la ventana que daba a los rascacielos de Manhattan, o a un lago cerca de Disney World, o a una avenida en el centro de la ciudad de México, o a estos brillantes edificios aquí en Manila, modernos y suntuosos, que no dejaban adivinar que un poco más allá se amontonaban barrios que recordaban a partes de La Habana,

vecindarios escuálidos en los que gente peligrosa se entregaba a trasiegos de miseria, a ritos de crueldad.

Y sin embargo, esta noche Alex esperó, inmóvil en la oscuridad, la habitual salida de su padre, pero Alejandro no dejó su cama.

Por la mañana partieron en un jeepney repleto de una punta a la otra de pasajeros, canastas y sacos. Manila quedó atrás y aparecieron valles, cañaverales y árboles cuyas copas se perdían en la altura sin que Alex alcanzara a divisarlas. Pararon a almorzar en un pueblo al pie de las montañas, en una fonda cerca de una iglesia de piedras ruinosas. En la cocina, una barraca sin paredes junto al comedor, seis hombres asaban tres cerdos en púa.

—Así los asaban en la finca de mi tío en Cuba. Es como si viajara a mi pasado —dijo Ismael—. Pero un pasado que ya no es el mío, que cambió para siempre, como todo pasado.

Las reflexiones no podían competir con los platos de carne. Los tres comían los trozos de puerco (los filipinos lo llamaban lechón, igual que los cubanos) cuando una caravana de búfalos de agua cruzó la plaza tirando de carretas que chirriaban bajo lomas de piñas.

—Esos son los bueyes de este país— comentó Ismael en voz baja. Y de repente interrumpió su almuerzo, sacó de una carpeta cartulina y lápices, se fue a otra mesa y empezó a dibujar, mientras el padre y el hijo devoraban las grasientas masas y trituraban el crujiente pellejo.

Al poco rato Alex se levantó y miró por encima del hombro de Ismael para ver los trazos, y exclamó sorprendido:

—¡Pero esos somos papá y yo! ¡Qué feos estamos!

Alejandro se dignó a ponerse de pie y echó también un vistazo al boceto, en el que aparecían, en un pedregal, dos figuras frente a un muro de cuerdas.

—Pensé que ibas a pintar los búfalos, o algo de Filipinas. Para pintarnos a nosotros no había que venir tan lejos ni pasar tanto trabajo.

—A veces hay que ir lejos para pintar lo que uno tiene cerca —dijo Ismael, sin dejar de trazar con rapidez las líneas, y Alex percibió en la voz del hombre la misma aspereza que en la de Alejandro, como si las palabras dichas con dureza fueran una enfermedad contagiosa a la que Ismael había al fin sucumbido.

Estas montañas, este camino casi vertical que ahora el jeepney se empeñaba en subir entre los estertores del motor, esta remota provincia de Ifugao, ¿podían acaso mitigar el encono de los dos adultos entre los que se sentaba, apretujado, Alex, empinándose para ver por encima del cuerpo de su padre las hondonadas y los despeñaderos? Pasaron ríos, barrancos, campos de orquídeas que cubrían de un carnosos tapiz las laderas; pasaron cuevas, maizales ondulantes, aldeas donde se alzaban, como altares, chozas cargadas de cruces, de huesos de animales, de ornamentos. Ancianas con los brazos tatuados vendían frituras junto a la carretera. El jeepney se detuvo a la entrada de un pueblo para ceder el paso a una procesión de muñecos gigantes. Luego siguió, jadeante, mientras caía la tarde, bordeando farallones. En la distancia ya se dibujaban las terrazas de arroz. Todo vestigio de Cuba se extinguía.

Llegaron de noche a Banaue, en medio de un intenso frío. En el hotel, un caserón en el filo de un risco, a Alex se le ocurrió que ellos eran los únicos huéspedes, a no ser que los otros se escondieran, como hizo Ismael durante los tres días que pasaron en el mismo centro de aquel paisaje sobrecogedor.

Rendido por el madrugón, arropado por una gruesa frazada, Alex se durmió de inmediato esa primera noche, con el fondo de la lluvia que golpeaba las tejas del hotel,

y no pudo esperar, como era su costumbre, a ver si el padre salía o no del cuarto; en un momento de la madrugada le pareció sentir murmullos y gemidos en la habitación de Ismael, que estaba al lado; a diferencia de todos los lugares en los que se habían hospedado antes, la pared de madera permitía que los sonidos la atravesaran como osados fantasmas; pero un denso sueño maniataba al niño, lo embotaba, lo inmovilizaba; abrió los ojos cuando el sol le daba en pleno rostro. Su padre, con expresión sombría, se peinaba cuidadosamente en el espejo; las ojeras acentuaban sus pómulos.

También la cara de Ismael, mientras desayunaban en el comedor, parecía descosida; las patas de gallo se habían profundizado; mordisqueó una tostada, bebió un sorbo de té y dijo:

—Vayan ustedes a ver las terrazas de arroz. Yo no me siento con ánimo de salir. Voy a quedarme pintando en el cuarto. Después me cuentan.

A la salida del hotel, Alejandro y Alex se enfrentaron a la vista inaudita del vasto territorio fragmentado que los filipinos llamaban la escalera al cielo: la tierra descendía en enormes peldaños, como islas de formas caprichosas, anchas y estrechas, romas y puntiagudas, de colores diversos, verde, gris y amarillo, hasta empequeñecer en lo más hondo de los precipicios para volver a ascender en la distancia, multiplicándose hasta rozar las nubes. Figuras diminutas se inclinaban en medio de las islas, sembrando o recogiendo arroz. La luz del sol, que se desparramaba sobre este archipiélago construido con paciencia a lo largo de siglos, desleía la frialdad.

Sin embargo, tanta magnificencia terminaba por agotar, después de haber provocado asombro. Alejandro, poco habituado a las exclamaciones, a los rituales de la admiración, que exigían un reposo que no estaba a su alcance,

tomó instintivamente la mano del hijo para llevarlo a un sitio más modesto, que conservara alguna escala humana, que propiciara la acción, el movimiento. Se quitaron los jackets, bajaron escalones casi tragados por la tenaz maleza, atravesaron espesos pinares, se aventuraron por tortuosos atajos entre oleadas de vegetación cuyo profundo olor emborrachaba. En un claro del monte una cascada se derramaba sobre una poceta.

Padre e hijo nunca habían estado solos en el medio de la naturaleza. Ahora ni Belkis ni Ismael se interponían entre ellos dos y este espléndido sitio, lejos de las ciudades, el tráfico, la gente. Alejandro le mostró la mejor forma de bajar la pendiente accidentada, deslizándose de costado, con pisadas firmes. Al llegar junto al agua dijo en voz baja:

—En Africa yo me bañaba en una poceta igual.

Lugares de otros tiempos parecían secuestrar a las personas. Ismael salía y entraba de una Cuba que ya no existía, y ahora Alejandro evocaba una región de la que Alex no tenía la más remota idea.

—¿Te gustó Africa?

—Sí y no. ¿Quieres que nos bañemos?

—Podemos pedirle a Ismael que nos lleve a Africa.

—Ismael es muy pendejo para ir a Africa. ¿No te vas a bañar?

—Hace un poco de frío, pero si quieres nos bañamos. ¿Y con qué nos secamos?

—Con los abrigos.

Entrar al agua helada, en calzoncillos, no significaba sacrificio alguno comparado al placer de chapotear a solas con su padre en este escondrijo, de hacer piruetas, de desmadejarse bajo los chorros duros como granizo de la catarata. Regresaron al hotel de tarde, eufóricos, hambrientos; Ismael no quiso bajar al comedor; encerrado en

el cuarto, pintaba sin cesar dos personajes con diferentes fondos, en distintas posturas; Alex apenas pudo mirar tres o cuatro del montón de dibujos regados en la cama cuando después de la cena él y Alejandro fueron a visitarlo.

—No quiero que los veas —dijo Ismael, metiendo las cartulinas debajo de las sábanas, como si fueran cuerpos—. No están terminados. Son ideas, bosquejos. Cuando llegue a Miami trabajaré en ellos, los convertiré en cuadros.

—¿No vas a ver mañana las terrazas de arroz?

—Ya las vi. Se ven desde el balcón. Voy a aprovechar estos días aquí para dibujar, en Manila no puedo. Diviértanse ustedes, veo que están muy felices.

A pesar de que Ismael sólo habló en español, una prueba de que se dirigía a ambos, Alejandro se mantuvo callado. Sin embargo, esa noche Alex se despertó y oyó su voz, amortiguada por la pared de madera, repitiendo, casi en un chillido:

—¡No te entiendo! ¡Nunca te he entendido!

La respuesta de Ismael se alzó clara:

—Ni yo tampoco a ti.

Después las palabras se volvieron un eco, un amasijo de sonidos confusos. Alex, con miedo, se tapó la cabeza con la almohada y al fin volvió a dormirse.

Al otro día él y su padre regresaron por el mismo camino a la poceta, esta vez con trusas y toallas. Pero Alejandro, aunque nadó con su habitual destreza, como el pez que probablemente fue en alguna otra vida, y se lanzó varias veces al agua desde una enorme piedra, no era el mismo de ayer: distraído, replegado en sí mismo, no prestaba atención al hijo que repitiendo frases anodinas esperaba risas, o advertencias, o instrucciones, o incluso regalos, cualquier cosa que le confirmara que estaban ellos dos, sin trabas de por medio, viviendo esta aventura de hallarse solos en un paraje tal, que no era ni Africa, ni

Cuba, ni Miami, en el que ambos podían demostrarse que eran uno del otro, que también Alex podía decir de su padre: *Es mio*. Pero el rostro cerrado de Alejandro a lo largo del día desafió los reclamos, las pruebas de pertenencia y amor que le exigía su hijo.

Horas después, al filo de la medianoche, Alex se despertó sobresaltado y vio una silueta monstruosa posada en la ventana de su cuarto. La cama de al lado se encontraba vacía; en el cuarto de Ismael oyó gritos, insultos, ruidos de objetos chocando contra el piso. Descalzo, salió corriendo de la habitación y tocó en la otra puerta. Se hizo un silencio; Alex volvió a tocar. La voz casi irreconocible de Ismael preguntó en inglés:

—¿Quién es?

—Soy yo. Hay algo extraño en mi ventana, como un pájaro grande. ¿Papá está ahí?

La puerta, que al parecer nadie iba a abrir, se levantaba como una muralla.

—¡Ve para el cuarto y espérame allá! —gritó Alejandro— Yo voy ahora.

Alex regresó tiritando a su cama; en la ventana se esparcía la niebla. A los pocos minutos Alejandro entró dando un portazo.

—A ver, ¿dónde está eso que viste?

—Ya se fue.

—¿Pero qué era?

—No sé, como un pájaro. Grandísimo.

—¿Te dio miedo?

—Sí.

—¿Cuántas veces te he dicho que no hay que tenerle miedo a nada?

Alex miró la neblina compacta que se tragaba por completo el paisaje: el pueblo de Banaue, las montañas, las terrazas de arroz. Si este padre pudiera disolverse en la

bruma. Volverse humo. Derramarse en el piso como agua. Pero aquí estaba, sólido y odioso.

—¿Cuántas veces te lo he dicho? Contesta.

—Muchas veces.

—Pues que no se te olvide. Ahora vamos a dormir. Mañana regresamos a Manila.

Al poco rato Alex se levantó a orinar. Su padre se había tapado de pies a cabeza. No tiene frío, se dijo Alex, lo que tiene es rabia. Y no quiere que yo me dé cuenta. Pero veo la rabia debajo de esos trapos. El cuerpo se esforzaba por quedarse tranquilo, pero la fuerte respiración agitaba la tela. ¿Y esos ruidos quedos, no eran sollozos que el falso durmiente trataba de ahogar?

Y al pasar sigiloso frente a la cama al lado de la suya, el odio que Alex había sentido hacía un instante se transformó de pronto en algo parecido a la lástima.

III

Y ahora, en este mercado gigantesco, en medio del escándalo de la gente que compraba y vendía, entre peces vivos remeneándose sobre lajas de hielo, sangrientas hileras de reses desolladas, palomas que llenaban las jaulas de un aluvión de plumas, vegetales de un color obscuro, zanjas inmundas que zigzagueaban entre timbiriches, fondas de olores acres, Ismael había desaparecido.

Esa misma mañana Alejandro había manifestado, por primera vez desde la llegada a Filipinas, un deseo concreto:

—He visto anuncios de peleas de gallos. Dicen que las peleas de gallos de aquí son las mejores. Quisiera verlas.

Desayunaban en el lujoso hotel al que se habían mudado al llegar de Ifugao. En las mesas, adornadas con flores, brillaban petulantes los cubiertos de plata. Un camarero trajeado se inclinaba ante ellos, al parecer dispuesto a caer de rodillas, mientras limpiaba los estragos que una yema de huevo había dejado en el mantel. Ninguno de los tres se sentía parte de la escenografía, y comían con torpeza. Ismael, después de una pausa, murmuró:

—Voy a averiguar. Podríamos ir ahora, si hay peleas de día. A mí no me gustan, pero si tú quieres...

—Tú puedes ir a un museo —dijo con sequedad Alejandro—. Tú siempre vas a museos adonde quiera que vamos, y aquí no has ido a ninguno.

—No vine a ver museos —respondió bruscamente Ismael—. Vine a ver vida.

—Allí vas a ver vida, pero también muerte. Es mejor que veas vida en otra parte.

Ismael se volvió a Alex:

—¿Dónde tú quieres ir?

Esto ocurría a menudo. Cuando los dos hombres no se ponían de acuerdo, apelaban al niño.

—Yo voy adonde quiera ir papá.

Nadie había puesto en duda la respuesta: era un simple recurso de Ismael para ceder al menos con cierta dignidad. Ismael quería ver vida, pero desde hacía ya tiempo la vida se filtraba a través de Alejandro. Así lo intuía Alex, sin poder entenderlo ni mucho menos poder expresarlo. Pero sí, lo sabía, sabía que Ismael y él tenían en común esa cortina, o más precisamente esa pared que ambos debían cruzar para entrar en el mundo.

Y sin embargo, Alex también sentía que Ismael empezaba a rebelarse contra esta sujeción. Uno esperaba que de un momento a otro tirara la colilla, la aplastara iracundo contra el piso y armara de una vez la pelotera. Pero después del desayuno aquí estaban los tres, en un taxi contratado por el propio hotel, con un chofer que hablaba inglés, tagalo y español, como si en él se resumiera toda la historia del lenguaje en Manila. Había vivido en Madrid cuando joven y se había casado con una asturiana. Tenía tres hijos, uno de la edad de Alex. Era un católico devoto: lo atestiguaban estampas de santos, rosarios, crucifijos y estatuillas de la Virgen que convertían el pequeño automóvil en un altar rodante.

—¡Ah, una gallera!

Así llamaban también los filipinos, en genuino español, lo que en Cuba se conocía como valla de gallos. Sólo que allá, en esa isla que desde aquí, en el turbio remolino de Asia, pasaba a ser un insignificante pedazo de tierra donde el diablo dio una vez las tres voces, como hubiera dicho la abuela de Alex, los juegos y las apuestas habían sido prohibidos incluso antes de que Alejandro naciera. Pero el gusto por los gallos obligaba a transgredir cualquier ley, y Alex recordaba que siendo muy pequeño su padre lo llevaba a una quinta de un tío, en las afueras de La Habana (vestido de civil, como hacía cuando salía a pasear con su mujer y su hijo, y más en esas ocasiones, teñidas de ilegalidad) y allí, en un patio cercado por una alta tapia de madera, para burlar la impertinencia de cualquier chivato, los gallos se fajaban desde el mediodía hasta el anochecer, ante hombres gritones que los azuzaban, que perdían y ganaban montones de pesos entre los brincos de las aves furiosas.

—Ah, quieren ir a una gallera.

Virgilio, el chofer filipino, se mostraba orgulloso y entusiasta. Un país pobre, plagado de indolencia, de confusión, de caos político, de inundaciones, de lava de volcanes, tenía al menos sus célebres gallos. El automóvil apenas se movía, atrapado en el río estancado del tránsito, lento como la sangre en las venas de un cuerpo monumental: Manila. Una ciudad atolondrada, sin ton ni son, de energía tremebunda, donde uno se sentía como metido en un atolladero, pero a pesar de todo, o por eso mismo, cautivadora, sí, despampanante.

Al fin, a la vuelta de una plaza, en una callejuela de adoquines, el chofer indicó:

—Miren esa bandera. Esa bandera roja, colgada del bambú. Eso quiere decir que en esta gallera hay pelea ahora.

No hacía falta ninguna señal; el trazo colorado sobraba; el rugido que salía a borbotones del edificio enclenque bastaba para anunciar que adentro ocurría algo descomunal.

Ismael pagó por los mejores asientos. Se abrieron paso entre filas de bancos atestados de hombres sudorosos, con la camisa abierta y el pelo chorreante, inmersos en un tufo de licor y cigarros, hasta sentarse junto al redondel en el que un hombre con los brazos en cruz hacía rápidos signos con las manos, mientras en la multitud se escuchaban los gritos de treinta, ochenta, cien.

—Ese es el cristo, que coge las apuestas. Se las aprende de memoria.

Virgilio les explicó el complicado sistema, pero sólo Alejandro parecía interesado; aún más, enfebrecido. Registró su cartera, sacó varios billetes y se los dio al chofer. Ismael, con un gesto de desdén, hizo patente que estaba allí contra su voluntad y no iba a involucrarse.

—¿Y a cuál le va a apostar? —le preguntó Virgilio a Alejandro, mientras contaba el dinero— ¿Al llamado o al dejado? El llamado es el gallo favorito; el dejado es el menos popular. Pero si el dejado gana, el que le apostó gana más, precisamente porque se arriesgó más. Es la justicia de aquí de la gallera.

Los dos gallos, que ahora llegaban en brazos de sus dueños, se enardecieron con sólo mirarse; para atizarlos, los hombres los acercaron hasta que casi rozaron sus picos; las plumas de los cuellos se levantaron como un abanico. El cristo gesticulaba con frenesí con los brazos abiertos.

—El llamado es el rojo —dijo Virgilio—. El otro, el azuloso, es el dejado.

—Yo le apuesto al llamado —dijo Alejandro—. Es mejor apostarle al que está acostumbrado a ganar.

Los galleros, cada uno por su lado, se retiraron a esquinas opuestas y empezaron a trajinar con las patas de los animales.

—¿Qué les están haciendo? —preguntó Alex.

—Poniéndoles navajas en las espuelas —contestó Virgilio—. Con eso la pelea dura menos. En unos minutos uno mata al otro.

—Eso es salvaje —dijo Ismael.

—Así tiene que ser —dijo Alejandro—. Uno se muere y el otro queda vivo. Así no hay duda de cuál es el que gana.

Los galleros los colocaron con extremo cuidado en la arena, como vasijas frágiles, y con gran aspaviento los soltaron. Los animales corrieron como bólidos y encrespados se unieron en el aire; vertiginosamente, con golpes explosivos, procuraban cortarse con sus falsas espuelas contagiadas de muerte. Un bramido cundió por los bancos, un estruendo que ensordeció a Alex, que boquiabierto miraba la riña pero también a su padre, que de pie gritaba y maldecía a la par de los espectadores. Virgilio, a su lado, no se quedaba atrás. De reojo observó un momento a Ismael, que se había encogido en el asiento, como si la madera lo hubiera chupado, con los ojos fijos en el torbellino del que se desprendían plumas ensangrentadas. Patas, alas y picos se arremetían hasta dañarse, hasta desgajarse; las navajas, al igual que las plumas, se llenaban de manchas coloradas. Alejandro le gritaba al rojo:

—¡No te rajes!

De pronto el gallo azul oscuro, el dejado, le hizo honor a su apodo y se dejó caer, desmadejado, tieso, con la cola chorreada y las alas despedazadas, manando sangre por los ojos; su pico se enterró en la arena. El estrépito en la gallería se volvió un clamor; Alejandro, jubiloso, saltó con ímpetu y abrazó al chofer. Alex jamás lo había visto abra-

zar a un amigo; su padre al saludar siempre tendía la mano.

Más tarde todos rodearon al cristo, que recibía y entregaba dinero con la misma inexpresividad con que había hecho las murumacas con los brazos abiertos antes de la pelea.

Alejandro regresó con sonrisa altanera; pero no era a su hijo al que miraba, sino a Ismael, que agarrando la mano de Alex dijo colérico:

—Quédate tú si quieres. Yo me voy a dar una vuelta con el niño. Te molesta que vea la pobreza, y no te importa que vea esta violencia, esta degradación, que es mil veces peor que las casuchas de los muertos de hambre.

—Vete tú si quieres, yo te lo advertí. Pero el niño no se va a ninguna parte. Ver estas cosas lo enseña a ser hombre.

—¿Hombre, como su padre?

El puñetazo en el centro del pecho lo sentó en el banco. Pero Ismael se incorporó al momento, frunció la nariz, se pasó la mano por el rostro, como si quisiera cambiar sus facciones, o más bien borrarlas, y dijo lentamente:

—Los espero afuera.

Nadie de aquel tumulto, ni siquiera Virgilio, había visto la escena, sólo Alex, que desconcertado no le quitaba la vista a su padre. Tampoco hubiera sorprendido a los apostadores, habituados a broncas semejantes, por gallos, por dinero, por vanidad herida. Pero Alex no era un apostador, sino el hijo del hombre que había dado el golpe. Solamente una vez había visto a Alejandro pegarle a alguien (a él nunca le había levantado la mano; amenazaba con hacerlo cuando lo regañaba, pero todo se quedaba en palabras) y había sido a la madre de Alex, una tarde, poco antes de que salieran huyendo de Cuba. Alejandro primero la había abofeteado; luego la arrinconó en la cocina y la golpeó en los senos y los hombros; Alex, gritando, se

interpuso entre ellos; Belkis lloró hasta que poco a poco fue cayendo la noche. Al final Alejandro se arrodilló ante ella, llorando también.

Pero ahora, a la salida de la gallera, se encontraron a un Ismael impávido, con los ojos secos, recostado al taxi, fumando el crepitante cigarrillo; Alex no pudo ver en su expresión ni una señal de angustia ni de tirria; su mirada no dejaba entrever el vituperio; ni sumiso ni fanfarrón, el hombre era la estampa de la abulia. Alejandro, sin levantar ni una vez la cabeza, contaba el dinero que le debía a su gallo, sobaba los billetes con fruición. Virgilio pareció olfatear un rastro de peligro y explicó sonriente:

—Por aquí cerca está una de las iglesias más grandes de Manila —y bajando la voz, preguntó respetuoso—. ¿Ustedes creen en Dios?

Alejandro, sin dar un pestañazo, cruzando del más craso terreno material a la esfera impalpable del espíritu, guardó los billetes y afirmó:

—Sí, claro.

Alex repitió, como un eco:

—Sí, claro.

Ismael miró sorprendido al chofer, como si éste le hubiera pedido una acción temeraria, como desnudarse aquí mismo en la calle, o darse un chapuzón en el canal que corría por detrás de la gallera.

—Vamos a la iglesia —se limitó a decir, dejando en el aire cualquier interrogante—. Allí por lo menos no habrá sangre ni piñazos. Por lo menos habrá tranquilidad.

Esto fue dicho en un tono distante, totalmente ajeno, sin mirarle los ojos a nadie. A Alejandro se le crispó la boca.

Sin embargo, Ismael se equivocó al imaginar un espacio de calma. Al parecer no existía tal lugar en Manila. En la iglesia, repleta de devotos, la jerigonza de las oraciones

se alzaba en una barahúnda hacia el cielo, o más bien hacia el techo pintarrajeado de ángeles filipinos, casi tan estridente como los gritos de los jugadores dentro de la gallera. Una caterva de fieles (tal vez entre los hombres, tan numerosos como las mujeres, se encontraban algunos de los que antes rodeaban al cristo de las apuestas, como el propio Virgilio, que corrió a zambullirse en la turba) se arremolinaba alrededor de la estatua de un santo, con la evidente intención de tocarla, es más, de acariciarla, incluso de besarla.

En Cuba, Alex había acompañado a su madre varias veces a un par de iglesias en La Habana Vieja, y en la penumbra pespunteada por velas, en medio de una irrompible quietud, se había arrodillado igual que Belkis frente a estatuas parecidas a éstas. Su padre nunca había querido ir con ellos, tal vez por su incapacidad de mostrar fe, lo que en esos lugares era una obligación; sólo se había sumado, cuando ya había pasado de militar a vendedor de plátanos, a una procesión a la capilla de San Lázaro, en un pueblo cerca de La Habana, donde una vez al año los enfermos y los necesitados peregrinaban a exponer sus miserias al santo de los pobres, de los lisiados, de los deshauciados. Ellos tres, en aquel entonces, formaban parte genuina del gentío que requería el auxilio de invisibles fuerzas.

La abuela de Alex, la madre de Belkis, la que creía que uno no muere nunca sino que simplemente se transforma, iba con ellos, cargando como una penitencia un lingote de hierro; tal vez pedía, sin decírselo a nadie, despojarse de este cuerpo de anciana sometida a un sinnúmero de vicisitudes, entre las que resaltaban la pobreza y el hambre, y volver a este mundo como planta, animal, hombre, mujer, cualquier cosa, pero sin tener que inquietarse por resolver comida cada día, sin tener que sufrir por esta hija

que se había casado con este hombre extraño, uno diría que orate, víctima de arrebatos de furia, de repentinos cambios de carácter, de ominosos silencios; sin tener que temer por el futuro de este nieto precoz.

La petición de Alejandro y Belkis, más concreta, se circunscribía a esta vida de ahora; Alex se la había escuchado a su madre y podía resumirse en una frase: *ayúdanos a salir pronto de Cuba*. El santo había escuchado la plegaria y la había concedido.

¿Pero qué pedir en esta iglesia, en esta mojiganga, en esta mezcla de sonidos asiáticos en los que el español se revolcaba, hasta desbaratarse, para surgir de pronto, tasa-jeado, entre sílabas rotas? ¿Había algo que pedir? Ismael deambulaba, indiferente, echando un vistazo a los altares con la misma desidia con que solía mirar las acuarelas de un pintor mediocre en una galería. Y el rostro de Alejandro había empezado a cubrirse de la malsana pátina que Alex había observado desde muy chamaco: una sombra que velaba la frente, los ojos, la barbilla.

Sólo Virgilio, que había alcanzado al fin a tocar brevemente la túnica de yeso, parecía ennoblecido, dispuesto a interceder por un milagro. Pero Alex no podía confiar en el rezo de un chofer filipino. Al salir de la iglesia se tropezaron con un aguacero. Virgilio propuso visitar un mercado, «para que conocieran de verdad a Manila».

¿Era Manila esta nave gigantesca y oscura, que se desparramaba por varias manzanas? Olores ríspidos, agrios y dulzones empapaban el aire: a marisco, cilantro, excremento de pollo, frituras, flores, guarapo y jengibre. Las aves cacareaban en jaulas, se golpeaban las alas contra muros de malla; los atunes, amontonados sobre hielo baboso, parecían espiar con ojos desmedidos el jelengue de los compradores; los filetes, las costillas, los hígados enrojecían las tablas de los tenderetes, asediados por mos-

cas y guasasas; el carapacho de las tortugas se adivinaba bajo el agua enturbiada de los tanques; los puercos, con sus patas amarradas con sogas, chillaban atronadoramente.

Virgilio señalaba con el dedo langostas, frutas carnosas, frascos con hojas y jugos fermentados, mientras intentaba hacerse escuchar por encima del zumbido feroz de los pregones y los regateos; pero sólo Alex le prestaba atención. Alejandro veía y no veía, oía y no oía, al parecer absorto en sonidos e imágenes vedados a los otros; Ismael se había quedado atrás, en una tienducha con cestas de mimbre, recipientes de unguento y platos esmaltados. De pronto el niño se volvió en redondo y vio que Ismael, con un par de copas de barro en la mano que tal vez se disponía a comprar, en realidad no miraba las vasijas, sino a él, a Alex. Fue sólo un segundo. Luego bajó los ojos, revisó las piezas y con aire de marchante se puso a discutir con el vendedor. Cuando Alex, después de dar unos pasos, se viró otra vez, ya Ismael no estaba allí.

Virgilio y Alejandro se detuvieron frente a una cría de gallos de pelea metidos en corrales, separados entre sí por láminas de metal, para que los animales no se desbarataran; pero Alejandro parecía persistir en mirar más allá de los gallos otra escena; tal vez simplemente no miraba nada; tal vez algo, uno no sabía qué, no lo dejaba ver la hechura de las aves, que dándose lija se erguían tras los alambres.

Una mujer, sentada en una fonda, rodeada de botellas de cerveza vacías, llamó a Virgilio y le cuchicheó algo al oído, señalando a Alejandro, mientras varios clientes comían y bebían en mesas destartadas. Al fondo, tirado en un camastro, un hombre dormitaba, y otro salía en chancletas de un baño, con una toalla enrollada en la cintura; del otro lado, un ejército de cocineros, sin parar de gritar, hervía, freía y picaba. Fleteras maquilladas, jaque-

tonas, parecidas a la que secreteaba con Virgilio, se contoneaban cerca del local. Alex le dijo a su padre:

–Todas te miran.

–Yo sé lo que quieren.

El chofer llegó hasta ellos y con los ojos bajos susurró:

–Esa mujer de los aretes grandes me pidió que le presentara al señor. Pero yo le dije que no sabía si el señor quería conocerla.

–¿No ve que ando con el niño?

–Es verdad. ¿Y el señor Ismael, dónde está?

Alejandro se encogió de hombros.

–Estaba en una tienda, allá, en aquella esquina, pero me parece que ya no está allí –contestó Alex.

–Vamos a buscarlo –dijo Virgilio.– No es bueno que ande solo. No es que este lugar sea peligroso, pero nunca se sabe. Mientras estén conmigo, no hay problemas.

Recorrieron kioscos, carnicerías, puestos de frutas, bares; cruzaron zanjas, vertederos, pasajes enlodados; en tinglados oscuros, junto a mostradores con huevos y hortalizas, verduleras restregaban bultos de ropa en bateas coronadas de espuma; perros se hurgaban en la pelambrea echados entre tripas, cáscaras y hollejos; niños descalzos metían en carretillas tiestos de flores cuyo aroma mareaba.

–A lo mejor nos está esperando allá afuera –dijo Virgilio, inquieto.

Salieron del mercado entre bandazos, abriéndose paso por la muchedumbre. La llovizna volvía resbaladizo los cuerpos, las aceras. Bajo un toldo, rodeados por un coro de tipos sin camisa, dos gallos se peleaban, pero sin contundencia; la riña tenía un viso de retozo, de simulacro de virilidad.

–Quédense ustedes aquí. Yo voy a buscarlo otra vez allá adentro. Me conozco el lugar de memoria, seguro se perdió.

El aguacero arreciaba. Padre e hijo, envueltos en el vaho que brotaba del asfalto y de la multitud, se refugiaron en una marquesina, junto a un escaparate con muñecos gigantes. El lenguaje cortante de los transeúntes enmudecía al hombre y al muchacho, como si ante la avalancha de frases sin sentido el idioma de ellos dos no tuviera vigencia. Al fin Alex dijo:

–Debe haberse ido para el hotel.

–¿Cómo tú dices?

–Que debe haberse ido para el hotel.

Pero Alejandro no le hizo caso a una oración tan simple. Sus pensamientos, embrollados, sinuosos, parecían escurrirse como el agua que se precipitaba calle abajo, empapando adoquines, sumergiendo las ruedas fangosas de los carros.

En el momento en que la lluvia cesó, Virgilio apareció, gesticulando.

–No lo encontré allá adentro.

Alex repitió:

–Debe haberse ido para el hotel.

–¿Qué usted cree, señor Alejandro? ¿Por qué iba a irse sin decirnos nada?

Ante el silencio pertinaz del padre, que al igual que los muñecos detrás del cristal no se movía ni hablaba, Alex insistió, esta vez sin dudas:

–Se fue para el hotel. O se fue por ahí, a pasear él solo.

–¿Nos vamos para el hotel entonces? ¿Qué usted cree, señor Alejandro?

Alex, el intérprete del hombre sin palabras, contestó:

–Vamos.

Y para corroborar su decisión, agarró el brazo del padre y lo haló con firmeza.

–¿Habrá vuelto a la iglesia? –preguntó Virgilio– ¿Usted quiere que vayamos allí?

Pero dentro del taxi, cercados, sofocados por la colección de vírgenes y santos, que al parecer servían para recordar los continuos pecados de los pasajeros, y por supuesto del propio chofer, ya no se hacía necesario hablar. Rodaban callados en el demente tráfico. Alex, con el rostro pegado al cristal, esperaba ver las facciones esquivas de Ismael en cualquier recoveco de esta Habana asiática. Alejandro, en cambio, había fijado la mirada en la nuca de Virgilio, como lo hubiera hecho en la estampa del Nazareno Negro que colgaba del espejo retrovisor, o en el río Pasig, ancho y cochambroso, que ahora bordeaban a paso de tortuga.

En el hotel se encontraron con la puerta del cuarto de Ismael de par en par; una empleada metía las sábanas en una canasta. Nada, ni el más mínimo objeto, revelaba la presencia de un huésped. La mujer sólo hablaba un dialecto sin huellas de español, y no entendía qué le preguntaban. Padre e hijo bajaron al vestíbulo y después de vacilantes vueltas Alex se dirigió en inglés a la recepcionista. La mujer los observó con curiosidad y luego dijo:

—Mister Viamontes is gone. He just checked out. Who is Alex?

Ismael se había ido. ¿Cómo se decía en español checked out? Sí, él era Alex.

La filipina le entregó un sobre grueso, con el nombre del niño escrito en letras enormes, como para evitar algún error. En el ascensor Alejandro se lo arrebató de las manos y al llegar al cuarto lo rasgó precipitadamente. Había dinero, dos pasajes de avión, una foto y una carta. Resollando, Alejandro le dio el papel al hijo y dijo con voz ronca:

—Es para ti. Dime qué dice.

El niño leyó en voz alta:

«Dear Alex, you're a wonderful kid and I'll never forget you». Sin firma. Eso era todo.

—¿Dime qué dice en español!

El joven traductor se esforzó, balbuceando.

—Querido Alex, tú eres un niño maravilloso y nunca te olvidaré.

Nadie le había dicho, ni mucho menos escrito esas palabras. Jamás. Ni siquiera su madre, que a veces lo mimaba. Pero quien las decía era sólo un fantasma, y por lo tanto tampoco existían, a pesar de estar escritas con tinta. Hubiera sido distinto si esas mismas frases las hubiera pronunciado este hombre que en el centro de la habitación, con la vista baja y el rostro deformado, luchaba por contener las lágrimas. Pero Alejandro se negaba a hablar. En vez de decir algo, cualquier cosa, un insulto, una mala palabra, cogió el papel y lo hizo pedazos. Luego rompió la foto, en la que estaban los tres junto a la fuente del parque Rizal. Un heladero los había retratado al segundo día de llegar a Manila. Por último contó el dinero, lo metió en el bolsillo y se encerró en el baño. Alex recogió los fragmentos de la carta y la foto y los guardó dentro de una gaveta.

—¿Cuándo nos vamos? —se atrevió a preguntar cuando Alejandro salió, secándose la cara y el pelo con la toalla.

—Mañana.

Había tantas preguntas que Alex quería hacer. Pero no las haría. En el último año, Alex de sopetón había cambiado. Ya no era siempre el niño hablador; cuando hacía falta guardaba silencio. Quizás por eso, porque ya sabía llegar a la frontera y detenerse allí, sin dar un paso más, era sin duda el hijo de su padre.

En silencio bajaron a almorzar en la cafetería; en silencio deambularon por un parque cerca del hotel; en silencio, mientras caía la tarde, llegaron hasta una avenida junto a la bahía.

Sólo una vez el padre y el hijo caminaron por el largo malecón de La Habana. Fue en verano. A un lado la ciudad, ansiosa y supurante bajo el tórrido sol, reverberaba; al otro, el mar se relamía sobre los arrecifes, golpeaba con sus crestas el muro mutilado. En esa época ninguno de los dos podía prever que ambos cruzarían en una embarcación esa llanura. Estaban allí porque Alejandro, que quizás en alguna otra vida fue un pez, se sentía a gusto al lado de las olas. Pero esta agua aceitosa de Manila, embarrada de la podredumbre de toda la ciudad, de los prietos desechos de los barcos, no hacía feliz a nadie. Además, el pez capituló. Recostado a la orilla, se había pulverizado.

Esa noche, mientras Alex veía el televisor, Alejandro, sentado en el balcón, bebía una mezcla agrídulce de vodka revuelto con limón y azúcar. Nunca le había gustado el licor. Pero ahora tenía que borrar a Manila y recurría al mejunje. Más allá de la baranda de madera calada, su rival, su enemiga se extendía imperturbable, como un prado de luces, hasta disolverse en la oscuridad del mar.

Vistas desde arriba, cubiertas por la noche, estas ciudades eran todas la misma: claridades y sombras donde corría el dinero; mansiones y tugurios que acogían por igual a durmientes y a insomnes; escondrijos en los que el deseo iba parejo con la simulación. Un hervidero de gente que gozaba, que se asfixiaba, que se desesperaba, machacando secretos, acechada por encuentros fortuitos, por éxitos, fracasos, traiciones y muerte.

De madrugada Alex se despertó y al no ver a su padre en la cama pensó por un momento que había salido, como era su costumbre, para visitar algún cuarto vecino. Luego recordó que esa posibilidad ya no existía. Tras el cristal de la terraza, la silueta inmóvil, recortada contra el resplandor, tenía la forma de un bulto macizo, sin contornos humanos. El niño abrió la puerta corrediza.

—Papá, acuéstate a dormir.

Alejandro se tapó la cara.

—Vamos, papá.

Alex podía reunir los trozos de la carta y la foto, recomponer el texto y las imágenes, aunque quedaran costurones visibles; pero su desafío era ahora pegar uno a uno los restos de este hombre, una tarea que podía tomar años, tal vez toda la vida.

Tomándolo por la cintura lo llevó hasta la cama, como si él fuera el padre y el otro su hijo. Lo arrojó con la sábana y se sentó a sus pies, mirando el perfil roto, con la certeza de que sí, crecería, tendría mujeres, quizás un par de hijos, pero seguiría cuidando a este padre, amando por encima de todo a este padre, como insensatamente uno ama a las personas que nunca llega a conocer de verdad.

HIJOS

a José Antonio Evora

Una vez, hace ya más de veinticinco años, conocí a un hombre que tenía un secreto. Trabajábamos juntos en un aserradero en las afueras de Camagüey; él medía la madera con una cinta que se había convertido en parte de su cuerpo; uno no lo concebía sin el estuche de metal que guardaba la tira. Este hombre se llamaba Marcelo Rondón.

Decir que un hombre tiene un secreto es una forma de arrogancia o piedad: casi todos los hombres tienen un secreto, y casi nunca el secreto es tal, pues siempre hay gente a su alrededor, o por lo menos una o dos personas que lo saben. El caso de Marcelo no era una excepción; muchos sabían lo que jamás le había contado a nadie. Cuando me enteré, por azar, de lo que encubría, este hombre se hizo de inmediato importante para mí; su secreto era también el mío. Pero precisamente porque era algo que los dos callábamos, quedaba descartada la menor franqueza entre los dos.

Iré al grano: la madre de este hombre, al igual que la mía, padecía de una grave enfermedad mental. Y como yo, era hijo único y vivía solo con ella. Sin embargo, él andaba por los sesenta años y yo apenas pasaba de los veinte. Nada separa tanto como la edad; negarlo resulta un grotesco consuelo, o una taimada hipocresía. En medio de la lluvia de aserrín, del escándalo de las cepilladoras, de la mole de cedros y algarrobos junto a la línea del ferrocarril,

Marcelo y yo, cada uno por su lado, trajinábamos sin concedernos un saludo o un roce; un viejo y un joven con un mismo secreto que no encontraban nada que decirse.

¿Sabía él de mí, de nuestra semejanza? Yo no tenía manera de averiguarlo. Marcelo se amarraba un pañuelo en la cara para tener a raya las virutas y el polvo, pero tal vez también para no contestar preguntas insidiosas. Un sombrero de yarey, con un tono rojizo de ácana o caoba, le tapaba casi toda la frente, dejando al aire uno que otro mechón encanecido. Entre el sombrero y el pañuelo sobrevivían los ojos, pero era inútil buscar su mirada: no es que la escamoteara, es que permanecía todo el tiempo fija en la cinta de medir, en la hoja de la sierra, en el montón de tablas; en cualquier cosa menos en otro rostro. Ramiro, el canteador, había dado en el clavo al decir:

«Marcelo está aquí pero no está. Ni habla ni oye ni ve. En una gente así no se puede confiar.»

«El pobre,» le contestó Abel, el otro canteador. «Dicen que vive solo con la madre loca, que no sale del cuarto.»

Esa tarde llovía y nos habíamos guarecido los tres, Ramiro, Abel y yo, en un portal al lado del gramil. El agua circulaba por los surcos que habían dejado en su ir y venir las carretillas en las que se cargaba la madera aserrada. Ya había sonado el pito de la hora de salida y casi todos los trabajadores, ignorando el chubasco, se habían ido a sus casas, o a un bar cercano donde muchos acostumbraban a hacer una escala al final del día, como si el licor les metiera en el cuerpo el vigor necesario para cruzar después la puerta del hogar. Nosotros tres nos habíamos quedado recogiendo los tablones regados en el patio, pero el aguacero arreció de repente y tuvimos que echarnos a correr hasta aquel cobertizo derrengado.

«Nadie la ha visto desde hace años,» agregó Abel. «Y él tampoco habla de eso. Mi abuela dice que él no quiere

que nadie sepa que ella está enferma.»

Los miré de reojo para tratar de adivinar si ellos sabían también de mi madre y de mí. Otros en el aserradero lo sabían, y una vez un tal Julián me preguntó por ella con un dejo de sorna. Pero en las caras de estos dos no existía la trastienda.

«Debe ser vieja,» dijo Ramiro, un poco avergonzado.

«Viejísima. Se volvió loca después que el marido, el padre de Marcelo, se suicidó. No me acuerdo si se pegó un tiro o se ahorcó. Mi abuela es la que sabe.»

Esa tarde fue la primera vez que oí hablar del asunto. Me pregunté, mientras bordeaba los charcos a la entrada del aserradero, por qué nunca me había fijado en ese hombre. Al otro día me costaba trabajo quitar la vista de su cuerpo seco, recio y cetrino como un árbol quemado. Pero no se dio cuenta de mi impertinencia, o a propio intento la pasó por alto, enmascarado con su pañuelo verde, pendiente del grosor del roble o la majagua, manipulando su cinta de medir como un químico mueve sus probetas, o un cirujano su bisturí filoso.

Pasaron las semanas. Ya por entonces no me quedaba duda de que Marcelo sentía, pese a su cerrazón, mi mirada importuna. Me aprendí de memoria su resuello, sus gestos; su andar cauto, encorvado, cuando rondaba los troncos de dagame o iba desde la sierra hasta la partidora; su maña para trepar una loma de leña; su brusquedad al ladear la cabeza cuando el gramilero gritaba su nombre. Una noche en mi casa, delante de un espejo, imité con un cinto y dos palos de escoba su forma de medir las piezas machihembradas de júcaro y pino.

A la hora del almuerzo procuraba sentarme cerca de él al final del ralo comedor, un barracón en el que retumbaba la bulla de los trabajadores, que devoraban las raciones magras y desabridas como si se tratara de un manjar servi-

do en fuentes repujadas, mientras bromeaban y fanfarro-neaban con la boca llena. Marcelo, al fondo, pegado a una pared, masticaba en silencio escudriñando el plato, con el sombrero hundido hasta las cejas.

«¡Marcelo jama y jama!,» gritaba el gramilero.

El aludido, por toda respuesta, mojaba el pan en la sopa aguachenta, sin levantar un segundo la vista. Después de haber limpiado completamente el plato con la cuchara, y a veces con los dedos, observaba por la ventana abierta la rueda gigantesca de la sierra, que a esa hora reposaba. Yo me quedaba remoloneando un rato entre las mesas, sin encontrar una excusa para decirle algo. Las moscas, apelonadas como motas de tizne, se disputaban los restos de comida. El calor y la inseguridad me hacían sudar hasta que moretones empapados me manchaban la camisa y el short. Por último, con un súbito estruendo, los aparatos del aserradero arrancaban, y Marcelo y yo volvíamos al trabajo: él a medir con su perpetua cinta y yo a ordenar las tablas que salían en tongas de los cepillos y las canteadoras.

Una tarde fui al bar y me quedé tomando hasta que anocheció. Marcelo nunca tomaba allí, aunque tenía fama de bebedor; me habían dicho que dos o tres veces por semana compraba una botella, la metía en un cartucho y se marchaba directo a su casa, donde lo esperaba alguien muy parecido a quien me esperaba en la mía. Yo empezaba a beber por ese tiempo, pero prefería hacerlo en otros sitios, con amigos que aspiraban a ser grandes poetas y que confundían, como yo, el lenguaje exaltado del alcohol con el idioma esquivo de la poesía.

Pero esta vez me había trazado un plan, y por eso me afincaba en la barra empinándome los buches de ron, desgañitándome junto con los hombres con quienes pasaba tantas horas del día, alardeando sobre querindangas, con-

trabandos y broncas, dando manotazos al aire para inspirar respeto. Me había sentado deliberadamente al lado de Abel, el canteador, el único que podía ayudarme. Porque yo necesitaba ayuda. Sólo que no debía demostrarlo, y de mi astucia para disimular dependía el que pudiera lograr lo que buscaba.

Cuando los tragos ya habían atarantado al hablanchín enjambre de borrachos, y algunos se sobaban con el afán de afecto que desata el licor, le pregunté a Abel con una calculada displicencia:

«¿Por dónde vive Rondón?»

«¿Marcelo? En casa del carajo, en Villa Mariana.»

«¿Pero en qué calle?»

«¿Qué pasa, letrado, quieres que el viejo te mida alguna tabla?»

Pepe el carretillero, que estaba cerca de nosotros, gritó de pronto:

«¡Caballeros, el letrado quiere que el viejo Marcelo le mida la cosa!»

Al final de la barra la voz pastosa de Ramón se alzó:

«Que no joda el letrado, que la cosa de él seguro se mide con el dedo chiquito.»

Las carcajadas opacaron los lamentos de un charro. En ese instante supe que mis gestiones en esa algarabía enchumbada de vaho no llegarían a ninguna parte. Salí mareado a la noche nublada, que oscurecía las naves del aserradero, sabiendo que mi madre debía estar alterada por mi inusual demora, y probablemente conjuraba entre llantos visiones de secuestros o celadas sangrientas.

Pero semanas después tuve un golpe de suerte, la última noche de carnaval, que en Camagüey se llama la noche de San Juan. La gente abarrotaba las calles buscando olvido y gozo. Un fotógrafo ambulante nos acababa de hacer una foto en una esquina de Padre Valencia a mis

amigos poetas y a mí, chocando en un brindis las pergas de cerveza; mientras ensayábamos nuevas maromas para inmortalizar la borrachera gracias a la cámara del pobre diablo (un sobreviviente de otro mundo, otra época), vi cruzar en medio del tumulto un sombrero con manchas rojizas. En un segundo se perdió en el molote.

Ni siquiera me despedí de mis socios de juerga; de sopetón me escabullí entre los cumbancheros, pasé corriendo frente a las tarimas donde los músicos en su frenesí cascaban los tambores, mientras los bailadores se desmadejaban; en el disloque casi pierdo un zapato; pero en un par de cuadras volví a ver el sombrero, el andar encorvado de Marcelo Rondón.

Lo seguí a través de torcidos callejones hasta dejar atrás la línea del ferrocarril. Luego recorrimos la avenida principal del barrio La Vigía, en dirección contraria a los fiesteros que bajaban hacia el centro de la ciudad, en grupos o en parejas, algunos aferrados a botellas de vino, otros bailando al ritmo de las congas lejanas, urgidos por la música, las ganas de perderse en la bullangería. Un mamarracho, con un antifaz rojo, recostado a un farol, cuqueaba a los pasantes con nombretes obscenos. Marcelo no le prestó atención. Apresuraba cada vez más el paso, pensando quizás en la mujer que no salía del cuarto, a quien había dejado sola por irse a parrandear.

Llegué jadeante, sin perderlo de vista, hasta los vecindarios de las afueras, con sus solares plagados de marabú, sus casas pobretonas, sus calles de tierra salpicadas de baches, adonde el San Juan no llegaba jamás; el silencio cundía por los techos de guano, se cuajaba sobre las cercas rotas, amordazaba los puentes de tabla. Sólo el ladrido de los perros quebraba aquí y allá el profundo sosiego. Lo seguía como a media cuadra cuando de repente se viró, sin darme tiempo a buscar escondite; no sé si pudo distinguir-

me o no; siguió de largo y un poco después entró en un caserón desvencijado, rodeado de un jardín en el que descollaba un limonero. Cerró la puerta y yo me quedé quieto, en medio de la calle, bajo unos árboles mojados de relente. La luna llena se abría paso entre nubes. Di media vuelta, temiendo perderme en este barrio que conocía muy poco. Llegué a mi casa casi de madrugada.

El domingo siguiente, de mañana, regresé más seguro de mí mismo, protegido por la claridad, dando la inofensiva impresión de un caminante que va a hacer un mandado, o que estira las piernas en un día favorable y aprovecha la fresca. Hombres regaban mustias hortalizas; mujeres oreaban la ropa en los cordeles; niños fingían ser raudos jinetes enhorquetados en caballos de palo. De una cocina brotaba inocultable el aroma que emanan al tostarse los granos de café. Todo conminaba a salir a la luz, a regodearse en la tenue brisa, pero la casa decrepita de Marcelo permanecía cerrada, como si sus moradores se nutrieran de sombra. Sin embargo, cuando pasé frente a la puerta levemente ladeada me pareció escuchar un crujido, un ligero rechinar de bisagras; tal vez lo imaginé; no me atreví a volver la cabeza.

Esa semana en el aserradero me miró un par de veces, con una expresión vaga, distraída; así uno mira un paisaje, o un árbol. Hasta entonces no me había dado cuenta de que sus ojos, emparedados entre el sombrero y el pañuelo que le cubría la nariz y la boca, para mí no eran ojos: eran sólo escritura. Pero necesitaba tiempo para entenderla y memorizarla.

Ese domingo fui de nuevo a su barrio, en el que ya empezaba a sentirme confiado; una modista que pedaleaba en su máquina de coser en un portal me saludó con familiaridad; un niño me agarró la camisa y luego se alejó, riéndose y brincando.

Me gustaría recordar con toda exactitud esa mañana, pero han pasado más de veinticinco años y olvido por ejemplo detalles tan vitales como la ropa que llevaba puesta. Recuerdo que temblaba. Había visto de lejos la puerta entreabierta, y un taburete bajo el limonero. Al pasar frente a la casa miré hacia el otro lado, a un placer lleno de matorrales.

En ese instante escuché mi nombre. Me asustó de tal forma oír la voz que de pronto olvidé cómo yo me llamaba. Pero Marcelo lo repitió sin énfasis, como si pronunciara el nombre de una calle.

Estaba recostado, sin sombrero, al marco de la puerta. Estoy casi seguro de que fumaba un cigarro, aunque el nerviosismo no me dejaba ver con claridad. Después de un titubeo atravesé el jardín, tal vez pasándome la mano por el pelo.

«Pasa,» me dijo.

Entramos en la sala, ancha y con pocos muebles.

«Puedes verla,» me dijo. «Está dormida, allí adentro del cuarto. Abre esa puerta.»

Estuve a punto de flaquear, pero lo obedecí. Tuve primero que acostumbrar la vista a la penumbra, saturada de un olor a humedad. Sentía que entraba a un monte. Las cortinas, los cuadros de santos, la mampara, la cómoda, la mesita de noche, el gavetero, el espejo manchado, se apiñaban como quietos arbustos. En el medio de toda esa espesura resaltaba una cama de hierro, con el colchón hundido, que en ese instante se encontraba vacía. Un rosario colgaba de la cabecera. En un rincón oscuro, en un balance, dormitaba la anciana, con la cabeza apoyada en la pared. No sólo la cabeza; también parte del cuerpo. Su figura, frágil y consumida, se pegaba a las tablas como una enredadera. El cabello completamente blanco ocultaba

la mitad de su rostro; de su boca escapaba un resuello inaudible; el mentón descansaba sobre el pecho.

Salí en puntas de pies, y sin decir una sola palabra le toqué levemente el brazo a Marcelo, como un saludo, o una despedida. El se quedó fumando, parado en el umbral del comedor, y yo crucé la sala en silencio, aguantando la respiración, cuidando no tropezar, y tratando de no hacer ni el más pequeño ruido abandoné la casa, para dejar en paz a la soñadora y su guardián.

TRES CITAS EN EL SUR

a Rodolfo Martínez Sotomayor

I

Para aplacar su rencor por un muerto, Marcos decidió volver al sitio en que por primera vez se dio cita con él. No visitar, volver. Regresar al punto de partida a veces da un sentido a lo que no tiene ni pie ni cabeza.

Marcos volvió en esta tarde de finales de marzo a los alrededores de la casa parroquial en el sur de Miami, donde una vez, un par de años antes, José Julio, a la sombra de un roble, lo esperaba agachado con un libro abierto sobre las rodillas, como se supone que debe hacer un poeta joven que está a punto de conocer a un escritor maduro, casi viejo (uno no sabe qué adjetivo poner cuando la gente acaba de cumplir los cincuenta).

«Soy poeta. Perdone que me presente así. Llegué de Cuba hace unos meses y estoy alojado en una iglesia, porque no tengo familia aquí en Miami. He leído sus libros y me gustaría encontrarme alguna vez con usted.»

Así empezaba la carta que José Julio le había escrito a Marcos. La carta había llegado con cuentas de teléfono, de seguros de auto, de tarjetas de crédito; con propagandas multicolores de botellas de vino, de terrenos tapizados de grama (Marcos no atinó a ver si eran solares para levantar

casas o parcelas en un camposanto), de ventas inmediatas de computadoras, de alquileres de yates.

«Tengo veinte años».

Marcos había sido un poeta precoz; por eso mismo desconfiaba de la juventud. Recordaba con perplejidad a aquel adolescente que angustiado escribía centenares de versos en un día, sin moverse de al pie de una ventana, como si la vida fuera sólo el papel y no ese remolino que él trataba de ignorar encorvado sobre la mesa de ásperos tabloncillos, con marcas de cuchillos y humedad. De esos poemas no había quedado nada, sólo el resabio que dejan los delirios cuando uno recupera la cordura.

«Necesito su orientación».

¿A quién podía Marcos orientar? Las brújulas no existen fuera del océano, se había dicho mientras echaba al cesto de basura el resto de la correspondencia, con la excepción de esta carta de letra infantil y de las cuentas que debía pagar.

Y sin embargo, aquí llegaba Marcos en su automóvil nuevo, un escritor maduro, casi viejo, un exiliado con más preguntas que respuestas, desencantado de su país de origen, el mismo del muchacho poeta, pero con unos cuantos dólares en su billetera, en el cinto un vistoso celular y en los pies un par de zapatos costosos. Un personaje de Dostoievsky o Musil, pero con una holgura material que aquellos pobres seres de ficción no lograron. A representar el encuentro presuntamente clave entre un maestro y un futuro discípulo. Nervioso y agotado, porque a Marcos, aunque sentía una genuina simpatía por la gente, le costaba trabajo reunirse con cualquiera, sostener una conversación. Este escollo, que arrastraba desde su juventud, y que durante años consiguió aligerar con el alcohol, se había exacerbado en los últimos tiempos. Pero aquí estaba. Frente a este joven que ahora se incorporaba debajo de las

ramas frondosas del árbol, con un libro en la mano, ¿o esto lo imaginaba dos años después, al regresar a este mismo lugar?

Este primer encuentro fue en invierno. El invierno modesto de Miami, apocado hasta casi convertirse en sonsera. Marcos a veces se identificaba con el tiempo, con las estaciones. Esta tarde de magra frialdad en la que había conducido hasta el sur para encontrarse con un desconocido tenía algo de él: un sesgo personal; un camuflaje, o una incertidumbre.

¡Qué distinto el invierno en Massachusetts! Sin cautela ni melindrería. José Julio, que terminó sus días en un college de Boston, se suicidó en enero, después de una nevada. Pero aquel día, en el enero tropical de Miami, con su indeciso clima que envolvía todo con su ambigüedad, el joven poeta se acercó rezumando energía a saludar a Marcos. Alto, buen mozo, con la torpeza de los que no saben qué hacer con su cuerpo, con su lenguaje, con su vitalidad. Exhibiendo la pazguata arrogancia de los jóvenes tímidos que pretenden enmascarar su cortedad con soltura y aplomo.

Esta zona de la casa parroquial en la que José Julio había encontrado albergue tenía un tinte rural; los árboles, el césped, los jardines no habían sido dañados por el tenue frío; uno podía creer que la primavera llegaba a su apogeo; esta mezcla confusa de las épocas del año también le hablaba directamente a Marcos; lo situaba, por así decirlo, en el lugar que le correspondía. Que era el mismo, al menos en apariencia, del joven que ahora estrechaba su mano murmurando una frase de elogio o agradecimiento, a la que Marcos, habituado a no prestar demasiada atención a los primeros intercambios corteses entre personas que no se conocen (sólo la intimidad lograba avivar su interés), respondió con sonrisas y oraciones trilladas.

Permanecieron juntos hasta el anochecer. Primero dando vueltas por Coconut Grove, absorbiendo el paisaje de neón que entorpecía un diálogo genuino; luego comiendo a media luz en un restaurante de comida china. La penumbra por fin aflojó las amarras. Hablaron de escritores, de novelas (Marcos confesó, para chasco del joven, que él ya apenas leía poesía), rozando la política como uno roza inevitablemente la gente en un tumulto, tratando de que el contacto no se vuelva impúdico; se revelaron indiscretas anécdotas de sus propias vidas; y al final coincidieron en que deseaban olvidar la isla que les había sido otorgada por la mera razón de haber nacido allí («encasquetada», dijo José Julio. «Nos encasquetaron ese país. Un trauma, una maldición»). Después del postre abrieron con los dedos los dulces que contenían cintas de papel con augurios para el futuro de ambos. Los dos mensajes eran similares: profetizaban éxito, viajes y dinero. No había nada que objetar a estos avisos que desplegaban, entre los restos grasientos de comida, el porvenir como un mapa de luz.

II

Meses después de esta primera cita, luego de haberse visto varias veces e iniciarse en la arriesgada ruta de la amistad («la cuerda floja», había dicho Marcos, sin más aclaraciones. José Julio asintió con la cabeza), fueron a parar a South Beach casi de madrugada, a los toscos escalones de una caseta para salvavidas. José Julio se había tomado tres vasos de vino. ¿Fue en octubre, o noviembre? Las olas se alzaban como paredones en el mar de tinta, para disolverse con estruendo en la costa. Las rachas, impregnadas de pesadas gotas con gusto a yodo y sal, levantaban espirales de arena.

A estas alturas ambos se habían quitado la careta: sí, querían escribir, habían escrito, Marcos naturalmente más que José Julio, mucho más, por un mero accidente de la edad, pero en el fondo la esencia de los dos era otra: Marcos, el protestante renegado, el abstemio, el que ya está de vuelta de los espejismos, se había lavado las manos, entre otras muchas cosas, de la voracidad por el triunfo, de la patria y de Dios; José Julio, católico y pecador, obsesionado por la autoafirmación, por la inmortalidad, que es sinónimo a veces de mortalidad, por su papel en el amor, en la vida, por el destino de Cuba y su gente, andaba siempre a la caza de señales, de actitudes y acciones a seguir.

A la larga no podían entenderse. El viento atolondrado casi cortaba la respiración.

Y sin embargo, en la oscuridad, tendidas en la franja empapada de la playa, aquí y allá, siluetas dispersas se regocijaban; con apenas un poco más de luz uno hubiera podido sorprender la desnudez completa de los cuerpos, heroicos en su brutal retozo.

Luego el mismo paisaje se trocó: vista desde el balcón del cuarto de un hotel, la lista de arena semejava un camino que no llevaba a ninguna parte; las parejas eran puntos remotos, inofensivos en la blancura escuálida; si es que de parejas se trataba; podían ser piedras, o ropa, o desperdicios; desechos arrastrados por el mar hasta la tierra firme. Y a la vez la enorme masa de agua acrecentaba desde este mirador (la habitación estaba en el piso catorce) su grima, su amenaza, pero también su oferta sonsacadora: viajando en ella, sorteando los peligros, si es que alguien se atrevía, podía sin duda darle un giro a su vida, arribar ciegamente a un terruño propicio, «a todo», dijo Marcos, «menos a la seguridad». José Julio, que había cambiado el vino por una marca cara de cerveza, se echó a reír. Ambos tenían una cierta manera de estropear las cosas sin perder el sentido del humor. Esta tenue cualidad los unía, pese a las pertinaces diferencias.

Además, esta noche celebraban que José Julio había conseguido una beca para estudiar en un famoso college de un estado del norte. Marcos chocó su vaso de gaseosa con la botella de cerveza que José Julio bebía a pequeños sorbos: la mezcla con el vino comenzaba a marearlo. Recordaron los augurios chinos, escondidos en dulces. Se abrazaron. Se desearon salud.

En el cuarto de al lado varias voces discutían en inglés. Hombres y mujeres, borrachos, despojados de sus perendengues, daban traspies y manotazos. Sus sombras

encrespadas se reflejaban a través del cristal en el balcón contiguo, en el que los dos amigos brindaban. De pronto alguien lanzó un objeto contra la pared; un hombre comenzó a chillar *fuck*, como si fuera la única palabra de ese idioma; las mujeres se echaron a llorar, entre graves recriminaciones. Una insulsa pelotera ante la cual Marcos y José Julio se sentían extranjeros.

Amanecieron junto a Key Biscayne, sentados en un muro detrás de una ermita. José Julio, completamente ebrio, hablaba con absoluta familiaridad de la Virgen, mencionando de paso escenas que vivió en una cárcel en Cuba, a un lado de la Sierra del Escambray, mientras Marcos contemplaba absorto cómo el oleaje en esta parte de la bahía había disminuido hasta quedar en unos pocos rizos, en una ondulación sin sobresalto.

Se dijeron adiós; se escribieron a través de las hebras luminosas de la computadora; José Julio se había conseguido una mujer, planeaba terminar un enjundioso ensayo, dar conferencias; allá arriba, cerca de Canadá, las estaciones se definían sin tantos titubeos; ahora era otoño otra vez; las hojas se incrustaban en el terreno áspero de Nueva Inglaterra. En Miami el año, o los años, se trazaban no en círculos, ni en curvas, sino en líneas que salvo breves desvíos eran rectas; Marcos dormía con la ventana de par en par, frente a un lago, a unos árboles de un tupido, casi obsceno follaje. Desde una rama se colaba en su sueño, convirtiéndose en voz, el silbido de un mirlo. Ya de mañana una húmeda corriente lo obligaba a tirarse de la cama y cerrar la ventana, tiritando.

III

Y ahora de pronto José Julio había muerto. Y no es que hubiera muerto, lo que podía entenderse: es que se había matado. Y por supuesto Marcos terminaría escribiendo algún cuento: era su forma de esquivar el golpe. O de ir tirando. O de virar la espalda. Ya lo había hecho, sin escrúpulos ni culpabilidad, con otras amistades, otras muertes. Una más no importaba. Pero esta vez tenía duda, resquemor, vergüenza. Más que eso: odio. Unas rabiosas ganas de venganza.

¿Pero cómo puede vengarse uno de un muerto? Los muertos son ladinos, malandrines: huyen y te la dejan en la mano. Uno se queda lelo, con la palabra en la boca, sin derecho a una réplica, al más mínimo gesto; sin posibilidades de dar un puñetazo, de mandar a la porra, o de intentar convencer, o al menos suplicar.

Por eso en esta tarde de marzo Marcos regresaba a este sitio, a este apartado rincón del sur de Miami, rememorando textos de Camus, de Durkheim, de Pavese. Uno recurre a la autoridad de la palabra escrita cuando siente que se está yendo a pique.

Este año la sequía había sido la más severa de las que se tenía noticia en la Florida; al menos eso afirmaba el periódico en el que Marcos se ganaba la vida, corrigiendo faltas de ortografía y escribiendo titulares rimbombantes como: *Miami clama por la lluvia*.

Sin embargo, la falta de agua no había mermado el verdor de esta zona, en la que casas aisladas se protegían de la mirada de los transeúntes con setos intrincados, o incluso (mostrando sin tapujos su rechazo) con tapias hostiles que apenas dejaban adivinar un techo.

Marcos detuvo el automóvil cerca del roble en el que José Julio lo esperaba. Después de apagar el motor se quedó con las manos en el timón, pensando que Camus, uno de sus autores predilectos, no había estado a la altura de sus dotes al reflexionar sobre el suicidio: *El mito de Sísifo* tenía frases soberbias («un acto como ese se prepara dentro del silencio del corazón, al igual que una gran obra de arte»), pero el razonamiento se empañaba por un exceso de juego literario y un afán de metáforas de buena voluntad que sonaban endebles, pobretonas. En Durkheim, por el contrario, la frialdad clínica y el intento de clasificar (en fin de cuentas, hablaba un sociólogo) le producían a Marcos repulsión. Sólo Pavese, en su última escritura, al describir la humildad que requería la acción, al pronunciar su adiós a las palabras, se acercaba a lo cierto. Pero tal vez esta proximidad era porque Marcos sabía que una semana después de redactar esta página final de su diario Pavese se había quitado la vida.

Marcos salió del carro. El viento de la tarde hacía crujir las ramas, despeinaba, envolvía; vivificaba. Que uno sea joven, que haya logrado salir de un país que inexplicablemente se volvió una encerrona, que uno tenga talento, gracia, inteligencia, que uno cuente con la suerte de que haya gente que lo quiera a uno y que a la larga se cague en todo eso y se abarrote de pastillas y desaparezca: no había literatura ni sociología ni fragmentos de diario que disculparan un acto tan salvaje.

El roble de la cita habitual era el primero de una hilera de árboles que escoltaban la calle, o más bien el callejón,

una faja de asfalto con espacio para un solo automóvil, que desembocaba en la misma entrada de la iglesia. La casa parroquial en la que José Julio había vivido debía estar en la parte posterior; desde aquí se atisbaban construcciones detrás del campanario. En este roble, le había contado una vez José Julio, aparecían de noche dos mapaches que trepaban con envidiable destreza hasta la mismísima copa del árbol. Pero ahora era de tarde y los mapaches, animales nocturnos, seguramente dormitaban en algún escondrijo, esperando un ambiente de aislamiento y sombra, un escenario mucho más llevadero. Esta no era su hora; era la de los gatos, con su semblante esquivo pero no subterráneo. Marcos reconoció uno de rayas negras y amarillas, con una cola enorme, echado bajo un tilo; en su pelambre tal vez aún quedaba la huella de los dedos de José Julio, que acostumbraba a acariciarlo; Marcos lo había visto inclinarse y pasarle la mano al animal en más de una ocasión. Pero no, ahora no era posible distinguir ni una marca en el lomo hirsuto; los dedos van y vienen, las caricias se quitan, las manos se entumescen, se deshacen.

Marcos se dirigía con pasos remolones a la iglesia.

¿Esperaba encontrar un signo en los altares, en el rostro de yeso de una estatua, o en las facciones de un yeso menos frágil, pero yeso sin duda, de un cura o una monja? ¿Tendría que saludar, decir su nombre? ¿Explicar que había venido a inquirir, a averiguar? Pero no. No era eso. Si decía averiguar, debía añadir qué cosa. Uno averigua algo. Y no había nada.

Para su decepción, o su alivio, en la iglesia un silencio tajante convertía hasta un suspiro en una intromisión. Algunos feligreses de rodillas, con la cabeza baja, movían los labios; pero las oraciones, si de eso se trataba, no se escuchaban por ninguna parte; y lo que se pronuncia y no se oye carece de valor. Marcos salió por una puerta lateral,

con un aire mañoso, como el que oculta alguna fechoría. Dobló hacia el fondo, sorteando enredaderas y canteros de albahaca, hacia las casas que solamente había visto de lejos, pues las citas con José Julio siempre se habían limitado al roble; luego ambos iban en el carro de Marcos hacia otros sitios, al norte o al oeste, buscando gente, bullicio, tumulto, como hacen muchas veces las personas que quieren estar solas.

Pero esta tarde Marcos no buscaba estar solo, y tal vez por eso mismo se encontraba allí, en este descampado, más allá de la iglesia, abriendo al albur esta puerta enrejada, entrando en este prado reluciente que la sequía con su lengüeta rancia no había logrado desteñir. Más adelante el verdor se manchaba: inoportunas losas, bloques de mármol, láminas de metal, respunteaban el césped, lo invadían, lo adulteraban con sus formas macizas.

Marcos avanzaba entre ellas hacia las construcciones que desde la distancia había supuesto siempre que eran casas; y en realidad lo eran. De dos plantas, con amplias escaleras, techos vistosos, pasillos pulidos. Sólo faltaban puertas y ventanas. Olvido comprensible, si uno se daba cuenta de que sus habitantes ya no tenían que salir ni entrar, ni asomarse, ni proteger su intimidad, ni buscar luz o sombra. Los cuatro mausoleos tenían cientos de nombres, fechas y versos en todas sus paredes, de las que colgaban pequeños búcaros, lámparas, banderas, sin dar siquiera un respiro al cemento, como un cuerpo totalmente tatuado.

Marcos, que no aguantaba el abigarramiento, prefería continuar por el césped, o por los trillos que a veces rectos, otras veces sinuosos, permitían caminar a través del despliegue de piedras opulentas.

La tarde descendía sin voces y sin rostros. Nadie andaba por allí, sólo él. Libélulas planeaban con alas transpa-

rentes. En una cruz trinaba un azulejo. En algún sitio, escondido a la vista, un enjambre de insectos zumbaba. Marcos se sentó en una laja a mirar los tachones de musgo que oscurecían un muro. Un nuevo prado se extendía hasta un arroyo, o un canal, donde un sauce humedecía las hojas; la cinta de agua se insinuaba a lo lejos, como una cuerda de azogue entre la grama. Una brisa ondulaba los arbustos. Daban ganas de tumbarse en la tierra y dejar que la hierba creciera en la piel.

EL SALÓN DEL CIEGO

a Rapi Diego

rentes. En una cruz trinaba un azulejo. En algún sitio, escondido a la vista, un enjambre de insectos zumbaba. Marcos se sentó en una laja a mirar los tachones de musgo que oscurecían un muro. Un nuevo prado se extendía hasta un arroyo, o un canal, donde un sauce humedecía las hojas; la cinta de agua se insinuaba a lo lejos, como una cuerda de azogue entre la grama. Una brisa ondulaba los arbustos. Daban ganas de tumbarse en la tierra y dejar que la hierba creciera en la piel.

EL SALÓN DEL CIEGO

a Rapi Diego

I

Un padre y un hijo, que nunca se habían visto, coincidieron por azar en un bar clandestino en las afueras de Camagüey, una tarde de abril del año 80.

El local, un rancho de madera y guano, en el fondo de un patio totalmente tapiado, tenía un aire de efímero pegote si se le comparaba con la casa principal de la quinta, construida en los tiempos coloniales y carcomida por lluvias y viento, ennegrecida, de ventanas ladeadas y condenadas por gruesos tablones, pero con un semblante patriarcal que ni aun la ruina podía desvanecer. En ella vivía un ciego llamado Julián. El y su esposa atendían el negocio.

Gatos y perros convivían sin agravios bajo los gajos de mangos frondosos que daban sombra y frescor en el patio, ajenos al trajín de los clientes que entraban y salían de la choza convertida en taberna. Frutas caídas antes de su tiempo, algunas ya pintonas, hojas y desperdicios enmascaraban la tierra rojiza, emanando un olor empalagoso que se sumaba al tufo de la cerveza cruda. Pájaros agitaban el tejido de las ramas, trinando, pero su canto perdía resonancia ante el escándalo de los bebedores, pues el licor au-

mentaba el volumen de las voces vehementes que definían, juzgaban o transformaban el orden del mundo.

Pero esta tarde en la que el padre y el hijo, desconocidos el uno para el otro, coincidieron en el bar ilegal, los escasos clientes no armaban tanta bulla. El cielo encapotado oscurecía aun más la sombra de los árboles, donde el ciego y su esposa habían puesto unos bancos. Dentro del rancho, recostados al rústico bar, tres hombres echaban pulsos o tiraban dados. La mujer había encendido dos quinqués; la electricidad no llegaba a este sitio. La luz temblequeante reflejaba en el piso, las paredes y el techo las siluetas de los bebedores, y al proyectarlas las descomponía, las deformaba, las agigantaba; cada ademán y cada gesto se repetían exageradamente, como trazados con carbón.

El padre había escogido el interior del rancho para tomar con un amigo de su juventud, al que no había visto en un montón de años. Los dos bebían en una mesa al fondo, junto a una ventana, apartados de los tres jugadores. Tenían un pasado en común que evocaban interminablemente, citando nombres de lugares y gentes con pelos y señales; con sus gestos materializaban escenarios y rostros, mientras bebían las botellas sudadas.

El hijo, acompañado de una mujer y un viejo, se había sentado afuera, bajo los mangos. La primavera había degenerado en un prematuro verano, contaminado por nubes y mosquitos. En el verdor de la hierba y las ramas había algo amenazante, como si aquel color, en su culminación, sólo pudiera ahora causar algún prejuicio: fabricar espejismos, entorpecer la vista. Los animales, dispersos en el patio, dormitaban cundidos de sopor.

—Hace falta que llueva.

El ciego Julián atravesaba el patio sin la ayuda del bastón, custodiado por un par de perros. Tenía una voz

profunda, enronquecida, pero su sonrisa desmentía la gravedad del tono. Sus espejuelos, oscuros como su piel, mantenían un riesgoso equilibrio sobre la nariz, tan sumamente chata que se podía pensar que un puñetazo la había hundido en el rostro. Pese a la ceguera y la vejez, su cuerpo flaco y musculoso se desplazaba con completa certeza, sorteando las raíces, los tachos de basura; el dominio de su territorio lo investía de aplomo. En torno a su cabeza los mosquitos zumbaban.

—¿Todo bien?

Una pregunta más bien dirigida a las plantas, o al cielo nublado. Los únicos clientes que tomaban afuera (el joven cuyo padre desconocido bebía adentro, la mujer y el anciano) se limitaron a decir un «sí» quedo, o a asentir con la cabeza, olvidando que el hombre que cruzaba ante ellos no podía ver. Pero nada importaba. El ciego y el calor sólo demandaban que el líquido espumoso se bebiera, y el trío cumplía a cabalidad la función. La mujer, que no pasaba de los treinta años, llevaba la batuta: su vaso de cartón se encontraba vacío. Los tres tomaban la cerveza cruda, ya que la embotellada resultaba más cara, y aunque el viejo, que era el que invitaba, guardaba en su bolsillo varios fajos de pesos, a ninguno se le hubiera ocurrido que tomar era un lujo, o algo relacionado con el paladar. El rechinante líquido metido en los toscos envases bastaba. La mujer quería más.

—Ahora te toca a ti ir a buscarla, César —dijo el viejo Roberto, poniendo en las manos del joven un billete de a diez.

—No me toca. Ya yo fui la otra vez. Y la otra. Que vaya María. A ella le sirven más.

—¿A mí? Esa mujer me odia.

—Mentira. Ese es su carácter. A ti te llena las pergas hasta el borde, y a mí me las deja casi a la mitad. Es un asunto de mujer a mujer.

María se puso de pie, convencida. Su mirada, que siempre se posaba sobre gentes y cosas con intensa fijeza, parecía ahora dispersa, dándole un aire de reflexión a un rostro que todavía era hermoso.

—Yo te acompaño —dijo Roberto, tomándola del brazo.

La irregular pareja se alejó hacia la choza entre las filas de árboles y bancos, jaraneando con falsa intimidad; la tarde y el alcohol contribuían a la simulación y al arrumaco. César bebió un poco de cerveza y entrecerró los ojos. Tenía sueño: hacía dos noches que no dormía en su casa, deambulando por bares, por parques, por esquinas, discutiendo, jugando, contando o escuchando tramas enrevesadas, visitando personas a las que sólo lo ligaba el gusto por la juerga, haciendo el amor en camas que chirriaban, o en matorrales, o en callejones sin rastro de alumbrado, mataperreando por barrios dudosos, timando con su plática a borrachos dispuestos a pagarle un trago, enredado a veces en locas controversias que en más de una ocasión se habían resuelto en bronca.

Ahora una ráfaga daba vida a los árboles, estremecía la verja de la entrada, mecía la barba de los curujeyes, levantaba de la tierra las hojas, ahuyentaba el enjambre de mosquitos y hacía girar con frenético impulso, sobre el caballete de la senil casona, una veleta coronada por un gallo de hierro. La brisa adormecía al muchacho, que en ese instante sentía una rara calma. Sus pensamientos, siempre atropellados, habían cedido ante el roce del viento.

Adentro, el padre, al escuchar el aire que silbaba en el guano, se había quedado absorto. Al igual que su hijo, llevaba varios días de parranda, sólo que en un ambiente

confortable: militar de alto rango, tenía acceso a atenciones y lugares que para el hijo se encontraban vedados. Su presencia esta tarde en el tugurio obedecía a un capricho, o a un afán de aventura: los credos políticos, los grados en los hombros, no habían mermado su avidez por la vida. Ni su sed de licor. Ni su atolondramiento. Jamás podía permanecer en un mismo lugar por varias horas; y en esto el hijo, a pesar de no haber visto jamás al padre, era su vivo retrato.

Este desasosiego había puesto en peligro varias veces la carrera del padre; pero a la larga antiguos camaradas intercedían por él. Porque el padre se ganaba a la gente con sonrisas, con labia, con gestos generosos. Y además tenía un pasado heroico, había luchado en las montañas, dinamitado puentes, asaltado cuarteles, dormido a la intemperie con un fusil de almohada. Había cambiado, en esa época de insurrección, sus prebendas de joven de buena cuna, o de niño bitongo, como decían entonces, por los riesgos de la guerra. Y poco después del final de la lucha, cuando el triunfal gobierno la había emprendido contra los ricos, el padre había accedido, personalmente, en nombre de la revolución, a despojar a su propia familia. De eso hacía veinte años.

Precisamente ahora, cuando el viento arrastraba un aroma de lluvia, se acordó de su hermano mayor, que había acabado de morir en Miami, luego de dos décadas de exilio. Nadie como su hermano para atisbar los cambios en el cielo, para augurar sequías, ciclones y chubascos. Bebió con prisa el resto de cerveza que burbujeaba en la botella oscura. Nada más vergonzoso que un capitán sentimental.

Afuera el hijo cabeceaba en el banco, sumido en la modorra. Tenía el cabello largo, una barba y un bigote ralos que no se había afeitado en varios días, la ropa sucia,

los zapatos rotos. A diferencia del padre, que cuando joven era presumido, el hijo apenas cuidaba su apariencia. Mucho menos en los últimos años, después de haber dejado sus estudios y haber estado preso; menos aún cuando pasaba por rachas como ésta, en las que sólo le importaba beber, atarantado.

Un bolero a toda voz interrumpió su ensimismamiento: era el ciego sacando agua del pozo, al parecer feliz al olfatear la lluvia. Cantaba con vigor, en un puro arrebatado, mientras manipulaba la roldana doblándose sobre el brocal.

El hijo, para desentumirse, se puso a caminar por el inmenso patio. La quinta había albergado, en los comienzos de la Guerra Grande, a un grupo de patriotas que conspiraba contra los españoles bajo la dirección de un famoso hacendado. Los ideales y las estrategias se habían examinado febrilmente en los salones de la imponente casa, o tal vez bajo estos mismos árboles; luego se redactaron manifiestos, se inventariaron armas y machetes, se leyeron sonetos a la libertad. Ahora, más de un siglo después, el hijo, que en otro tiempo había estudiado Historia, y que había devorado manuales gruesos, biografías enjundiosas, hasta sentir como inmediatos sucesos de otras épocas, apenas recordaba que este sitio tuvo un significado en el extraño avatar de su país.

El ciego, que había sido empleado de los descendientes de los conspiradores, y se había quedado como el único dueño de la quinta (sus patronos se habían marchado hacia Estados Unidos en el año 60, y él se volvió el legítimo heredero, a pesar de su piel rotundamente negra) había inaugurado el negocio hacía un año, aprovechando la escasez de cerveza; el joven César se convirtió en cliente habitual desde el principio, pues su casa no se encontraba demasiado lejos; podía incluso, con algún esfuerzo, venir

a pie. El antiguo estudiante y lector había roto, no sólo con la Historia, sino con su propio pasado: este lugar era sólo un refugio donde bebiendo eliminaba la vida del otro lado de la tapia. Ahora, después de cerciorarse de que nadie miraba, orinó tras la palma al lado de la verja.

El ciego vaciaba el agua del cubo en el abrevadero del corral de puercos; varios cochinitos, gruñendo, se agolpaban en el chiquero alrededor del hombre. César se acercó estirando los brazos, bostezando, y recostándose a una estaca dijo:

—Tienen sed.

—Ni sé por qué estoy haciendo esto —dijo el ciego—. Va a llover y van a tener agua de sobra.

Pero ya el muchacho no escuchaba. Había hecho el comentario para ser cortés, y luego prosiguió con su sonambulismo inofensivo. Recordó que la noche anterior, durante un pestañazo en casa de un amigo, había tenido otra vez la misma pesadilla: en el sueño él creaba un lugar exacto al sitio en que dormía, de modo que la sensación de estar despierto era absoluta. Pero un detalle, tal vez un brazo colocado en la almohada que no correspondía a un cuerpo conocido, o una figura acurrucada en un rincón del cuarto, o una voz debajo de la cama que murmuraba frases en un raro idioma, le revelaban que algo había fallado, y que estaba a merced de una fuerza sinuosa que le impondría la muerte por asfixia. Sus miembros, tanto en el sueño como en la realidad, se contraían, se paralizaban, volvían a contraerse, como si alguien lo hubiera maniatado. Entonces despertaba.

Se alejó del chiquero hasta llegar al portal de la casa, convertido en un sucio cobertizo. En las losetas cuarteadas crecían mazos de hierba, para deleite de patos y gallinas. Tupidas trepadoras, buganvillas, hiedras y cundiamores aprisionaban las columnas raídas y las paredes con magu-

lladuras que corrompían la carne del ladrillo. Los ventanales habían sido atajados a punto del desplome por tablas de algarrobo, claveteadas en cruz. La puerta estaba cerrada con candado. Ni el ciego ni su esposa confiaban demasiado en los clientes, que merodeaban, como César ahora, propensos a conductas turbulentas o a absoluto torpor. Al final el joven regresó al mismo banco debajo de los árboles, sintiendo con euforia la envoltura del viento que atravesaba reciamente el mangal, doblando las ramas más endebles, esparciendo el olor del chaparrón cercano.

Adentro, en el fondo del rancho, el padre observaba a la mujer recostada al mostrador junto al viejo; se preguntaba si serían amantes. Le complacía ver en el sitio a otra mujer además de la esposa del ciego, una mulata gorda ni joven ni hermosa. Obligado, como militar, a moverse casi siempre entre hombres, valoraba con creces la imagen de una hembra: unos senos, una boca pintada, un sencillo contoneo de caderas, le devolvían su razón de ser.

Sus tiempos de seductor habían perdido brillo; a los cincuenta años, aunque en pleno dominio de su virilidad, con una esposa, tres hijas, dos queridas, la ardua supervisión de almacenes de víveres, su afición al alcohol, las pequeñas pero peligrosas intrigas entre mandos, apenas le quedaba lugar para nuevas conquistas. Pero esas trabas no le impedían apreciar, como ahora, la visión de los pechos redondos pugnando por abrirse paso entre la blusa, y de los muslos a los que la tela se adhería con fruición. Disfrutaba a la vez de la voz femenina, del lenguaje y el tono que inexplicablemente denotaban educación, y no la vulgaridad que se podía esperar de una mujer que comprara cerveza en este cuchitril, a esta hora insólita del mediodía.

—Me preocupa César —le decía en ese instante la mujer al viejo—. Siempre es tan alegre, tan hablador, y hoy hay

que sacarle las palabras de la boca. Y la forma en que anda, sucio, hasta con mal olor.

—Es un caso perdido —dijo Roberto—. No sé por qué tienes que andar con él. No me pesa pagarle la cerveza, porque es tu amigo, pero es un tipo problemático.

—El no es así. Tú no lo conoces como yo.

—Allá tú. No hay peor ciego que el que no quiere ver.

La mujer, con el rostro alarmado, le hizo una seña al viejo, indicando que la esposa de Julián, que machacaba bloques de hielo a la luz del quinqué, podía haberlo escuchado.

El padre, que se esforzaba por seguir la conversación de lejos, por encima del diálogo de los tres jugadores, sonrió al ver el gesto, la sutil consideración de la mujer. Luego se olió con disimulo debajo de los brazos, porque era posible que al igual que el César que mencionaba la desconocida (el nombre del padre era también César), él apestará.

Bajo el efecto de una feroz resaca, había salido de Holguín el día anterior rumbo a La Habana, inquieto por las noticias recientes: el asalto a la embajada de Perú, que en un momento se repletó de gente que reclamaba asilo; la intempestiva decisión del gobierno de permitir la salida de Cuba por el puerto del Mariel. En el camino se había tranquilizado con una botella de aguardiente de caña, y al pasar en su jeep por Camagüey, la ciudad en la que había nacido y en la que había transcurrido gran parte de su niñez y juventud, no había podido resistir el deseo de encontrarse con un viejo amigo, compañero del bachillerato y más tarde de la lucha armada, que con el tiempo había caído en desgracia. El padre actuaba muchas veces así, por impulso, zafándose del cepo de los pros y los contras.

Le había dado permiso a su chofer para que se quedara con el jeep y visitara unos parientes, había alquilado un

cuarto en un hotel, y ya vestido de civil había iniciado su imprevista parranda en esta capital de provincia, en la que cada barrio, cada plaza y esquina conservaban la huella de los años remotos en los que su carácter había adquirido forma, o tal vez se había fragmentado o disuelto. Pero el calor y la humedad, sumados a la espesa neblina de los tragos, no le habían permitido reflexionar sobre los accidentes de su vida impetuosa, y a la larga sólo le habían sudado la camisa. Que por suerte, ahora lo comprobaba, no tenía mal olor.

Afuera, el hijo aprovechaba la ausencia de la mujer para contar el menudo en sus bolsillos. Había despilfarrado en menos de dos días su salario mensual de medidor de tablas. Aparte de tener la esplendidez de la gente muy pobre, el hijo, alebrestado por el licor, se empeñaba en gastar con urgencia el dinero, como el que se deshace de un objeto comprometedor; y sólo cuando llegaba el momento, como ahora, en que ya los billetes se habían desvanecido, es que experimentaba la avaricia.

De repente decenas de pájaros que al parecer huían de la lluvia, o la anunciaban como heraldos ruidosos, invadieron el cielo en convulsas bandadas. Aleteando, graznando, formaban escuadrones que en un segundo se disolvían en manchas, para ascender o descender en filas, o en forma de embudo como un rabo de nube, o adentrarse en los árboles sacudiendo los gajos, picoteando las frutas, sin detenerse, y en zafarrancho volver a alzarse y bajar en picada.

El hijo los miró con el asombro que provocaba en él toda muestra de destreza o ardor. El padre los vio a través de la ventana del rancho y pensó: Qué lástima no tener la escopeta. Porque el padre era un sobresaliente tirador, y una de sus pasiones era la cacería. El hijo, en cambio, no tenía puntería, ni siquiera al lanzar una piedra. Ante la

invasión de las aves, el hijo sólo observaba las formas, los movimientos, los bruscos contrastes, y después viraba la cabeza; mientras que el padre sólo pensaba en los actos concretos, para entrar en acción.

Los pájaros siguieron su camino.

Inmensas nubes del color de la tizne se juntaban en moles, convirtiendo la tarde en el anochecer. Los truenos restallaban en la lejanía; los relámpagos hendían el cielo. El fogonazo de un rayo iluminó la palma al lado de la verja, calcinó un par de pencas que cayeron estrepitosamente sobre un rosal marchito. Un ave rezagada, de plumaje mugriento, cruzó chillando como una exhalación entre las copas de las matas de mangos. En ese instante estalló el aguacero.

II

Bajo la lluvia, cubierta con hojas de periódico, una sombra avanzaba por el trillo sembrado de pedruscos, esquivando los gajos y las enredaderas a cada lado del estrecho sendero que paraba en la puerta de la casa. Adentro, con un sobresalto, la mujer había interrumpido el rosario al escuchar el grito:

—¡Julio César!

El nombre, el único entre tantos conocidos que a estas alturas significaba algo para ella, se abrió paso entre el torrente de agua.

—¡Julio César Valiente!

Por si quedaba duda. Nombre y apellido. El apellido de ella, el que veinticinco años atrás había otorgado a un recién nacido ante el rechazo del padre del muchacho a darle el suyo a aquel hijo de ambos. Y sin embargo, como venganza, o tal vez como prueba indeleble de lo que fue un amor no correspondido, ella había bautizado con el nombre del hombre a la criatura: César. Con justicia, había antepuesto el propio nombre de ella, en forma masculina. Porque la mujer sentada en la penumbra de la sala, con el rosario enroscado en las manos, en esta tarde oscurecida por la tempestad, se llamaba Julia.

—¡Julio César Valiente!

Se volvía indispensable abrir la puerta. Un acto simple que a medida que pasaban los años costaba más esfuerzo. Afuera, un mundo hostil, presto a humillar e incluso a destruir, acechaba paciente y despiadado, como un cazador que se agazapa. Adentro estaba Dios. A su lado. En el techo. Encima del fogón. En una esquina del diminuto baño. Debajo de la cama. En las cortinas. Julia podía sentirlo. Casi palparlo. Protegiéndola siempre. Pero al ella alejarse de esta casa que se había vuelto su celda, su cobija, Dios parecía perder sus credenciales y la dejaba inerme, a la intemperie.

—¡Julio César Valiente!

La voz desafinada rivalizaba con el aguacero, que castigaba las tejas de zinc. Julia tenía que correr el riesgo. En el portal, la sombra que gritaba pasó a ser el cartero, un fantoche sonriente y chambón que una vez, hacía quizás dos décadas, había tratado de engatusarla con versos de amor. En ese entonces Julia, una madre soltera que a pesar de las hondas ojeras era hermosa, lo había parado en seco. Luego los dos fueron envejeciendo, tratándose de usted, hasta que borraron lo que para ambos fue un penoso episodio. Ahora el viejo empapado, mostrando sin pudor la dentadura que bailaba en su boca, sacudiéndose el agua con la misma fruición de un pájaro que intenta secarse el plumaje, le extendió un sobre abierto manchado de lluvia y le dijo en voz baja, con cara de cómplice, como el que comparte un secreto obscuro:

—Es un telegrama de Estados Unidos, de la hermana de usted. Parece que viene en un barco a buscarla a usted y a su hijo. Julia, no se lo diga a nadie. La gente es mala.

Esta aseveración, irrefutable, hizo que Julia dijera en voz muy baja:

—Gracias.

—No lo abrí yo, venía abierto. Me atreví a leerlo por si era una emergencia, porque usted y su hijo casi nunca reciben telegramas.

—Es verdad. No se preocupe.

—Si se va, acuérdesse de mí. Mándeme aunque sea cuchillas de afeitar. No se vaya a olvidar de su cartero.

Julia acabó por distender los labios en lo que podía ser una sonrisa, o también una mueca. Su boca había olvidado ese ejercicio, y el resultado siempre era confuso.

—Qué cosas tiene usted.

—Los carteros también tienen que afeitarse, ¿no?

El hablanchín, cubierto por la caperuza de papel impreso, se convirtió de nuevo en una sombra y corrió por el trillo, bajo el chaparrón. Julia, incrédula, leyó el texto del telegrama sin comprender del todo el significado. Debajo del nombre venerado del hijo, de la calle y el número de esta misma casa (celda, cobija), de la ciudad en la que Julia había vivido desde su juventud, el mensaje decía: «Salgo hoy para Cuba en un barco de pesca para buscarte a ti y a mi hermana. Besos, tu tía, Rosa».

En un barco de pesca. Rosa. Su hermana. La niña que una tarde le arrebató la muñeca de trapo y la lanzó en el pozo. Recostada al brocal, lloriqueando, Julia miró la figura pequeña, inalcanzable, que flotaba indefensa en el agua oscura, hasta que el cielo fue cobrando el color del agujero. Se pasó dos meses sin hablarle a Rosa. Luego volvieron a corretear entre las hortalizas, a brincar cercas, a abrir y cerrar de un golpe los rastrillos, a esconderse una de otra en los mangales, en la manigua, en los gallineros. Amándose y odiándose. Dos hermanas rivales. En un bohío de palmas con piso de tierra, ceñido por el vasto silencio del campo.

Al final Rosa fue la ganadora: después de haber sido una alumna mediocre, y aun más, una machorra, trepando

árboles, asesinando insectos, esclavizando las aves del corral, tan pronto llegó a la adolescencia dejó la escuela, se casó y tuvo hijos que llevaron el apellido del padre, como debía ser. Julia, por el contrario, la alumna modelo, que se ganó una beca del gobierno para seguir estudiando en la cercana ciudad de Camagüey, se hizo maestra y obtuvo distinciones, pero al pasar el tiempo dio un mal paso: un hombre la sedujo, la preñó y luego se esfumó como una nube que tras derramar agua se disuelve.

Desde entonces Julia no volvió a ser la misma. Sus padres se mudaron a Camagüey para hacerse cargo no sólo del niño, sino también de ella, que regresó a una especie de infancia, llena de miedos y atroces fantasías, como si el hecho de concebir un hijo, en vez de madurarla, de volverla una mujer cabal, la hubiera destrozado.

Con los años los padres se murieron y Rosa, que igual que Julia nunca había visto el mar, a pesar de que Cuba era una isla, se fue con su marido y sus hijos en un avión que cruzó el océano hasta llegar a España. Más tarde (si uno creía lo que decían las cartas) volvió a atravesar el mismo océano que al parecer cubría una considerable parte del planeta, y se mudó para Estados Unidos. Y ahora venía en un barco, o eso al menos decía este telegrama, a recoger a su hermana Julia y a su sobrino Julio César Valiente para llevarlos a través de las olas, como si fueran gaviotas o peces. Tal vez para alardear, la Rosa, de su triunfo. O al contrario, para de esta forma aliviar la culpa de haber sido, de las dos hermanas, la que al fin ganó.

Sin embargo, en este instante los motivos ocultos de la acción de Rosa, sus razones para emprender este inaudito viaje, apenas importaban: ese barco surcando el peligroso Estrecho que separaba a Cuba de Estados Unidos se imponía por encima de muñecas que cayeron a un pozo (¿fue su propio rostro el que vio Julia aquella vez flotando, como

si el fondo del pozo, en vez de agua, tuviera un espejo?), de gestos humillantes que Rosa había tenido con su hermana mayor a lo largo de toda la vida, sobre todo cuando ésta fracasó y terminó con el hijo de nadie en sus brazos. Nada de eso contaba hoy: este barco, que Julia asoció, como hacen los creyentes, con una imagen religiosa, en este caso el Arca de Noé, venía a rescatarla a ella y a su hijo del perpetuo diluvio. No de esta lluvia que rodeaba su casa, de este aguacero que levantaba un escándalo en el techo de zinc, que desbordaba zanjas y enfangaba el trillo por el que el cartero vino y se volvió, sino del otro diluvio que lo anegaba todo de miseria y odio. Una crecida de la que uno sólo se libraba huyendo de Cuba. Y para eso el barco se acercaba. Qué importaba si Rosa, la hermana victoriosa y muchas veces cruel, se paseaba en este mismo instante por la borda. Qué importaba si reía o lloraba. Si quería jactarse o redimirse. Este barco, que llevaría a la madre y al hijo a otras tierras, era un don de Dios.

Ahora sólo faltaba que el hijo llegara. La incesante pregunta, «¿dónde estás?», nunca tenía respuesta, ni siquiera en esta hora crucial, en la que un trozo de papel mojado acababa de cambiar el rumbo que llevaban ambos, o más bien acababa de echar a andar la parálitica vida de los dos. De manera que Julia debía someterse otra vez al acto que conocía mejor, el de la espera. En el fogón las brasas de carbón mantenían tibios el potaje aguachento, el arroz y las yucas. Pero se hacía tarde para el almuerzo y el niño (pues los hijos no se vuelven adultos) no aparecía por ninguna parte. En la última semana entraba y salía a cualquier hora, a veces dando tumbos; se sentaba a la mesa lo mismo a medianoche que al amanecer, devoraba lo que hubiera en las ollas y luego, totalmente vestido, se tendía en el camastro y se entregaba a un sueño sin sosiego; Julia lo sorprendía dando vueltas bajo el mosquitero, estirándo-

se y encogiéndose como un hombre amarrado que forcejea para romper las cuerdas, pronunciando en voz alta frases incomprensibles. Por último se levantaba con un semblante hosco, se tomaba un par de vasos de agua y salía de nuevo, prometiendo regresar enseguida.

El último «enseguida» lo había dicho entre dientes esta misma mañana, mientras Julia raspaba la inagotable tizne que cubría los calderos como una terca cáscara.

—Ven a almorzar —le había dicho la madre al fugitivo que se escurría en la puerta.

—Claro, vengo enseguida.

Pero Julia se hallaba por encima de cualquier ilusión: ese adverbio de tiempo, el favorito del hijo tarambana, podía lo mismo abarcar una tarde que tres días y tres noches. Y una noticia como la que ahora ella apretaba en su mano (no se atrevía a soltar el telegrama, por miedo quizás a que el papel se convirtiera en aire si dejaba un segundo de palparlo) reclamaba ser compartida de inmediato.

¿Adónde ir? Quería engañarse pero no podía: los sitios en los que podía encontrar a su hijo no eran para mujeres como ella. Atrás habían quedado, no digamos la etapa en la que él, un chiquillo, se movía en círculos seguros, previsibles, como la escuela, el parque y los patios vecinos, sino incluso los primeros años de su juventud, en los que dedicaba horas a la lectura y la escritura en el cobertizo detrás de la casa. Ya en ese entonces se perdía de repente, pero al cabo de un rato regresaba a sumergirse en libros, o a llenar con su letra nerviosa fajitas de papeles en blanco.

«Las palabras escritas», le había oído decir ella a él, un mediodía en que hablaba con un amigo que había venido a visitarlo, y que también quería ser escritor, «son mi refugio».

Una frase que Julia encontró rara, sin saber que era un lugar común entre la gente que suele escribir. Pero que sin

duda, trillada o peculiar, Julio César decía sinceramente. Tal vez por eso hombres uniformados (cuatro o cinco; todo ocurrió de una forma tan rápida que Julia, confusa y asustada, no pudo precisar el número) allanaron la casa poco tiempo después y se llevaron en cajas de cartón hasta el más diminuto papel en el que aparecieran palabras escritas. Es decir, el refugio del hijo acabó siendo su propia ratonera, como si él mismo se hubiera preparado una trampa. Estuvo preso setenta y cuatro días; al volver a la casa, después de los abrazos, Julio César observó en el espejo en el que se asomaban dos figuras que algo había ocurrido en ese corto tiempo en la piel de ambas; la de él había emblanquecido y la de ella se había apergaminado. Pero a la larga la piel era piel; sólo una superficie. Uno pasaba por alto, sin gran dificultad, aquellas caprichosas variaciones. La vida se reanudó otra vez. La única víctima fue la escritura.

A partir de entonces Julio César empezó a frecuentar con más vehemencia (en realidad ya lo hacía ocasionalmente antes del arresto, de modo que Julia no podía culpar del todo a los desconocidos que al parecer tenían hambre de lenguaje ilegible, pues los manuscritos no eran nada más que una desatinada colección de oraciones, o más bien garabatos, salpicados de manchas, borrones, tachaduras) los lugares de los que Julia sólo tenía noticia a través de vecinos y parientes, y que un primo, profesor de Español, con una comprensible inclinación a utilizar vocablos rebuscados, había calificado de antros.

—Tu hijo se pasa la vida metido en antros. Un día le va a pasar una desgracia —y luego, recordando que ya el joven había acumulado una historia, añadió, en aras de la exactitud—. Otra desgracia más.

Julia, que también se había graduado de maestra y en ciertas circunstancias podía ponerse a la altura de este primo pedante, se limitó a contestar:

—Hay muchos tipos de antros. Cualquier lugar en el que se le hace daño a alguien es un antro. Este país es un antro.

El primo quiso subir la parada.

—Eso es mera retórica, mero silogismo.

Pero Julia no estaba para guerras verbales; ese no era su fuerte. Su fuerte era su fe. Y ahora esta fe había dado su fruto más visible, en la forma de una embarcación. Urgentemente debía encontrar al hijo, aunque para lograrlo tuviera que recorrer los sitios que su primo Ramón menospreciaba.

Se puso el vestido de flores oscuras, de cuello alto y cerrado, mangas que llegaban a los puños y falda que tapaba los tobillos, como si el propósito de vestirse fuera ocultar totalmente su cuerpo. Como remache, se cubrió el pelo con un pañuelo azul. Tal vez, si no hubiera atentado contra las costumbres, se hubiera echado un velo sobre el rostro. Pero se requería mostrar la cara, que ahora Julia empolvó con cuidado, porque a pesar de su vida enclaustrada, sus oraciones y su desapego, no había podido desprenderse del todo de los residuos de la vanidad. Luego volvió al balance y al rosario, pero apenas podía concentrarse en el rezo; el ruido de la lluvia absorbía su atención; su religión, su universo completo dependían de que pronto escampara.

III

El vendaval estragaba la choza en la que comerciaban el ciego y su mujer. Las rachas arrancaron varias pencas de guano y cuartearon después el caballete, hasta que el techo se volvió un coladero por el que el agua descendía a raudales. Los empresarios y los parroquianos (de estos últimos sólo quedaban cinco; los jugadores, campesinos expertos en pronosticar las insensatas jugarretas del clima, ahuecaron el ala antes de los primeros goterones) presentían que el negocio iba a claudicar en una tarde así.

Al desencadenarse la tormenta, el hijo, César, o más bien Julio César, aunque por ese nombre sólo lo conocían su madre y sus parientes, ya que él al presentarse omitía siempre el Julio, había corrido junto con María y el viejo Roberto desde los bancos bajo los árboles hasta la choza. Ahora los tres compinches, ensopados, apuraban las pergas de cerveza arrinconados en una oscura esquina junto al mostrador. En la mesa al fondo, el padre, César Martínez, y el amigo de su juventud, Isaac, aferrados a sus botellas, primero habían tratado de ignorar las goteras y más tarde los obvios chorros de agua que comenzaron a inundar el local cuando el viento arrancó un pedazo de techo. Ramona, la mujer del ciego, los devolvió a la realidad al gritar:

—¡Tenemos que cerrar, esto parece un ciclón!

—No hay ciclones en abril, compañera —objetó Isaac, que por nada del mundo quería dejar de beber en este instante.

En la otra punta del rancho, el viejo Roberto confirmó:

—Eso es verdad. No hay ciclones en abril.

—Es una manga de viento —dijo el ciego Julián, sin alzar la voz. Su tono contrastaba con el de su esposa; el que no tiene vista tiene calma, parecía sugerir.

Pero Ramona, que veía claramente los borbotones de agua en el piso de tierra, exclamó:

—¡No se puede seguir despachando cerveza!

El padre consideró oportuno hacer valer su hasta entonces oculta autoridad.

—Compañera, no tenga miedo. Yo soy el capitán Martínez.

Al oír el grado militar, todos, incluso el joven César, ensimismado en la torrencial lluvia, prestaron atención al cincuentón que aunque vestido de civil proclamaba ser miembro de una casta feroz, y con firmeza se acercaba al mostrador en el que Ramona y Julián trajinaban. Su actitud sugería que por ser oficial del ejército tenía el poder de disolver de un gesto la tormenta. Dueños y clientes pensaron que el militar los iba a meter presos, ya que tanto comprar como vender licor en un sitio que no perteneciera al gobierno era un delito penado por la ley. La tempestad perdió vigencia por unos segundos. Para colmo, el capitán Martínez se arregló la camisa para que junto al cinturón sobresaliera la forma irrefutable de un revólver.

Todos se equivocaban. Si bien el hombre no podía cambiar el curso de la naturaleza, tampoco deseaba utilizar su mando para hacer cumplir decretos gubernamentales.

—¿No podemos ir para la casa? —la pregunta sonó como una orden— Llevamos la cerveza para allá. A mí me sobra el dinero para tomar por lo menos tres días —y diri-

giéndose a Roberto, que a todas luces era el otro cliente que pagaba, lo increpó—. ¿Y tú, mi viejo, no tienes plata para seguir tomando?

Roberto, a quien no le gustó que le recordaran delante de María que había vivido durante siete décadas, pero que tampoco podía enojarse con un capitán, contestó con premura:

—Claro que tengo.

A Ramona se le torció la boca. Por un par de minutos se debatió entre la usura y la inconveniencia de permitir que extraños invadieran su hogar. Por fin dijo:

—Ni a mí ni a mi marido nos gusta que tomen en la casa. Pero que sea él quien decida.

Los espejuelos oscuros de Julián impedían que uno se asomara en lo que algunos llaman el espejo del alma. Tampoco se podía garantizar que esos ojos, dada su peculiar condición, pudieran expresar el pensamiento. Ni su rostro ofrecía una lectura fácil. Pero al rato su voz de hondas modulaciones enunció el veredicto:

—Un día es un día. Vamos.

Media hora más tarde los cinco bebedores y sus dos guardianes (Julián y su mujer, sobre todo ella, tenían que estar al tanto de la conducta y de los movimientos de sus huéspedes, ya que se trataba de su casa, la herencia de los señores que huyeron en estampida veinte años atrás) se instalaron en la nueva taberna. Todos, incluso el negligente Julio César, habían cargado las cajas de cerveza en botella, los cubos de cruda y las dos neveras y las habían colocado en la cocina, siguiendo las instrucciones de Ramona.

El capitán Martínez y su amigo Isaac se habían apoderado de dos butacones en la sala, y arrellanados uno frente al otro, agarrando como armas sus botellas, navegaban otra vez en las aguas del pasado común: la época de estu-

diantes, con sus horas fastidiosas de estudio, su retahíla de novias, juergas y putas; la decisión de marcharse a pelear con los rebeldes contra la dictadura de Batista; el regreso triunfal, disfrazados de conquistadores, a formar parte del nuevo gobierno.

Pero en ese punto las aguas se enturbiaban, porque César Martínez había seguido sin parar su ascenso hasta llegar a ser lo que era hoy, un capitán que a pesar de su debilidad por el alcohol y las faldas se mantenía investido de poder, mientras que Isaac Oliva se había decepcionado pronto de la revolución, y poco a poco, con prudencia y miedo, pues en el fondo, a diferencia de su amigo Martínez, era un hombre apocado, se fue distanciando del vendaval político: pidió la baja militar por problemas nerviosos, se hizo veterinario en la Universidad de La Habana y regresó a Camagüey a sanar animales, seres simples e incluso agradecidos, entre los que Isaac se sentía más a gusto que entre los miembros de la raza humana. Pero no era posible vivir sólo con vacas, cerdos y caballos, y en los últimos tiempos los militantes del partido comunista en su granja, que lo tenían entre ceja y ceja, lo habían amenazado en más de una ocasión, a pesar de su historial en la guerra revolucionaria, con separarlo de su puesto, por borracho, impuntual y apático al gobierno. Se escudaban en un lema reciente: *No me digas lo que has hecho. Dime lo que estás haciendo.*

De manera que los dos amigos, sentados frente a frente, repasaban los años de su juventud, pero al llegar a la década del 60 vacilaban, hacían una incómoda pausa que aprovechaban para con avidez empinar las botellas, y tácitamente volvían atrás de nuevo, hasta llegar a la remota infancia en la que ambos se habían conocido. César Martínez quería tomar en paz, sin discusiones, y al otro no le quedaba opción: también quería beber y no tenía dinero.

Un poco más allá, en el comedor desvencijado, sentados en la punta de la larga mesa que en otros tiempos vio manteles brocados, copas, vajillas y cubiertos suntuosos, pero que ahora se encontraba desnuda, el joven César y el viejo Roberto compartían con María una jarra de cerveza cruda. A diferencia del diálogo en la sala, en este comedor venido a menos imperaba el silencio, amplificado por el estrépito de la lluvia.

Julio César se había vuelto de espaldas a sus acompañantes y miraba a través de la puerta del fondo, de par en par, los racimos de agua que se desplomaban desde el crujiente alero y anegaban el zaguán y el patio. Por un instante recordó a su madre, seguramente inquieta por la ausencia de este hijo irresponsable en una tarde así, y para obliterar una repunta de culpabilidad que amenazaba con agigantarse, vació de un solo trago el resto de cerveza en la jarra.

—Dale suave, que el que compra soy yo —gruñó Roberto.

—Si nos vas a estar recordando todo el tiempo que estamos tomando a costa tuya, mejor no compres más —dijo María, segura de que el derrochador iba a seguir pagando. Para más garantía, había pegado su rodilla a la del hombre por debajo de la mesa; sabía que ese contacto, que sin los tragos a ella le hubiera causado repulsión, se traducían en varias jarras más.

César ni siquiera contestó. Cuando se dedicaba a la tarea de beber sin parar, un oficio que cada vez dominaba mejor, resolvía la intrincada relación entre el dinero y los seres humanos con una simple fórmula: cuando lo tengo lo gasto y cuando se me acaba gasto el de otros. Así. Sencillamente. Sin vergüenza ni cuestionamientos. Si en un momento de reflexión sentía escrúpulos por usar a la gente, recurría a otra expresión: todos usan y se dejan usar.

Los aforismos, inventados según la circunstancia, el único residuo de su antigua vocación de escritor, servían para acallar las dudas. Aquí mismo, en este mismo instante, la gente se usa y se deja usar, se dijo mientras observaba la lluvia, disfrutando la súbita oleada de calor que el alcohol repartía por su cuerpo. Detrás de este misterio de estar juntos, precisó frotándose las manos y la cara —como hacía cuando intentaba completar una idea, traducir en lenguaje un pensamiento—, sólo se oculta la intención de usarse; este escenario absurdo, en el que todas estas personas absurdas, empezando por mí, se han reunido esta tarde, sólo existe gracias a este instinto, a este impulso de utilizar a otros, del que nadie se libra.

Se registró de nuevo los bolsillos para pagar al menos una ronda. Pese a su afán de justificarse, aún le quedaba un resto de amor propio. Pero el dinero ya se había evaporado.

En ese momento apareció Ramona y puso tres botellas en la mesa.

—De parte del capitán —se limitó a decir. Sin aprobar ni condenar la acción. En fin de cuentas, este miembro de un régimen que se oponía al negocio pagaba igual que todos, y ahora los tres billetes engrosaban el fajo que abultaba su seno.

Los tres beneficiados de la inesperada cortesía expresaron, cada uno a su manera, su agradecimiento. El viejo Roberto gritó con voz fañosa:

—¡Muchas gracias! ¡No tenía que haberse molestado!

El joven César, que adivinó que el gesto del hombre del revólver no tenía nada que ver con él, sino con la mujer que era a veces su amiga y otras su amante (y al final ninguna de las dos: sólo su cómplice de borrachera) alzó la botella con un vago ademán de saludo, sin mirar direc-

tamente al militar vestido de civil, que en la sala, desde su butaca, tampoco miró al joven. María lo deslumbraba.

Esta se levantó y fue hasta los dos hombres, les dio la mano a ambos y dirigiéndose al capitán César Martínez dijo:

–Encantada. Yo me llamo María. Mis amigos y yo le damos las gracias.

–¿Alguno de ellos es su novio, o su esposo?

María hizo un visaje de incredulidad y contestó en voz baja:

–No tengo novio ni esposo. Soy libre como el viento.

–A mí me gusta el viento –dijo César Martínez, con su mejor sonrisa–. El viento me da vida.

Ya la tarde era suya: una mujer, una botella de cerveza fría, un amigo del año de la nana. ¿Qué le importaba a él que el mundo anduviera patas arriba allá afuera?

–Pero el viento también es peligroso –dijo María–. Hace un rato por poco tumba el rancho.

–A mí el peligro me gusta más que el viento. ¿Cómo tú crees que me gané el grado de capitán? Cuéntale a ella, Isaac. Dime si alguna vez tú me has visto con miedo –y luego, aclarando quién era aquel hombre anodino que permanecía mudo, con el rostro disuelto detrás de los gruesos cristales de las gafas–. Isaac y yo peleamos juntos en la Sierra Maestra.

A María no la impresionaban la guerra ni los héroes. Pero ahora debía disimular, y aparentando asombro exclamó:

–¡Qué tremendo! ¿En la Sierra? Entonces se conocen desde hace muchos años.

–Muchísimos –dijo el capitán–. ¿Quieres sentarte con nosotros?

–Ahora no, tengo que acompañar a mis amigos. A lo mejor después. Hay tiempo para todo.

¿Lo había?

–Te esperamos –dijo César Martínez con un tono vehemente, sin ocultar su urgencia. Y de inmediato precisó–. Te espero.

A diferencia de su antigua novia (y amante de una noche) Julia Valiente, esperar no era el oficio que mejor dominaba el capitán. Julio César, su hijo desconocido, ahora a unos pasos de él, tampoco había hecho suyas la inacción, la pasiva prudencia de su madre. En esto el joven era el hijo del padre. Ahora el hijo quería desesperadamente que la lluvia cesara de inmediato; mientras que el padre sólo deseaba tener a su lado, ahora mismo, ni un segundo después, a la mujer que había dado las gracias. Sin embargo, la lluvia caía estrepitosamente y María había vuelto a la mesa. Padre e hijo bebieron al unísono: el licor aplacaba la impaciencia de ambos. Aún más: los entumía. Los domesticaba.

De pronto una guitarra esbozó una tonada. El ciego Julián, sin dejar de tocar, atravesó la sala y se sentó en la punta de un balance junto a la puerta principal, clausurada con tablas de algarrobo.

–¡Eso es! ¡Música! –gritó el viejo Roberto.

Y como si las cuerdas pudieran acallar cualquier otro sonido, la lluvia cesó.

IV

Como quien sale cautelosamente de un refugio subterráneo después de un bombardeo, Julia Valiente, cuyo miedo perpetuo negaba su apellido, le echó un vistazo al cielo, murmuró una oración, cerró la puerta y fue esquivando los charcos del jardín y las malezas ensopadas del trillo hasta llegar a la calle que odiaba.

A cada lado se alzaban las casas de la gente que ella había visto trocarse brutalmente con el paso del tiempo: niños habían crecido de sopetón, asumiendo sin el menor recato la insolencia de la juventud; hombres y mujeres, que cuando ella era una recién llegada se pavoneaban con soltura y prestancia por el vecindario, ahora con la vejez se habían vuelto una caricatura de sí mismos. Los hijos, retoños ladinos y mal aconsejados, no sólo tenían la misma hechura y las mismas facciones de sus progenitores, sino también la misma alevosía. Porque sin duda esta era gente mala, como afirmó el cartero. Maestros del paripé, profesores del timo, artífices de tramas y complots, encubrían con sonrisas y efusivos saludos propósitos malsanos.

¿Qué ocurría detrás de esas paredes, la mayoría ya menoscabadas? Julia Valiente no podía imaginarlo. No visitaba a nadie ni recibía visitas. No toleraba la proximidad, como los pájaros que permiten ser observados a distancia, pero que alzan el vuelo si alguien quiere tocarlos.

Desde el nacimiento de su hijo, o quizás desde antes, había descubierto que el acercamiento despertaba instintos caníbales en los seres humanos: la intimidad los hacía devorarse.

Ahora andaba de prisa por el mismo medio de la calle enlodada; miraba hacia adelante, ignorando los ojos marrulleros que la veían pasar. Para qué los lenguajes de la cortesía; sabía lo que ocultaban esas ceremonias; adivinaba los rasgos feroces debajo de las máscaras.

Pero esta tarde, para su sorpresa, algunos se quitaron la careta. Los gritos la alertaron. En el portal de la panadería una turba insultaba a Rafael el zapatero y a su hija Gladys, que con las flautas de pan bajo el sobaco intentaban abrirse paso entre la jauría.

«¡Putas!» «¡Gusanos!» «¡Maricón!» «¡Tortillera!»

Julia, petrificada por las palabrotas, clavó la vista en la mujer que pegada a su padre avanzaba inmutable, con la cabeza erguida, en medio del tumulto. Sólo la línea roja de la boca zigzagueaba imperceptiblemente. Por el contrario, el viejo se tapaba la cara con la mano izquierda, hacía muecas, daba unos leves brincos, temblaba. En ese instante un ciclista frenó al lado de Julia y preguntó:

—¿Qué pasa ahí?

Julia fingió ignorarlo. Una anciana, que apretaba una jaba contra el pecho como si abrazara a un ser querido, contestó por ella:

—Rafael y Gladys se van por el Mariel para Estados Unidos —y añadió en voz baja—. Qué vergüenza, ofenderlos porque se van de Cuba.

Era eso. Julia palpó disimuladamente el papel dentro de su cartera y por unos minutos se mantuvo inmóvil, mientras la multitud vejaba a la pareja. Luego se humedeció con la lengua los labios reseco, y evitando el enjambre, la mayoría curiosos que presenciaban con indiferen-

cia, o secreto placer, el espectáculo, dobló la esquina con la mayor rapidez que le permitían sus piernas tambaleantes. Quería correr. Volar. Dejar atrás de un salto esta calle, este barrio, que como un grano que acumula pus, se enrojece y se inflama, había estallado repentinamente. Pero Julia Valiente había perdido el control de su cuerpo. Con pasos inseguros llegó al fin a la parada de ómnibus y se sentó en un banco. Tras la lluvia reciente, la tierra, la madera y el cemento supuraban una espesa humedad, como cuerpos bañados en sudor.

¿Adónde ir? ¿Por dónde empezar? Se acordó de María (la amiga o novia o sabrá Dios qué cosa) de su hijo, la única persona que había ido a ver a Julia cuando a Julio César lo metieron preso, y que le había dado su dirección para que la buscara si acaso Julia la necesitaba.

Ante la ausencia elocuente de la guagua, la caseta de la parada de ómnibus se repletaba de viajeros frustrados, que cargaban noticias y rumores como si fueran misteriosas maletas. «Se va todo el que quiere». «A mi sobrina la vienen a buscar». «Hasta Tony el lechero, ese ladrón hijo de la gran puta, se fue ayer con la mujer y la suegra. Pero se llevó un recuercito: le partieron la boca y una ceja». «La presidenta del comité fue a mi casa para obligarnos a darle un acto de repudio a la infeliz de Inés. Yo me escondí para que no me viera».

Julia, aprisionada por las mangas largas y el cuello almidonado, se hacía la que no escuchaba, pero no perdía ni una sílaba. Algo ocurría. Algo grande. El barco de su hermana formaba parte de una trama mayor, que al parecer abarcaba la isla entera. Pero Julia no quería preguntar. Su hijo, durante un tiempo, fue el intérprete de las noticias que se oían en la radio, de los sucesos que ocurrían en el barrio, en el país y el mundo. Pero el hijo dejó de oír noticias (un día dijo que no creía en ninguna, y a partir de

entonces sólo escuchó canciones en inglés en las emisoras americanas que sintonizaba a escondidas en su cuarto), dejó de contarle las cosas que veía, dejó, en fin, de ser el mensajero, y se metió, como Julia, en sí mismo.

Olvidando su dignidad, Julia aceptó la oferta de Don Justo, un viejo buscavidas que acertó en ese instante a pasar con su carreta abarrotada de muebles y tarecos.

—¿Va para el pueblo, Julia? Monte aquí alante, yo le hago un lugarcito. Estoy mudando a los Capestany. Mire que cantidad de piltrafa. Pero hoy por lo menos me busqué la comida.

Julia subió al pescante. El caballo estropeado refunfunó al principio, pero luego de azotes y un par de vituperios, reanudó su raquíptico trote. Atrás quedó, envidiosa, la masa de aspirantes a moverse en cualquier artefacto que tuviera ruedas, incluso un carretón como el de Don Justo.

Julia miró de reojo la loma de cachivaches que se balanceaba peligrosamente a sus espaldas, y pensó que si ella y Julio César se marchaban en el barco de Rosa, todas sus pertenencias, sus reliquias, atesoradas durante tantos años, quedarían en la casa a merced del azar. Tal vez serían quemadas en el patio, bajo las ramas broncas de ciruela. O hundidas dentro de la letrina. O se corromperían entre las hojas secas, en tongas de basura. Todo su mundo. Pobre y ralo, pero de ella. Suyo.

—¿Cómo le va al muchacho?

Don Justo había atendido el jardín de Julia durante mucho tiempo, por tres o cuatro pesos semanales. Julio César, en ese entonces un vejigo travieso, le escondía al viejo (pues Don Justo siempre había sido viejo desde que Julia tenía memoria de él) el rastrillo y el azadón cuando se echaba a dormir la siesta en el portal.

—El muchacho está bien. ¿Hasta dónde usted va?

—Yo voy para la calle del Rosario. Los Capestany se mudan para la casa de la abuela Dolores, que se murió hace un mes.

Los Capestany no cruzarían el mar; podían entonces arrastrar sus bártulos de un lugar a otro.

—Si usted dobla por Rosario, déjeme en el puente de la Caridad. Voy a ver a una amiga que vive por el lado del río.

En ese instante, frente al frondoso Casino Campestre, un gentío cruzó la carretera enarbolando palos y banderas, cantando un himno a grito pelado. Al parecer iban hacia una guerra, pero algunos reían a carcajadas.

—Esto se ha puesto malo —murmuró Don Justo, sujetando las bridas del caballo para dejar pasar la multitud—. La cosa está en candela.

Enigmas y acertijos. Así hablaban Don Justo y la mayoría de la gente en Cuba. Pero Julia, a pesar de confiar en su antiguo jardinero, y saber que entre los malos él no era el peor, no quería averiguar el sentido de las adivinanzas, sólo llegar a casa de María.

Se apeó en el puente y bajó por la calle que zigzagueaba junto al río crecido. En la orilla se amontonaban inmundicias y gajos, restos de la tormenta que aún impregnaba el aire de un vapor pegajoso.

—Al lado del matadero —le había explicado María esa tarde en la que le ofreció ayuda a Julia—. O lo que fue el matadero. Ya ahí no matan ni moscas. Mi casa es verde. O era verde. Ya nada es lo que fue. Pero el número sí sigue siendo el mismo, 310. Si me necesita vaya a verme. Y si no estoy hable con mi mamá.

María tenía razón: la casa era incolora. Los vestigios de verde se habían desvanecido con la lluvia, el churre, la lejía de los años. La anciana recostada al marco de la puerta no tenía tampoco ni color ni edad; tiesa y estropea-

da como la madera, sólo se veía viva al chupar el cigarro, como si el humo le fuera indispensable para respirar.

—¿Aquí vive María?

—Yo soy su madre. Pase.

—¿Ella está?

—No, se fue antes del agua y los truenos. ¿Usted vio qué clase de agua, qué clase de truenos? Yo pensé que se iba a acabar el mundo. Pase.

—¿Usted conoce a mi hijo Julio César?

—¿El pelú?

Julia se sonrojó. Su hijo era más que eso. Pero la anciana no lo había dicho con desdén, pensó. Había descrito un hecho, sin emitir juicio, tragando el humo con voracidad.

—Sí, tiene el pelo largo —concedió Julia.

—¿No va a pasar?

—Perdone, es que estoy apurada. Lo ando buscando, necesito verlo. Yo sé que él es amigo de su hija, pensé que a lo mejor...

—Pensó bien —dijo un hombre que salió de repente de un cuarto, en short y sin camisa, exhibiendo una enorme medalla en el centro del pecho, colgada de una cadena tan gruesa que podía sujetar a un perro pendero—. El y mi hermana se fueron para el bosque.

Sobrecogida por la aparición de este hombre sin pudor, prácticamente en cueros, Julia murmuró, sin entender del todo:

—El bosque.

Una pareja entre árboles tupidos. Cantos de pájaros en la espesura. Un cielo borrascoso entre las hojas.

—El bosque —afirmó el hombre—. La piloto del bosque.

—La piloto —repitió Julia, todavía pasmada. Las palabras habían perdido su significado original.

—La piloto —recalcó el aspirante a nudista, como si le hablara a un niño muy pequeño—. ¿Usted no sabe lo que es una piloto?

La madre de María quiso ayudar a la mujer desconcertada, lela, enfundada en un vestido asfixiante.

—Ay, hija, así le dicen ahora a los bares donde venden cerveza. Ese bosque no está lejos de aquí. Mi hijo Manolo puede acompañarla. ¿Tú crees de verdad que María esté allí a esta hora, Manolo?

—Si anda con César, seguro están allí.

La anciana pisoteó la colilla y olvidando a la visitante exclamó:

—¡Esta muchacha, cómo me hace sufrir! ¡Quién ha visto eso, una mujer tomando como si fuera un hombre, a cualquier hora, sin importarle nada, metida en cualquier sitio, en un bosque, un tugurio, un corral!

Julia esperaba la palabra antro. Pero la vieja no era una pedante profesora de Español, como el primo Ramón; era sólo una madre avergonzada, como la propia Julia, que no sabía qué hacer con sus manos ni con su cartera.

—Voy al bosque a buscarlos —dijo el hombre del pecho y la cadena—. Espéreme aquí.

—No se moleste —dijo Julia—. Enséñeme cómo se llega, yo voy sola.

—No, hija. Ese es un lugar peligroso. Deje que Manolo vaya.

—Si mi hijo y su hija están allí, no puede ser tan peligroso.

Ante esta deducción, incierta pero irrefutable, la anciana se quedó sin palabras y buscó refugio en un nuevo cigarro, para compensar la falta de lenguaje. La punta roja comenzó a crepitar con cada bocanada. Julia sintió piedad.

—Además, yo no le tengo miedo a nada.

Era la primera mentira que decía en muchos años. ¿O era tal vez verdad? Investida con un nuevo valor, atravesó con un andar resuelto el callejón y el puente de madera que le señaló el hombre. El bosque, del otro lado de la carretera, se desparramaba dentro de una hondonada. Julia bajó por un trillo encharcado. De los árboles, todavía empapados, caía una falsa lluvia cuando la brisa agitaba las copas. Los pájaros, estáticos, emitían un gorjeo que se difuminaba entre las ramas. A veces, con un patatús, se sacudían las plumas, pero luego tornaban a la inmovilidad, como insomnes que simulan dormir.

Distintos a los pájaros, pero igualmente quietos, hombres de hosco semblante, solos o en grupos, bebían sentados alrededor de mesas de cemento dispersas en un claro del bosque. Contrastando con esas figuras reposadas, algunas tan inertes como estatuas, un poco más allá, junto a unos cedros, otras se arracimaban en torno a un quiosco donde sobresalían dos tanques de cerveza. Un vendedor, de rostro imperturbable, llenaba recipientes (ollas, jarras y cubos) sin dejarse inmutar por la algarabía de los compradores, que sólo se calmaban cuando habían conseguido su ración.

Julia cruzó por entre las mesas, mirando a todos lados, ignorando los rostros perplejos de los bebedores, a quienes se les hacía difícil aceptar que esta aparición, esta cuarentona ataviada como si viniera de otro siglo, o hasta donde uno podía entender, de otro planeta, atravesara sola, con semejante aplomo, el territorio de ellos, donde la policía sólo se aventuraba cuando la autoridad se volvía imprescindible. Animada por una profusa ingestión de cerveza, una de las estatuas cobró vida.

—¡Mamita, qué pañuelo más lindo! ¡Y qué vestido!

Otra la secundó:

—¡Llévame para la fiesta!

Julia recordó que las personas, como los animales, huelen el temor, y aferrada a su fe continuó su recorrido, impávida, como una caminante aficionada a la vegetación que admira la hermosura de los árboles. ¿Podía estar su hijo en el molote que rodeaba el quiosco? De repente un borracho gritó con voz pastosa:

—¡Se va por el Mariel, y se le perdió el barco!

Julia Valiente se sintió desnuda. Sus pensamientos y sus intenciones se habían vuelto visibles, como objetos cubiertos de tela transparente. Sin despegar los labios, recitó una plegaria. Y al momento alguien que se acercaba a través de los pinos le gritó al bromista:

—¡Chino, respeta a la señora!

El hombre de la cadena de oro, esta vez con camisa y pantalón, se materializó a su lado.

—Le dije que no viniera sola. Me parece que César y María no están aquí. Salga a la carretera y espéreme allí, yo voy a averiguar.

Julia subió la cuesta. En la acera, bajo las ramas de un flamboyán en flor, se detuvo para esperar en paz. Pero la paz huía en esta tarde de cielo encapotado. Por la cinta de asfalto avanzaba ahora otra multitud (¿o era la misma que había obligado al carretón de Don Justo a hacer un alto?), cantando un estribillo que injuriaba a aquellos que deseaban, como la propia Julia, convertirse en viajeros. Tal vez su vestido, su pañuelo azul, su rostro perturbado la delatarían. Si un borracho acababa de adivinar su secreto propósito, esta gente feroz, de acciones imperiosas, cuyos sentidos no estaban embotados por el alcohol (aunque las apariencias podían ser engañosas), con más motivos intuiría también que Julia pertenecía a la raza de traidores, de futuros apátridas.

Camiones, automóviles, guaguas, en ambas direcciones de la carretera, se habían visto forzados a aminorar la

marcha, y esperar que el tropel doblara una esquina. Julia se pegó al flamboyán, envidiando a lagartos e iguanas, que cambian de color para imitar los troncos o las hojas. Manolo la encontró detrás del árbol.

—María y César estuvieron aquí antes del aguacero, pero se fueron para casa del ciego —informó el hombre, acariciando (o tal vez ocultando) la cadena de oro, que ahora brillaba sobre los botones nacarados de su camisa negra. Y luego, mirando de reojo a la multitud que se acercaba por la carretera, con sus cánticos, carteles y bramidos, comentó—. Mal día para estar buscando a alguien.

—Yo necesito encontrar a mi hijo. ¿Dónde vive ese ciego?

—Por allá mismo por donde vive César. Pero yo no la puedo acompañar hasta allá. La cosa está muy mala. Y yo acabo de salir de la cárcel.

—Un ciego, por mi casa...

—En una quinta. Un negro ciego que se llama Julián. El y la mujer venden cerveza clandestinamente.

—Yo sé dónde es. La quinta de los patriotas.

—De patriotas ahí nadie tiene nada. Pero allí usted puede llegar sin problemas, el ciego y su mujer son buena gente. Es muy distinto al bosque, que está lleno de delincuentes. Bueno, me tengo que ir echando. Si ve a María díglele que mamá está que trina.

—Gracias —alcanzó a decir Julia cuando el hombre se escurría entre las matas. Pero el escándalo de la multitud ahogaba cualquier otro sonido.

Hombres y mujeres desfilaban ahora frente a ella, canturreando consignas y chillando: ¡Que se vaya la escoria! Apelotonados, fogosos, inundaban totalmente la vía, levantando los puños, maldiciendo. Algunos se metían en los charcos a cada lado de la carretera, salpicando de fan-

go sus zapatos y ropas. Y sin embargo, aquella ostentación tenía en el fondo un aire de infantil simulacro.

Sólo más tarde, en la piquera al lado del Casino, donde Julia fue a buscar un taxi, la turba (¿era la misma u otra?) perdió todo viso de comedia y arremetió contra un hombre de espejuelos oscuros que bajaba veloz por las escalinatas del instituto de bachillerato. Lo tiraron al suelo a puñetazos. Lo patearon. Cuando se levantó lo derrengaron a puros empellones. Las gafas brincaron en el aire, porque no era legítimo atenuar la embestida con cristales ahumados. Le gritaron pájaro, ganso, yegua y otros nombres del reino animal. Julia al fin logró subirse a un carro. El chofer, a quien su pasajera no había pedido explicaciones, dijo:

—Es un maestro. Dirigente del Partido y todo. Y ahora resulta que se va también para Estados Unidos.

Julia, sin pestañear, se limitó a dar su dirección.

—No puedo llevarla tan lejos. Tengo una recogida en Montecarlo. Si quiere la llevo hasta donde voy, y por lo menos adelanta un buen tramo.

—¿Cuánto me va a cobrar?

—Deme dos pesos.

Un precio modesto por escapar de esta escena brutal. Ante este ensañamiento, Julia había olvidado que buscaba a su hijo, y sólo deseaba esconderse en su casa. El taxista se mostró inflexible: a duras penas le concedió dos cuerdas más allá del lugar convenido, y la dejó en la puerta de una venduta en la que Julia compró una limonada, la única mercancía del establecimiento. Bebiendo a sorbos del frágil envase de papel, decidió atravesar el barrio de Versailles.

Pero la calle del antiguo cuartel, habitualmente quieta, comenzaba a llenarse de gente que corría en la misma dirección de Julia. A la vuelta de la esquina, un enjambre

se arremolinaba frente a una casa, o más bien lo que quedaba de ella. Un hombre que salió de entre la muchedumbre anunció con un vozarrón:

—¡Ya tumbaron la sala y ahora le están metiendo mano a los cuartos!

Muchachones armados de mandarrias, capitaneados por una mujer de cuerpo y pelo secos, derribaban la mampostería, astillaban las persianas y el piso. Las tejas temblequeaban a cada golpetazo. Por los boquetes de las paredes rotas, embadurnadas de plastas amarillas y rojas, aparecían los muebles de la sala como sobrevivientes de un ciclón: el sofá destripado se había vuelto el blanco de huevos y tomates. Los que solían sentarse en él se habían parapetado en la cocina, a salvo, al menos momentáneamente, del asalto de los invasores.

—¡Salgan, hijos de puta! —clamaba la mujer que comandaba el grupo, sacudiendo una puerta con sus brazos entecos.

—¡Que se vaya la escoria! —coreaban en el portal y el jardín magullado los manifestantes.

Pero la mayoría de la gente en la calle guardaba silencio: inmóvil, miraba la debacle con un aire incrédulo. De pronto una adolescente salió de la casa por una ventana y echó a correr hacia el fondo del patio, provocando un alarido colectivo de ¡Ataja! La mujer de estropajo la agarró en el momento en que la fugitiva iba a brincar la cerca. En un segundo varios de los gritones la rodearon y empezaron a darle una paliza.

—¡Déjenla! —ordenó un militar que hasta entonces había permanecido impávido, recostado a una verja.

La joven, con la ropa desgarrada, volvió a entrar por la misma ventana. Por entre los jirones de la blusa un seno se asomaba, amoratado.

Julia, que al igual que los espectadores se había detenido a una distancia prudencial de la casa, y que contra su voluntad se había quedado allí, hipnotizada, ahora se escabulló sin mirar hacia atrás, alisándose obsesivamente el pañuelo que cubría su cabeza.

La noche se iba infiltrando en el barrio, en los árboles, en la hierba empapada. Las luces se encendían poco a poco en las casas, revelando sus salas pobretonas, sus sueños de ceniza, su rala intimidad. Nubes espesas apenas permitían un atisbo de la caída del sol en un extremo del borroso horizonte.

Julia tenía la secreta esperanza de que su hijo hubiera regresado; pero la llave estaba en su lugar, bajo el ladrillo cubierto de hormigas que habían salido de sus escondites, conminadas por la inclemente lluvia de esa tarde. Antes de abrir la puerta le echó un vistazo al cielo. Tal vez la lluvia comenzaría de nuevo. Tal vez no. Pero ya no importaba: cruzó a tientas la sala, entró en su cuarto, y sin siquiera encender la luz ni cambiarse de ropa, se quitó los zapatos, se desplomó en la cama y al instante se quedó dormida.

V

—No hay luz —anunció Ramona parada en la puerta que daba a la cocina, cargando un gato negro, como si quisiera ilustrar la oscuridad.

—Es natural —dijo por lo bajo Roberto, riéndose entre dientes—. Estamos en la casa del ciego.

El chiste estaba dedicado a César, su único acompañante, sentado junto a él en la mesa del comedor. María se había unido al capitán, a Isaac y al ciego, y ahora los cuatro cantaban desafinadamente en la sala, donde las sombras ya prevalecían. Al oírlo César bajó la cabeza, sintiendo rabia y vergüenza a la vez por este anciano necio, que decía bromas crueles seguramente porque se daba cuenta de que María había encontrado un mejor postor.

El joven le otorgaba a Roberto una capacidad de reflexión que no tenía: el viejo verde actuaba por instinto. Criaba puercos en su pequeña finca y luego los vendía de contrabando, para dilapidar el dinero con muchachas de la edad de sus hijas, o incluso de sus nietas. Todo se te va en ron y putas, le reprochaba cada día su mujer, que había estado a su lado más de cuarenta años, y ahora, postrada en un sillón con las piernas inutilizadas por la rampante artritis, se preguntaba si había desperdiciado cuatro décadas a merced de un bufón despiadado. Hoy ya se había gastado más de doscientos pesos con el zángano que traga-

ba cerveza como un cubo sin fondo y la mujer veleidosa y borracha que ahora flirteaba con el capitán, entornando los ojos al cantar un bolero.

Pero el derrochador guardaba una esperanza. De vez en cuando, en medio de su papel de cantante, sentada en el piso a los pies del ciego, María lo saludaba con una ondulación coqueta de la mano, y ahora mismo, si es que la penumbra no lo encandilaba, le había guiñado un ojo.

La tarde caía intempestivamente. Poco después, cuando la noche ya se había cerrado, los quinqués comenzaron a brillar en diferentes partes de la casa como llamas dispersas en un cementerio; Ramona, tal vez porque le había tocado un ciego por marido y tenía más conciencia de la falta de luz, traía media docena al retortero, siempre listos, repletos de petróleo para combatir el frecuente apagón. Los colocaba estratégicamente para no dejar un solo rincón en la negrura. Ahora las luces vacilantes, metidas en los cuerpos tiznados de cristal, alumbraban el ajeteo de esta negociante que no sabía estar quieta, y que esta noche, aunque hubiera querido, no podía detener un instante el trajín. Debía limpiar los charcos que la tormenta había dejado por todo el caserón (las goteras, como un sarampión, acribillaban lo que una vez fue un espléndido techo), servir cerveza, preparar diminutos entremeses con chicharrones, pepinos encurtidos y lechugas mustias, y cobrar con rigor el dinero.

Era la única que no tomaba, y la abstinencia la volvía más adusta. Las canciones que Julián tocaba en la guitarra, que enardecían a los bebedores y que hasta por momentos sacaban de su embotamiento al muchacho melenudo que apenas hablaba, sólo significaban para ella otro sonido más, como la lluvia o el ruido de insectos que ahora colmaba el patio.

En otra época, estas melodías la llenaban indistintamente de gozo o tristeza. Con ellas Julián la conquistó, cuando era una niñera en la quinta opulenta, y él, que todavía veía, tenía a su cargo los jardines, la casa, y arreglaba desde un lavabo roto hasta las cercas que delimitaban el territorio del marqués de Cisneros. El marqués había muerto hacía un siglo, pero el título nobiliario había sobrevivido por la sonoridad aristocrática.

Al anoecer, en este mismo patio plagado de mosquitos y grillos en el que ahora ella tendía la ropa que se había empapado con el vendaval, Julián tocaba la guitarra y cantaba. Y ella se había dejado seducir, primero por la voz, el rasgueo de las cuerdas, y luego por la ferocidad del amante que la había poseído dentro de un gallinero. Se casaron, para tranquilidad de los patrones, que les regalaron sábanas y vajillas, y se fueron a vivir en un pequeño rancho que Julián construyó cerca de la casa principal. Allí vivieron, hicieron el amor mañana, tarde y noche, desquitándose de cualquier penuria con la violencia de sus cuerpos porfiados, y a la larga tuvieron una hija, que murió de tifus cuando cumplió tres años. Ramona escondió la guitarra. Se acabaron entonces las canciones.

Por ese mismo tiempo Julián perdió la vista, víctima de glaucoma, y sus empleadores se marcharon de Cuba, hostigados por los mandamases del recién estrenado gobierno. La pareja de antiguos criados ocupó entonces la casa colonial. Veinte años después, la modesta vivienda que Julián levantó, y en la que él y Ramona se amaron, pasó a ser taberna clandestina, hasta esta tarde, en la que el temporal desguazó el techo. Ramona examinaba los estragos en las pencas de guano a la velada luz de las estrellas. No había luna. Fortunas y desgracias se apilaban unas encima de otras desde que ella tenía uso de razón, sucediéndose sin una pausa, puntuales como meses, zaran-

deándola de aquí para allá; zarandeando su espíritu, aunque no su cuerpo, porque Ramona había nacido en este mismo barrio hacía cincuenta años y jamás había vivido en otro sitio; la única ciudad que había visto era Camagüey; no conocía el mar ni las montañas. Sus épocas de dicha y de calamidad transcurrían con el mismo paisaje de fondo, por eso se espesaban, se concentraban más; la elevaban o la derribaban, según fuera el caso, sin que ella pudiera cambiar de lugar. La voz de su marido ahora entonaba un son.

El capitán apareció en el patio, tambaleante, y fue hacia la letrina. «Está jumado», pensó Ramona, con desprecio pero también con miedo, porque la borrachera no lo despojaba de su autoridad. Los perros de Julián, amarrados a un poste, no sabían del poder de un grado militar, y se pusieron a ladrar y brincar con frenesí.

—¡Quietos, Tigre y León! —gritó Ramona. Y al hombre— No se preocupe, no se van a soltar.

César Martínez se acercó a la mujer.

—Compañera, qué bueno que está aquí. Quería pedirle un favor. Un favor que le voy a pagar, claro está. Pero quería pedírselo cuando nadie nos estuviera oyendo.

La lengua del capitán, pastosa por los tragos, cobraba ligereza a medida que hablaba. La mujer, en el medio del patio cubierto de tinieblas, irguió el busto y se arregló el pelo. De lejos parecían una pareja de conspiradores, o enamorados que acuden a una cita y la torpeza los impide abrazarse.

—Le doy cien pesos si me deja dormir esta noche en uno de sus cuartos. Hay muchos en la casa, y aparte del de ustedes a alguno le debe quedar una buena cama, ¿no?

—¿Y su amigo, se va a quedar también?

—El duerme dondequiera, o a lo mejor no duerme. Mientras haya curda Isaac está conforme. Y yo tengo

dinero para seguir pagando todo lo que él se tome. El cuarto lo quiero para mí.

Ramona guardó silencio un rato. Miraba hacia los perros, como si intentara desentrañar el mensaje de los sordos gruñidos. Luego murmuró:

—El único cuarto con cama es el de nosotros.

El capitán Martínez carraspeó. El dato había afectado su garganta.

—Le voy a dar entonces, en vez de cien, ciento cincuenta pesos.

—No sé.

—¿Quiere más?

—No es eso.

El militar se impacientó.

—Compañera, vamos a hablar claro. Usted y yo ya no somos niños. Quiero quedarme a dormir con María. Ya ella y yo nos pusimos de acuerdo. Ahora falta que usted y su marido nos dejen. Ciento cincuenta pesos no son cualquier cosa.

—¿Y el viejo y el muchacho? En mi casa no quiero escándalo ni broncas. Julián y yo somos gente decente.

—No se preocupe. Ella no tiene compromiso con nadie. Y el viejo y el muchacho son como Isaac, lo único que quieren es tomar. Además, no van a decir nada, porque me respetan. Acuérdesese que yo soy capitán.

—Vamos a ver. Tengo que hablar primero con mi marido.

—Aquí tiene el dinero.

—No me lo dé ahora.

—Sí, sí, sí se lo doy. Si no me puede alquilar el cuarto después me lo devuelve. A mí me gustan las cosas por delante. Hablo claro y también actúo claro. Me gusta el trago, me gustan las mujeres, pero sobre todo soy un buen militar.

Sin embargo, el cuerpo de María resultó más difícil que un combate en las lomas: el capitán, en la cama del siglo diecinueve en la que reposaron en etapas heroicas fatigados mambises, tenía que habérselas con un enemigo superior en audacia, vigor y valentía. ¿Es que había envejecido, o que el alcohol le pasaba la cuenta en los momentos que más necesitaba su pujanza? María se contoneaba exasperadamente bajo el hombre macizo, que en balde intentaba acoplarse a su ritmo y ni siquiera lograba penetrarla. El sudor de ambos calaba la sábana y encharcaba el colchón. El bastidor traqueteaba y chirriaba, escacharrándose con el bamboleo. Después de media hora de bufidos y vanas embestidas, César Martínez admitió la derrota.

—No puedo —susurró, casi en un estertor.

—No importa —dijo María, acariciándole la nuca y la espalda—. Otro día será.

—Sí, otro día.

Ninguno de los dos imaginaba esa lejana escena, ni la deseaba. Un ataque de hipo le impidió al capitán besar a la desconocida que lo había desmedrado. Se levantó a orinar y se vistió mirando de reojo el cuerpo acurrucado; luego salió del cuarto subrepticamente, con el peso de la afrenta auestas. Al escuchar que cerraba la puerta, María, desnuda, se paró en la ventana.

El patio de la quinta daba vueltas; los árboles parecían danzar. Luces lejanas a través del potrero se duplicaban, se difuminaban. Sí, había bebido demasiado esta noche. Su habitual resistencia, admirada por todos, hasta por los borrachos más curtidos, que se asombraban de cómo una mujer podía tomar así y continuar de pie, se había desmoronado. ¿Era ese espectro que deambulaba cerca de la tapia Julio César? El mareo se había vuelto vértigo. Fue al baño y vomitó. Entró en la bañera comida por el óxido, donde Ramona provisoriamente había puesto un tinajón

con agua, y se lavó, raspándose la piel con tiras de estropajo. Quería desvanecer todo vestigio del viejo militar. Se secó ásperamente el cabello y los senos con las hilachas de lo que fue una toalla. A la luz del quinqué se miró en el espejo. Las gotas persistentes en su cara no eran huellas del agua, ni tampoco sudor; sin darse cuenta se encontraba llorando. Sus ojos demandaban que ella los escrutara, sin remilgos y sin parpadear. La llama del quinqué chisporroteaba en ellos. Pero el espejo de azogue escalabrado sólo tenía un mensaje: sal de mí. Quítate de mi vista. María se echó en la cama. Debía dormir; hacer una vez más borrón y cuenta nueva.

Julio César había visto a María desnuda en la ventana. Rápidamente se dirigió a los árboles, a protegerse de la mirada de ella con la red de las ramas; no quería parte en su humillación. En otro tiempo lo hubiera aguijoneado la punzada ofensiva de los celos; ahora sólo quedaba un resto de bochorno. Para sentir celos hay que sentir pasión, se dijo recostándose a una mata de mango. Pero las pasiones se habían pulverizado. Nada sobrevivía, ni un remoto sabor. Tal vez por eso no podía escribir. No era miedo a la cárcel, como se imaginaban sus amigos. Para escribir, pensó, con esa lucidez que sentía solamente en ciertas madrugadas, luego de haber bebido desde por la mañana y haber hecho una pausa, como ahora; para escribir se requerían la envidia, la ambición, el rencor, el amor, e incluso la avaricia; pero el chasco, la intensa decepción que lo abarcaba todo, hasta la imagen que él tenía de sí mismo, abolieron todos los aguijones y curaron todas las mataduras. Ahora sólo quedaba una dudosa culpa. ¿De qué? ¿Por qué?

—¿Tú tienes fósforos?

Julio César dio un salto.

—Coño, qué susto.

El capitán César Martínez veía en todo joven a un posible soldado. Y éste, por su desidia, hubiera sido un subalterno lerdo. Pero el fracaso de su virilidad le había bajado momentáneamente las ínfulas de mando. Julio César, molesto por la presencia del intruso, que había cortado el hilo de su razonamiento, registró sus bolsillos.

—Aquí tiene. ¿Por casualidad le queda algún cigarro?

Ambos fumaron, uno al lado del otro, en la quieta penumbra. Apenas se miraron; no se dieron las gracias; tampoco tenían nada que decirse. Grillos chirriaban ocultos en la hierba; patos graznaban en un charco cercano, junto a la cantina desbaratada por el ventarrón. Un par de gatos, trepados en horcones, observaban sigilosamente las puntas rojizas de los dos cigarros, hipnotizados por el resplandor que se intensificaba con cada chupada. Padre e hijo, fumadores voraces, absorbían con furor el humo y lo lanzaban hacia el aire oscuro. Súbitamente una estrella fugaz cruzó de un lado a otro el firmamento; aunque la vieron, no pidieron nada; ninguno de los dos creía en los milagros, ni en la gracia de un astro o un dios.

—¿Dónde está el viejo que andaba contigo?

—Se fue hace un rato.

—¿Tú te quedas? ¿O vas a esperarla a ella?

Julio César no contestó.

—Si quieres cerveza, dile a la mujer del ciego que yo pago las que tú te tomes.

—No me va a creer si usted no se lo dice.

—Se lo voy a decir. El socio mío ya está casi tumbado. Yo voy a tirar un pestañazo. Salgo temprano para La Habana, y son más de las doce.

Se acercó el reloj a la cara agotada.

—Las doce y media.

El capitán volvió a la habitación y encontró a María tapada de pies a cabeza. Apagó el quinqué, se quitó la

camisa y los zapatos, colocó el revólver encima de una silla y se tendió en silencio junto a la mujer.

Horas más tarde Isaac abrió los ojos, buscó a tientas los espejuelos y al fin los halló a los pies del ciego, que con la cabeza inclinada sobre el pecho y la boca entreabierta respiraba quejumbrosamente. Se los puso, miró a su alrededor y se dijo: «Qué mierda. Todavía estoy vivo».

La incipiente claridad del día inundaba de una luz mortecina el salón, las botellas vacías, los muebles descarnados. El joven César dormía en el comedor, con la cabeza recostada a la mesa; Ramona, desmadejada en un balance, roncaba.

Isaac Oliva se estiró un par de veces para desentumirse y luego examinó, en la penumbra fantasmal, los rostros de los durmientes. Envidió la inocencia de los tres; se le ocurrió de pronto que él no podría volver a dormirse. Ni ahora, ni jamás. Sintió miedo. Como un ladrón, con pasos cautelosos, exploró el caserón: abrió las puertas de cuartos malolientes, unos vacíos y otros llenos de trastos; en el último, al final del pasillo, se topó rendidos en la cama a su amigo Martínez y a María; por la ventana de la habitación, una de las pocas que no estaban condenadas, entraba el aire del amanecer. Un sinsonte trinaba en una rama. El aroma del campo lo exaltó. Se aproximó a la mesa de noche, agarró una botella de cerveza, la abrió con los dientes y la vació de un golpe. Ya sosegado, se asomó al patio, en el que flotaban parches de neblina. Los árboles, pese a su quietud, parecían transmitir una advertencia. Trastabilló; se sujetó a una silla; vio el revólver.

Julían, amodorrado, sentía a su alrededor unos pasos furtivos. Iban. Venían. Nerviosos. Tenues. Quedos pero insistentes. Trató de levantarse y falló; estaba engarrotado. Se recostó, se adormiló otra vez; quería buscar el sueño interrumpido en el que, como cientos de veces en más de

veinte años, su hija muerta se le aparecía. Pero estos pasos de un lado para otro no lo dejaban llegar hasta allí, hasta el sueño donde saltaba y correteaba la niña. Además, ya era tarde para un madrugador como Julián. Sentía el frescor de la nueva mañana, el rebumbio en el patio de los animales. Hizo otro esfuerzo por incorporarse. De repente, con brutal estruendo, en la sala retumbó un disparo.

VI

Sin esperar la salida del sol, Julia Valiente, después de terminar su ritual matutino de oraciones, de bañarse con el agua de pozo que la purificaba desde su juventud, de tomar lentamente el tazón de café aguachento y amargo, se echó una estola encima de los hombros como en tiempos antiguos un guerrero se metía en la armadura antes de la batalla, y emprendió la larga caminata a la quinta del ciego Julián.

Pero en esta madrugada de abril, inusitadamente fría, la guerra en las calles se había desvanecido. Nadie podía imaginar, cruzando el barrio en calma, que alguna vez éstos que ahora dormían detrás de puertas y ventanas cerradas, sujetos a un letargo blando e inofensivo, habían gritado injurias, habían golpeado, pateado y escupido a gente que sólo procuraba cambiar de paisaje. Sólo el gorjeo de pájaros, el pazguato cantío de gallos en los patios, el ladrido de un perro fanfarrón, quebraban el silencio.

A lo lejos, más allá de los techos y los árboles, una magra claridad despuntaba. Julia iba hacía la luz. Cruzó el puente de piedras y miró con asombro el arroyo crecido, que a lo largo de casi todo el año era sólo una cinta de agua mediatubunda. Pencas de palma daban volteretas y golpeaban las rocas, sometidas al ímpetu de la corriente.

Las cercas y los gajos en la orilla se habían doblado por la fuerza del cauce.

Julia subió una cuesta y llegó hasta la línea del ferrocarril. Desde la altura, miró hacia atrás para echar un vistazo a estos sitios en los que ella se había perdido y encontrado. Pasajes de su vida se materializaban en cada esquina de este vecindario, que ahora iba a dejar para siempre. Dios la había puesto a prueba y ella había perdurado, sin rebelarse, sin proferir blasfemias. Ahora una puerta se había abierto al fin. Era preciso reunirse con su hijo. Le faltaba un buen tramo para llegar al caserón del ciego; se arrojó con el chal y echó a andar otra vez. Un ruido seco, como un golpetazo, indescifrable por su brevedad, se oyó en la lejanía.

El estallido despertó al capitán. Descalzo y sin camisa corrió hasta la sala, donde Ramona gesticulaba, gritando y maldiciendo, arrodillada junto al cuerpo de Isaac. El ciego, de pie al lado de su esposa, paralizado dentro de su tiniebla, preguntaba:

—¿Qué fue? ¿Qué fue?

—El amigo del capitán se pegó un tiro —contestó su mujer sollozando.

El ciego se recostó a la pared. César Martínez se volvió hacia su hijo, que estupefacto no apartaba los ojos de la cara destrozada del muerto, el primero que veía de cerca, y le gritó:

—¡Un teléfono! ¡Hay que buscar un teléfono!

Ninguno de los otros había relacionado la muerte con el aparato, que en este lugar aislado y clandestino nadie necesitaba.

—¡Un teléfono! ¿Dónde hay un teléfono?

—Aquí hubo una vez —explicó Julián—. Pero eso fue hace años.

—Hay que ir hasta la tienda —dijo Ramona, poniéndose de pie y limpiándose bruscamente las lágrimas de ira y estupor—. Ya debe estar abierta. Son las seis.

César Martínez se puso a toda prisa la camisa y los zapatos, sin prestar atención a la mujer que sentada en la cama preguntaba asustada qué pasaba, y al llegar a la sala le ordenó a Ramona:

—¡No lo toque!

Y al hijo:

—¡Acompáñame, vamos!

María, arrancada del sueño, apareció a medio vestir, con el rostro lívido, y se cubrió la boca al mirar el cadáver. Quería abrazar a alguien, pero el capitán ya salía de la casa seguido de Julio César, y Ramona, que había recuperado su dureza, se limitó a decir:

—Tengo que buscar algo para taparlo.

—¿Se mató? —susurró María, porque era imprescindible decir algo.

Julián, que nada podía afirmar, y que además aún deambulaba en parte dentro del sueño donde estaba su hija, en un potrero donde la claridad volvía visibles todas las imágenes, a diferencia de esta sombra perpetua que envolvía su presente, contestó indeciso:

—Parece.

Afuera la mañana disolvía la neblina, igual que la presencia de la muerte liquidaba los restos de la borrachera de estos dos hombres que cruzaban atronadamente el mangal. La luz se apoderaba del cielo y los árboles. Padre e hijo llegaron al portón, que el capitán abrió de un trastezo, descargando su cólera en los hierros.

—La tienda está para allá —indicó Julio César.

Siguiendo un hábito de muchos años, al verse en el camino el militar se palpó la cintura, y con el rostro deformado exclamó:

—¡Imbécil! ¡Comemierda! ¡Hijo de puta!

Hasta ese instante no se había dado cuenta de que su posesión más entrañable, que le otorgaba empuje y estatura, era precisamente el arma del suicidio.

Julio César, que comenzaba a admirar al bebedor de gruesos espejuelos y expresión nebulosa que lo había despertado con el pistoletazo, sintió repulsión al oír los insultos, obviamente dirigidos al muerto, y preguntó, sin darse cuenta que lo hacía en alta voz:

—¿Por qué se mataría?

—¡Por comemierda y cobarde! —gritó el padre, que no concebía las interrogaciones, y menos en un momento semejante— ¿Dónde está la tienda? ¡Vamos, apúrate!

—Es derecho por allí, la única casa grande, creo que azul —dijo el hijo, sin obedecer. Al contrario, se agachó para abrocharse el cordón de un zapato y se quedó en cuclillas, sin moverse. Le repugnaba la arrogancia del hombre. César Martínez apretó el paso, iracundo.

Al pasar por la tienda, Julia Valiente dio los buenos días a las mujeres de rostro soñoliento que hacían cola en la acera. Ya estaba cerca de la quinta del ciego, se dijo con alivio. Un hombre a la carrera venía hacia ella con ojos perturbados, despeinado el cabello canoso que empezaba a escasear. Miró extrañada sus facciones maltrechas. Yo lo conozco, pensó sobresaltada. De pronto recordó, y enrojeciendo apartó la vista. El pasado, en forma de espejismo, irrumpía vertiginosamente en el medio del camino rural.

Atolondrado, el hombre se detuvo frente a la visión.

—¡Julia! ¿Tú vives por aquí? ¿Eres tú, no?

Vivir, ser. La caminante no tenía respuesta. Su nombre sonaba familiar, pero en la boca de este interrogador, a quien ella no había vuelto a ver en veinticinco años, perdía toda sustancia. Ella podía llamarse de otra forma. Volver-

se una mujer desconocida. Y sin embargo, casi con cortesía, porque su vida ya había dado un vuelco y estaba a punto de viajar muy lejos, a lugares donde iba a estar a salvo de fantasmas, dijo con voz inexpresiva:

—Qué tal, César.

Como si saludara a un vecino con el que ella se topara a diario.

Se miraron fijamente, cada uno descubriendo los estragos en los rasgos del otro. En silencio, mientras se escrutaban, recordaron escenas, palabras, recorridos, como si velozmente barajaran cartas deshechas, fotografías opacas: un viaje caprichoso hasta un pueblo cercano, hecho con el impulso de la juventud, a la salida de una fiesta en la que los dos habían reído y bailado, como los novios despreocupados que eran. Tantas jaranas. Tantos chistes sosos. Versos escritos en reversos de exámenes. Las tardes en el Casino Campestre. El cuarto de un hotel, que olía a desinfectante. La canción en inglés que tarareaban: *When they begin the beguine*. Pero César Martínez, como tantas veces, se encontraba en el vórtice de un torbellino y tenía que correr, tumbar en su atropello objetos y personas, ciego a todo menos a su urgencia.

—Hubo un accidente —explicó con un leve temblor. (Está viejo de verdad, pensó Julia.)— Estoy buscando un teléfono o un carro. Pero por aquí no hay ni un carro. Voy a la tienda. ¿Ya está abierta, no?

—Creo que sí.

—Perdóname, te tengo que dejar. Es una emergencia. Otro día nos vemos. ¿Tu qué haces por aquí? ¿Vives por aquí cerca?

—Ando haciendo mandados.

Se negó a decir: ando buscando a mi hijo. Porque tal vez entonces debía añadir: Nuestro hijo. Y el hijo no era de él, era de ella. El había sido un instrumento, no un

padre. Ahora Julia sólo deseaba que esta alucinación se volviera a esfumar, como lo había hecho siempre. Que desapareciera sin dejar un rastro. César hizo un gesto, iba a extender la mano, pero ya la mujer se alejaba; por un segundo contempló su espalda, su vestido, su andar. Luego entró en la tienda con precipitación.

Julio César Valiente vio a su madre a lo lejos conversando con el capitán. Tener la muerte cerca le había infundido vida, y sintió regocijo al ir hacia el encuentro de la persona a quien precisamente le debía estar vivo. Julia avanzaba por el camino que atravesaba el campo, entre arboledas y cercas de piñones. Hablaba sola. Escudriñaba el cielo. Nadie era como ella, pensó el hijo. Andaba por la vida sin ser parte de nada. Solitaria y remota. Inmersa en su quimera. Al verlo, la mujer se echó a reír.

—¡Julio César, mi niño, mi hermana Rosa nos vino a buscar!

Se abrazaron.

Al salir de la tienda, después de gritar órdenes por teléfono, el capitán Martínez, jadeante y sudoroso, miró a su alrededor. Una pareja desigual se alejaba de prisa por el terraplén que iba hacia la ciudad. Reconoció a la mujer, al muchacho. Sintió una duda, un estremecimiento. En ese instante un carro desvencijado apareció en la esquina. César se abalanzó sobre el chofer.

—¡Compañero, yo soy el capitán Martínez! ¡Lléveme hasta la quinta del ciego! ¡Hay un muerto!

Una semana más tarde, después de aguantar escarnios y trastazos, de viajar en camiones como reses, de acampar en playas hacinadas bajo el sereno, la lluvia y el sol, madre e hijo llegaron al puerto del Mariel. Rosa lloró con ellos, en medio del tumulto que atestaba el barco.

Julia Valiente amó a primera vista la llanura movediza y azul; se embelesó con los crespos de espuma. Ade-

más, no vio el mar como mar. Era un césped inmenso, una sabana. Algo que uno cruzaba para jamás volver. Un puente, no, una puerta. De par en par. Espléndida. Inconmensurable.

Zarparon de mañana. A mitad de camino el mar se embraveció, pero la embarcación sobrevivió entre espasmos. En la cubierta, cuando caía la tarde, Julia, sentada junto al hijo, aprovechó que Rosa dormitaba tendida en una lona después de haberse tomado un sedante, y comenzó a decirle en voz muy baja:

—No había querido decírtelo antes, porque estaba esperando que al fin saliéramos, pero ese día que yo fui a buscar, casi llegando a la casa del ciego, me encontré... —hizo una pausa y se volvió hacia el hijo, para observar su rostro antes de continuar.

Julio César también se había dormido.

Julia miró la espuma que estallaba en la proa y asintió con la cabeza, en silencio, como si las olas, en su arcano lenguaje, la hubieran convencido de un hecho irrefutable. Cerró los ojos y pensó: «Es verdad, ¿para qué? El mar lo borra todo».

El fragor de las aguas lo afirmaba.

OTROS LIBROS PUBLICADOS POR EDICIONES UNIVERSAL:

COLECCIÓN CANIQUÍ (NARRATIVA: novelas y cuentos)

- 005-4 AYER SIN MAÑANA
Pablo López Capestany
- 016-X YA NO HABRÁ MAS DOMINGOS
Humberto J. Peña
- 017-8 LA SOLEDAD ES UNA AMIGA QUE VENDRÁ
Celedonio González
- 018-6 LOS PRIMOS
Celedonio González
- 019-4 LA SACUDIDA VIOLENTA
Cipriano F. Eduardo González
- 020-8 LOS UNOS, LOS OTROS Y EL SEIBO
Beltrán de Quirós
- 021-6 DE GUACAMAYA A LA SIERRA
Rafael Rasco
- 022-4 LAS PIRAÑAS Y OTROS CUENTOS CUBANOS
Aseña Gutiérrez Kann
- 023-2 UN OBRERO DE VANGUARDIA
Francisco Chao Hermida
- 024-0 PORQUE ALLÍ NO HABRÁ NOCHES
Alberto Baeza Flores
- 025-9 LOS DESPOSEÍDOS
Ramiro Gómez Kemp
- 027-5 LOS CRUZADOS DE LA AURORA
José Sánchez-Boudy
- 030-5 LOS AÑOS VERDES
Ramiro Gómez Kemp
- 032-1 SENDEROS
María Elena Saavedra
- 033-X CUENTOS SIN RUMBOS
Roberto G. Fernández
- 034-8 CHIRRINERO
Raoul García Iglesias
- 035-6 ¿HA MUERTO LA HUMANIDAD?
Manuel Linares
- 036-4 ANECDOTARIO DEL COMANDANTE
Arturo A. Fox
- 037-2 SELIMA Y OTROS CUENTOS
Manuel Rodríguez Mancebo
- 038-0 ENTRE EL TODO Y LA NADA
René G. Landa
- 039-9 QUIQUIRIBÚ MANDINGA
Raúl Acosta Rubio

040-2 CUENTOS DE AQUÍ Y ALLÁ
Manuel Cachán

041-0 UNA LUZ EN EL CAMINO
Ana Velilla

042-9 EL PICÚO, EL FISTO, EL BARRIO Y OTRAS ESTAMPAS
CUBANAS, José Sánchez-Boudy

043-7 LOS SARRACENOS DEL OCASO
José Sánchez-Boudy

0434-7 LOS CUATRO EMBAJADORES
Celedonio González

0639-x PANCHO CANOA Y OTROS RELATOS
Enrique J. Ventura

0644-7 CUENTOS DE NUEVA YORK
Angel Castro

129-8 CUENTOS A LUNA LLENA
José Sánchez-Boudy

1349-4 LA DECISIÓN FATAL
Isabel Carrasco Tomasetti

135-2 LILAYANDO
José Sánchez-Boudy

1365-6 LOS POBRECITOS POBRES
Alvaro de Villa

137-9 CUENTOS YANQUIS
Angel Castro

158-1 SENTADO SOBRE UNA MALETA
Olga Rosado

163-8 TRES VECES AMOR
Olga Rosado

167-0 REMINISCENCIAS CUBANAS
René A. Jiménez

168-9 LILAYANDO PAL TU (MOJITO Y PICARDÍA CUBANA),
José Sánchez Boudy

170-0 EL ESPESOR DEL PELLEJO DE UN GATO YA CADÁVER,
Celedonio González

171-9 NI VERDAD NI MENTIRA Y OTROS CUENTOS
Uva A. Clavijo

177-8 CHARADA (cuentos sencillos),
Manuel Dorta-Duque

184-0 LOS INTRUSOS
Miriam Adelstein

1948-4 EL VIAJE MÁS LARGO
Humberto J. Peña

196-4 LA TRISTE HISTORIA DE MI VIDA OSCURA
Armando Couto

215-4 AVENTURAS DE AMOR DEL DOCTOR FONDA
Nicolás Puente-Duany

217-0 DONDE TERMINA LA NOCHE
Olga Rosado

218-9 ÑIQUÍN EL CESANTE
José Sánchez-Boudy

219-7 MÁS CUENTOS PICANTES
Rosendo Rosell

227-8 SEGAR A LOS MUERTOS
Matías Montes Huidobro

230-8 FRUTOS DE MI TRASPLANTE
Alberto Andino

244-8 EL ALIENTO DE LA VIDA
John C. Wilcox

249-9 LAS CONVERSACIONES Y LOS DÍAS
Concha Alzola

251-0 CAÑA ROJA
Eutimio Alonso

252-9 SIN REPROCHE Y OTROS CUENTOS
Joaquín de León

2533-6 ORBUS TERRARUM
José Sánchez-Boudy

255-3 LA VIEJA FURIA DE LOS FUSILES
Andrés Candelario

259-6 EL DOMINÓ AZUL
Manuel Rodríguez Mancebo

263-4 GUAIMÍ
Genaro Marín

270-7 A NOVENTA MILLAS
Auristela Soler

282-0 TODOS HERIDOS POR EL NORTE Y POR EL SUR
Alberto Muller

286-3 POTAJE Y OTRO MAZOTE DE ESTAMPAS CUBANAS
José Sánchez-Boudy

287-1 CHOMBO
Cubena (Carlos Guillermo Wilson)

292-8 APENAS UN BOLERO
Omar Torres

297-9 FIESTA DE ABRIL
Berta Savariego

300-2 POR LA ACERA DE LA SOMBRA
Pancho Vives

301-0 CUANDO EL VERDE OLIVO SE TORNA ROJO
Ricardo R. Sardiña

303-7 LA VIDA ES UN SPECIAL
Roberto G. Fernández

321-5 CUENTOS BLANCOS Y NEGROS
José Sánchez-Boudy

327-4 TIERRA DE EXTRANOS
José Anton o Albertini

331-2 CUENTOS DE LA NIÑEZ
José Sánchez-Boudy

332-0 LOS VIAJES DE ORLANDO CACHUMBAMBÉ
Eliás Miguel Muñoz

335-5 ESPINAS AL VIENTO
Humberto J. Peña

342-8 LA OTRA CARA DE LA MONEDA
Beltrán de Quirós

343-6 CICERONA
Diosdado Consuegra Ortal

345-2 ROMBO Y OTROS MOMENTOS
Sarah Baquedano

3460-2 LA MÁS FERMOZA
Concepción Teresa Alzola

349-5 EL CÍRCULO DE LA MUERTE
Waldo de Castroverde

350-9 UN GOLONDRINO NO COMPONE PRIMAVERA
Eloy González-Arguelles

352-5 UPS AND DOWNS OF AN UNACCOMPANIED MINOR
REFUGEE, Marie Francoise Portuondo

363-0 MEMORIAS DE UN PUEBLECITO CUBANO
Esteban J. Palacios Hoyos

370-3 PERO EL DIABLO METIÓ EL RABO
Alberto Andino

378-9 ADIÓS A LA PAZ
Daniel Habana

381-9 EL RUMBO
Joaquín Delgado-Sánchez

386-X ESTAMPILLAS DE COLORES
Jorge A. Pedraza

4116-7 EL PRÍNCIPE ERMITAÑO
Mario Galeote Jr.

420-3 YO VENGO DE LOS ARABOS
Esteban J. Palacios Hoyos

423-8 AL SON DEL TIPLE Y EL GÜIRO...
Manuel Cachán

435-1 QUE VEINTE AÑOS NO ES NADA
Celedonio González

439-4 ENIGMAS (3 CUENTOS Y 1 RELATO)
Raul Tápanes Estrella

440-8 VEINTE CUENTOS BREVES DE LA REVOLUCIÓN
CUBANA Y UN JUICIO FINAL,
Ricardo J. Aguilar

442-4 BALADA GREGORIANA
Carlos A. Díaz

448-3 FULASTRES Y FULASTRONES Y OTRAS ESTAMPAS
CUBANAS,
José Sánchez-Boudy

460-2 SITIO DE MÁSCARAS
Milton M. Martínez

464-5 EL DIARIO DE UN CUBANITO
Ralph Rewes

465-3 FLORISARDO, EL SÉPTIMO ELEGIDO
Armando Couto

472-6 PINCELADAS CRIOLLAS
Jorge R. Plasencia

473-4 MUCHAS GRACIAS MARIELITOS
Angel Pérez-Vidal

476-9 LOS BAÑOS DE CANELA
Juan Arcocha

486-6 DONDE NACE LA CORRIENTE
Alexander Aznares

487-4 LO QUE LE PASO AL ESPANTAPÁJAROS
Diosdado Consuegra

493-9 LA MANDOLINA Y OTROS CUENTOS
Bertha Savariego

494-7 PAPÁ, CUÉNTAME UN CUENTO
Ramón Ferreira

495-5 NO PUEDO MÁS
Uva A. Clavijo

499-8 MI PECADO FUE QUERERTE
José A. Ponjoán

501-3 TRECE CUENTOS NERVIOSOS —NARRACIONES BUR-
LESCAS Y DIABÓLICAS—, Luis Ángel Casas

503-X PICA CALLO
Emilio Santana

509-9 LOS FIELES AMANTES
Susy Soriano

519-6 LA LOMA DEL ANGEL,
Reinaldo Arenas

5144-2 EL CORREDOR KRESTO
José Sánchez-Boudy

533-1 DESCARGAS DE UN MATANCERO DE PUEBLO CHIQUI-
TO, Esteban J. Palacios Hoyos

539-0 CUENTOS Y CRÓNICAS CUBANAS
José A. Alvarez

542-0 EL EMPERADOR FRENTE AL ESPEJO
Diosdado Consuegra

543-9 TRAICIÓN A LA SANGRE
Raul Tápanes-Estrella

544-7 VIAJE A LA HABANA
Reinaldo Arenas

545-5 MAS ALLÁ LA ISLA
Ramón Ferreira

546-3 DILE A CATALINA QUE TE COMPRE UN GUAYO
José Sánchez-Boudy

554-4 HONDO CORRE EL CAUTO
Manuel Márquez Sterling

- 555-2 DE MUJERES Y PERROS
Félix Rizo Morgan
- 556-0 EL CÍRCULO DEL ALACRÁN
Luis Zalamea
- 560-9 EL PORTERO
Reinaldo Arenas
- 565-X LA HABANA 1995
Ileana González
- 568-4 EL ÚLTIMO DE LA BRIGADA
Eugenio Cuevas
- 570-6 CUANDO ME MUERA QUE ME ARROJEN AL RIMAC EN
UN CAJÓN BLANCO, Carlos A. Johnson
- 574-9 VIDA Y OBRA DE UNA MAESTRA
Olga Lorenzo
- 575-7 PARTIENDO EL «JON»
José Sánchez-Boudy
- 576-5 UNA CITA CON EL DIABLO
Francisco Quintana
- 587-0 NI TIEMPO PARA PEDIR AUXILIO
Fausto Canel
- 594-3 PAJARITO CASTAÑO
Nicolás Pérez Díez Argüelles
- 595-1 EL COLOR DEL VERANO
Reinaldo Arenas
- 596-X EL ASALTO
Reinaldo Arenas
- 611-7 LAS CHILENAS (novela o una pesadilla cubana)
Manuel Matías
- 615-1 LA CAUSA
Eulalia Donoso
- 616-8 ENTRELAZOS
Julia Miranda y María López
- 619-2 EL LAGO
Nicolás Abreu Felipe
- 629-X LAS PEQUEÑAS MUERTES
Anita Arroyo
- 630-3 CUENTOS DEL CARIBE
Anita Arroyo
- 631-1 EL ROMANCE DE LOS MAYORES
Marina P. Easley
- 632-X CUENTOS PARA LA MEDIANOCHE
Luis Angel Casas
- 633-8 LAS SOMBRAS EN LA PLAYA
Carlos Victoria
- 638-9 UN DÍA... TAL VEZ UN VIERNES
Carlos Deupi
- 643-5 EL SOL TIENE MANCHAS
René Reyna
- 653-2 CUENTOS CUBANOS
Frank Rivera
- 657-5 CRÓNICAS DEL MARIEL
Fernando Villaverde
- 667-2 AÑOS DE OFÚN
Mercedes Muriedas
- 660-5 LA ESCAPADA
Raul Tápanes Estrella
- 670-2 LA BREVEDAD DE LA INOCENCIA
Pancho Vives
- 672-9 GRACIELA
Ignacio Hugo Pérez-Cruz
- 693-1 TRANSICIONES, MIGRACIONES
Julio Matas
- 694-X OPERACIÓN JUDAS
Carlos Bringuier
- 697-4 EL TAMARINDO / THE TAMARIND TREE
María Vega de Febles
- 698-2 EN TIERRA EXTRAÑA
Martha Yenes — Ondina Pino
- 699-0 EL AÑO DEL RAS DE MAR
Manuel C. Díaz
- 700-8 ¡GUANTE SIN GRASA, NO COGE BOLA!
(REFRANES CUBANOS), José Sánchez-Boudy
- 705-9 ESTE VIENTO DE CUARESMA,
Roberto Valero Real
- 707-5 EL JUEGO DE LA VIOLA,
Guillermo Rosales
- 709-1 GRIETAS EN EL CRISOL,
Gustavo Darquea
- 711-3 RETAHÍLA,
Alberto Martínez-Herrera
- 720-2 PENSAR ES UN PECADO,
Exora Renteros
- 728-8 CUENTOS BREVES Y BREVÍSIMOS,
René Ariza
- 729-6 LA TRAVESÍA SECRETA,
Carlos Victoria
- 741-5 SIEMPRE LA LLUVIA,
José Abreu Felipe
- 748-2 ELENA VARELA,
Martha M. Bueno
- 755-5 ANÉCDOTAS CASI VERÍDICAS DE CÁRDENAS,
Frank Villafaña
- 759-8 LA PELÍCULA,
Polo Moro
- 769-5 CUENTOS DE TIERRA, AGUA, AIRE Y MAR,
Humberto Delgado-Jenkins

772-5 CELESTINO ANTES DEL ALBA,
Reinaldo Arenas
779-2 UN PARAÍSO BAJO LAS ESTRELLAS,
Manuel C. Díaz
780-6 LA ESTRELLA QUE CAYÓ UNA NOCHE EN EL MAR,
Luis Ricardo Alonso
781-4 LINA,
Martha Bueno
782-2 MONÓLOGO CON YOLANDA,
Alberto Muller
784-9 LA CÚPULA,
Manuel Márquez Sterling
785-7 CUENTA EL CARACOL (relatos y patakies)
Elena Iglesias
789-X MI CRUZ LLENA DE ROSAS (cartas a Sandra, mi hija enferma),
Xiomara Pagés
791-1 ADIÓS A MAMÁ (De La Habana a Nueva York),
Reinaldo Arenas
793-8 UN VERANO INCESANTE,
Luis de la Paz
799-7 CANTAR OTRAS HAZAÑAS,
Ofelia Martín Hudson
800-4 MÁS ALLÁ DEL RECUERDO,
Olga Rosado
807-1 LA CASA DEL MORALISTA,
Humberto J. Peña
812-8 A DIEZ PASOS DE EL PARAÍSO (cuentos),
Alberto Hernández Chiroldes
816-0 NIVEL INFERIOR (cuentos),
Raúl Tápanes Estrella
817-9 LA 'SEGURIDAD' SIEMPRE TOCA DOS VECES Y LOS
ORISHAS TAMBIÉN (novela),
Ricardo Menéndez
819-5 ANÉCDOTAS CUBANAS (LEYENDA Y FOLCLORE),
Ana María Alvarado
824-1 EL MUNDO SIN CLARA (novela),
Félix Rizo
837-3 UN ROSTRO INOLVIDABLE,
Olga Rosado
839-X LA VIÑA DEL SEÑOR,
Pablo López Capestany
852-7 LA RUTA DEL MAGO (novela),
Carlos Victoria
853-9 EL RESBALOSO Y OTROS CUENTOS,
Carlos Victoria
854-3 LOS PARAÍOS ARTIFICIALES (novela),
Benigno S. Nieto
855-1 CALLE OCHO,
María Luisa Orihuela

858-5 ALGUNA COINCIDENCIA MATEMÁTICA 3-6-9-12-15-18,
Sarah Chyzk Wekselbaum
865-9 COSAS DE MUCHACHOS (ANÉCDOTAS INFANTILES),
Rosa Dihigo Beguiristáin y Mario E. Dihigo
879-9 HISTORIAS DE LA OTRA REVOLUCIÓN,
Vicente Echerri
883-7 VARADERO Y OTROS CUENTOS CUBANOS,
Frank Rivera
913-2 EL DÍAS MÁS MEMORABLE (relatos),
Armando Álvarez Bravo
914-0 EL OTRO LADO (relatos),
Luis de la Paz
916-7 CINCUENTA LECCIONES DE EXILIO Y DESEXILIO,
Gustavo Pérez Firmat
919-1 MIAMI EN BRUMAS (novela),
Nicolás Abreu Felipe
923-X LEYENDA DE AMOR (novela),
Alexander Aznarez
931-0 DE TRAMPAS Y FANTASÍAS (relatos),
Amelia del Castillo
932-9 EL ÚLTIMO ALZADO E ITINERARIO DE UN DESTINO
(Ficciohistorias del Escambray),
Onilda A. Jiménez
936-1 DIOS EN LAS CÁRCELES DE CUBA (novela testimonio),
María Elena Cruz Varela
938-8 UN CAFÉ EXQUISITO (relatos),
Esteban Luis Cárdenas
940-x REINA DE LA VIDA (novela),
Benigno S. Nieto
959-0 LA CIUDAD HECHIZADA (novela),
Reinaldo Bragado Breña
960-4 SUBASTA DE SUEÑOS (novela),
Manuel C. Díaz
963-9 LA FUNDACIÓN DE SANTA ELENA DEL YARAYÁ,
Carmen Navarro
976-0 EL ENTIERRO DEL ENTERRADOR (novela),
J. A. Albertini
977-9 JESSICA. HISTORIA DE UN ABORTO,
Leopoldo Elio Ladaga
972-8 ESPERO LA NOCHE PARA SOÑARTE, REVOLUCIÓN,
Nivaria Tejera
986-8 EX-CUETOS (relatos)
uan Cueto
989-2 LA ODISEA DEL OBALUNKO (novela),
José M. González Llorente
992-2 VUELTA AL GÉNESIS (novela),
Onilda A. Jiménez
993-0 MEMORIA DEL SILENCIO (novela),
Uva de Aragón

- 994-9 SABANALAMAR (novela),
José Abreu Felipe
- 978-7 PAN NEGRO (novela),
César Leante
- 999-x MUELLE de Caballería (novela),
César Leante
- 8-001-4 BONPLAND # 8 (novela),
Roberto Luque Escalona
- 8-003-0 EL COMANDANTE YA TIENE QUIEN LE ESCRIBA,
Enrisco (Enrique Del Risco)
- 8-007-3 SIN PERRO Y SIN PENÉLOPE,
Rita Martín
- 8-008-1 ENTRE DOS LUCES (MODELO DE UN DESTINO ANTILLA-
NO) /novela/,
Julio Matas
- 8-009-x CUENTOS MORTALES, José Abreu Felipe
- 8-018-9 TIERRA ELEGIDA (novela sobre las llagas de los hombres y de
la tierra),
José M. González-Llorente
- 8-023-5 RELATOS DE UN MÉDICO Y UNA MAESTRA,
Rosa Dihigo Beguiristain y Mario E. Dihigo
- 8-024-3 CUENTOS, SIMPLEMENTE, CUENTOS,
Alicia G. Barrionuevo
- 8-030-8 VIÑETAS Y PUÑETAS,
Esteban J. Palacios Hoyos
- 8-031-6 EL SALÓN DEL CIEGO,
Carlos Victoria

**665-6 NARRATIVA Y LIBERTAD: CUENTOS CU-
BANOS DE LA DIÁSPORA, Edición de Julio
E. Hernández Miyares**
(Antología en 2 volúmenes que incluye cuento y
nota bio-bibliográfica de más de 200 escritores cu-
banos)

Libros publicados en la
COLECCIÓN CLÁSICOS CUBANOS

- 1) 011-9 ESPEJO DE PACIENCIA, Silvestre de Balboa
(Edición de Ángel Aparicio Laurencio)
- 2) 012-7 POESÍAS COMPLETAS, José María Heredia
(Edición de Ángel Aparicio Laurencio)
- 3) 026-7 DIARIO DE UN MÁRTIR Y OTROS POEMAS,
Juan Clemente Zenea (Edición de Ángel Aparicio Laurencio)
- 4) 028-3 LA EDAD DE ORO, José Martí
(Introducción de Humberto J. Peña)
- 5) 031-3 ANTOLOGÍA DE LA POESÍA RELIGIOSA DE LA AVE-
LLANEDA, (Gertrudis Gómez de Avellaneda)
Edición de Florinda Álzaga & Ana Rosa Núñez (Ed.)
- 6) 054-2 SELECTED POEMS OF JOSÉ MARÍA HEREDIA IN EN-
GLISH TRANSLATION, José María Heredia
(Edición de Ángel Aparicio Laurencio)
- 7) 140-9 TRABAJOS DESCONOCIDOS Y OLVIDADOS DE JOSÉ
MARÍA HEREDIA,
(Edición de Ángel Aparicio Laurencio)
- 8) 0550-9 CONTRABANDO, Enrique Serpa
(Edición de Néstor Moreno)
- 9) 3090-9 ENSAYO DE DICCIONARIO DEL PENSAMIENTO VIVO
DE LA AVELLANEDA (Gertrudis Gómez de Avellaneda),
Ed. Florinda Álzaga & Ana Rosa Núñez (Ed.)
- 10) 0286-5 CECILIA VALDÉS, Cirilo Villaverde
(Introducción de Ana Velilla) /coedición Edit. Vosgos)
- 11) 324-X LAS MEJORES ESTAMPAS DE ELADIO SECADES
Eladio Secades
- 12) 878-0 CUCALAMBÉ (DÉCIMAS CUBANAS), Juan C. Nápoles
Fajardo
(Introducción y estudio por Luis Mario)
- 13) 482-3 EL PAN DE LOS MUERTOS,
Enrique Labrador Ruiz
- 14) 581-1 CARTAS A LA CARTE, Enrique Labrador Ruiz
(Edición de Juana Rosa Pita)
- 15) 669-9 HOMENAJE A DULCE MARÍA LOYNAZ.
Edición de Ana Rosa Núñez
- 16) 678-8 EPITAFIOS, IMITACIÓN, AFORISMOS, Severo Sarduy
(Ilustrado por Ramón Alejandro. Estudios por Concepción T.
Alzola y Gladys Zaldívar)
- 17) 688-5 POESÍAS COMPLETAS Y PEQUEÑOS POEMAS EN
PROSA EN ORDEN CRONOLÓGICO DE JULIÁN DEL
CASAL.
Edición y crítica de Esperanza Figueroa
- 18) 722-9 VISTA DE AMANECER EN EL TRÓPICO,
Guillermo Cabrera Infante

- 19) 881-0 FUERA DEL JUEGO, Heberto Padilla
(Edición conmemorativa 1968-1998. Poemas y documentos.)
- 20) 906-X MARTÍ EL POETA (Poesías completas), José Martí
(Edición y estudio de Ricardo R. Sardiña)
- 21) 826-8 HOMENAJE A EUGENIO FLORIT
(Edición de Ana Rosa Núñez, Rita Martín y Lesbia de Varona)
- 22) 947-7 LA EDAD DE ORO, José Martí
(Edición crítica por Eduardo Lolo)
- 23) 964-7 LA EROSIÓN DEL SILENCIO. ENSAYOS CUBANOS,
Gastón Baquero / Edición de Alberto Díaz Díaz

Otras obras publicadas en la Colección Caniqui:

- 024-0 PORQUE ALLÍ NO HABRÁ NOCHES, Alberto Baeza Flores
 476-9 LOS BAÑOS DE CANELA, Juan Arcocha
 494-7 PAPÁ, CUÉNTAME UN CUENTO, Ramón Ferreira
 519-6 LA LOMA DEL ÁNGEL, Reinaldo Arenas
 544-7 VIAJE A LA HABANA, Reinaldo Arenas
 545-5 MAS ALLÁ LA ISLA, Ramón Ferreira
 560-9 EL PORTERO, Reinaldo Arenas
 595-1 EL COLOR DEL VERANO, Reinaldo Arenas
 596-X EL ASALTO, Reinaldo Arenas
 611-7 LAS CHILENAS (novela o una pesadilla cubana), Manuel Matías
 619-2 EL LAGO, Nicolás Abreu Felipe
 630-3 CUENTOS DEL CARIBE, Anita Arroyo
 633-8 LAS SOMBRAS EN LA PLAYA, Carlos Victoria
 657-5 CRÓNICAS DEL MARIEL, Fernando Villaverde
 705-9 ESTE VIENTO DE CUARESMA, Roberto Valero Real
 707-5 EL JUEGO DE LA VIOLA, Guillermo Rosales
 728-8 CUENTOS BREVES Y BREVÍSIMOS, René Ariza
 729-6 LA TRAVESÍA SECRETA, Carlos Victoria
 741-5 SIEMPRE LA LLUVIA, José Abreu Felipe
 772-5 CELESTINO ANTES DEL ALBA, Reinaldo Arenas
 791-1 ADIÓS A MAMÁ (De La Habana a Nueva York), Reinaldo Arenas
 793-8 UN VERANO INCESANTE, Luis de la Paz
 812-8 A DIEZ PASOS DE EL PARAÍSO, Alberto Hernández Chioldes
 852-7 LA RUTA DEL MAGO (novela), Carlos Victoria
 853-9 EL RESBALOSO Y OTROS CUENTOS, Carlos Victoria
 854-3 LOS PARAÍDOS ARTIFICIALES (novela), Benigno S. Nieto
 879-9 HISTORIAS DE LA OTRA REVOLUCIÓN, Vicente Echerrri
 883-7 VARADERO Y OTROS CUENTOS CUBANOS, Frank Rivera
 913-2 EL DÍA MÁS MEMORABLE, Armando Álvarez Bravo
 914-0 EL OTRO LADO (relatos), Luis de la Paz
 916-7 CINCUENTA LECCIONES DE EXILIO Y DESEXILIO,
 Gustavo Pérez Firmat
 919-1 MIAMI EN BRUMAS (novela), Nicolás Abreu Felipe
 936-1 DIOS EN LAS CÁRCELES DE CUBA, María Elena Cruz Varela
 938-8 UN CAFÉ EXQUISITO (relatos), Esteban Luis Cárdenas
 940-x REINA DE LA VIDA (novela), Benigno S. Nieto /2001/
 959-0 LA CIUDAD HECHIZADA (novela), Reinaldo Bragado Bretaña
 960-4 SUBASTA DE SUEÑOS (novela), Manuel C. Díaz
 976-0 EL ENTIERRO DEL ENTERRADOR (novela), J. A. Albertini
 972-8 ESPERO LA NOCHE PARA SOÑARTE, REVOLUCIÓN, Nivaria Tejera
 986-8 EX-CUETOS (relatos), Juan Cueto
 993-0 MEMORIA DEL SILENCIO (novela), Uva de Aragón
 989-2 LA ODISEA DEL OBALUNKO (novela), José M. González Llorente
 994-9 SABANALAMAR (novela), José Abreu Felipe
 978-7 PAN NEGRO (novela), César Leante
 999-X MUELLE de Caballería (novela), César Leante
 8-001-4 BONPLAND # 8 (novela), Roberto Luque Escalona
 8-003-0 EL COMANDANTE YA TIENE QUIEN LE ESCRIBA,
 Enrisco (Enrique Del Risco)
 8-007-3 SIN PERRO Y SIN PENÉLOPE, Rita Martín
 8-008-1 ENTRE DOS LUCES (MODELO DE UN DESTINO ANTILLANO) /novela/
 Julio Matas
 8-009-x CUENTOS MORTALES, José Abreu Felipe
 8-018-9 TIERRA ELEGIDA (novela sobre las llagas de los hombres y de la
 tierra), José M. González-Llorente

Un padre y un hijo que no se encuentran por azar en un bar clandestino; un juego, en el momento en que esta noche del Mariel; dos hombres y un niño viven una intensa aventura en Filipinas, que cambiará el destino de los tres; dos hermanos, marcados por la desaparición del padre, se vuelven víctimas de espejismos y trampas a ambos lados del Estrecho de la Florida; un juerguista relata sus extrañas siestas en un Camagüey fantasmagórico; un secreto une y separa a un joven y un anciano; el amigo de un presunto suicida debe dilucidar un inesperado enigma. En tres novelas cortas y tres cuentos, Carlos Victoria sigue explorando los laberintos de la condición humana tanto en la isla como en el exilio.



ISBN1-59388-031-6

